Donde viven tus peores pesadillas. . .

LA CALLE DEL TERROR

R.L. STINE

Primero desaparecieron sus padres.
Luego comenzó el verdadero terror....

El Mono Blanco

El hombre apuntó a Mark y a Cara con una pistola...

Apuntó con la pistola a la cabeza de Cara.
—Apuesto a que si disparo a uno de vosotros, el otro recordará de repente dónde están vuestros padres. ¿Hacemos la prueba?

—¡No! —gritó Cara.

Dirigió el arma hacia Mark.
—Uno de los dos me lo va a decir.

—¡Pero si nuestros padres han desaparecido! —exclamó Mark—. ¡No sabemos dónde están!

—¿A cuál de los dos debería disparar? —preguntó—. Es una pena, pero no me estáis dejando otra opción. Tengo que dispararle a uno de vosotros.

Movía la pistola de un lado a otro, apuntando primero a Cara y luego a Mark.

—Creo que le dispararé a Mark —dijo—. Adiós, Mark. —Bajó la pistola en dirección a la cabeza de Mark.

Mark cerró los ojos y esperó.

Un segundo. Dos segundos. Tres segundos.

¿Cuánto dolería? ¿Realmente lo sentiría? ¿Se daría cuenta de cuándo le alcanzaba el tiro?

Cuatro segundos. Cinco segundos. Seis...

Libro de R. L. Stine

La Calle del Terror: LA CHICA NUEVA
La Calle del Terror: LA FIESTA SORPRESA
La Calle del Terror: NOCHE EN LA ISLA
La Calle del Terror: EL MONO BLANCO
La Calle del Terror: LLAMADA MORTAL
La Calle del Terror: LA SONÁMBULA
La Calle del Terror: EMBRUJADA
La Calle del Terror: FIESTA DE HALLOWEEN

Disponible de ARCHWAY PaperBacks

La mayoría de los libros de bolsillo de Archway están disponibles con descuentos especiales por cantidad para compras al por mayor destinadas a promociones de ventas, primas o recaudación de fondos. También se pueden crear libros especiales o muestras de libros para satisfacer necesidades específicas.

Para más detalles, escriba a la oficina del Vicepresidente de Mercados Especiales, Pocket Books, 1230 Avenida de las Américas, New York, New York 10020.

LA CALLE DEL TERROR

El Mono Blanco

R. L. STINE

AN ARCHWAY PAPERBACK
Publicado por POCKET BOOK
Nueva York Londres Toronto Sydney Tokyio Singapur

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

AN ARCHWAY PAPERBACK Original

Un Archway Paperback publicado por

POCKET BOOKS, una división de Simón & Schuster Inc.
1230 Avenue of the Americas, Nueva York, NY 10020

Copyright © 1990 por Parachute Press

Traducido por: César Augusto Muñoz Muñoz (2026).

Derechos de autor de la portada © 1990 Gabrielle

Todos los derechos reservados, incluido el derecho a reproducir este libro o partes del mismo de cualquier forma. Para más información, diríjase a Pocket Books, 1230 Avenue of the Americas, New York, NY 10020

ISBN: 0-671-73561-6

Primera edición en rústica Archway enero de 1990

15 14 13 12 11 10 9 8 7

ARCHWAY PAPERBACK y el colofón son marcas registradas de Simón & Schuster Inc.

Impreso en EE. UU.

IL 6+

El Mono Blanco

capítulo 1

La primera noche que mamá y papá no volvieron a casa, Mark y yo no nos preocupamos demasiado. De hecho, montamos una fiesta.

No empezó con la idea de ser una fiesta. Nos sentíamos un poco solos, así que Mark invitó a Gena a venir. Luego yo llamé a mis nuevas amigas del instituto, Lisa y Shannon. Ellas invitaron a unos cuantos chicos y, antes de que nos diéramos cuenta, éramos unos veinte de fiesta por todo el enorme salón, que todavía nos resultaba tan nuevo e incómodo a Mark y a mí.

Nos habíamos mudado hacía solo dos meses, a principios de septiembre, justo a tiempo para empezar el curso en el instituto de Shadyside. Y aunque la casa era el doble de espaciosa que nuestra antigua casa en Brookline, era más vieja y estaba un poco desvencijada.

Los chicos que conocimos en el instituto siempre se sorprendían cuando decíamos que vivíamos en La Calle del Terror. Siempre nos estaban contando historias sobre cosas horribles que pasaban por los alrededores de La Calle del Terror y en el espeso bosque que se extendía detrás de las

casas; historias de criaturas extrañas, desapariciones inexplicables, fantasmas, aullidos raros y cosas por el estilo.

Creo que Mark se creía esas historias. Siempre se cree todo lo que le cuenta la gente. Aunque mi hermano es un año mayor que yo, creo que soy mucho más escéptica que él

Mark es un tío muy transparente. Quiero decir que lo que ves es lo que hay. Desde luego, tiene pinta de deportista con esos hombros anchos y el cuello fuerte, el pelo rubio y ondulado, esos ojos verdes y el hoyuelo tan mono de la barbilla con el que odia que le vacilen. Pero no es que sea tonto ni nada de eso. Es que confía en la gente. Él nunca toma el pelo a los demás y no creo que se dé cuenta de cuándo se la están pegando a él.

Mark hace amigos enseguida. Cae bien a la gente de inmediato. Creo que mi sentido del humor y mi forma tan escéptica de ver el mundo echan para atrás a algunos chicos. Así que la mayoría de los que estaban en la fiesta eran nuevos amigos que Mark había hecho en Shadyside en los dos meses que llevábamos yendo allí.

Yo me había hecho bastante amiga de Lisa y Shannon, que estaban en mi misma clase. Pero tampoco éramos mejores amigas todavía. Y desde luego no había encontrado a ningún chico que me interesara... no de la forma en que Mark había encontrado a Gena Rawlings.

Gena fue el motivo de la gran bronca que hubo en la mesa del desayuno aquella mañana. Sí, Mark tuvo un buena bronca con mamá y papá antes de ir al instituto. Mamá y papá sencillamente no aprobaban a Gena y no querían que Mark saliera con ella. Y él la veía un montón. Quiero decir, en plan, todos los días. Eran lo que se dice inseparables. En el fondo era bastante tierno. Mark siempre es superintenso, pero no creo que nunca hubiera sentido algo tan fuerte por una chica.

Así que, cuando les preguntó a mamá y a papá qué era exactamente lo que no les gustaba de Gena y ellos no supieron qué decirle, sencillamente estalló.

Creo que tenía buenos motivos. Mamá y papá son personas bastante inteligentes y siempre se les ha dado muy bien decir lo que piensan. ¿Así que cuál era su razón para que les cayera mal Gena?

—Te va a perjudicar en los estudios —dijo papá. Una excusa bastante floja. Mark siempre ha mantenido una media sólida de notable bajo. Se esfuerza muchísimo en el instituto, mucho más que yo, y se lo toma tan en serio como todo lo demás.

Por eso no culpo a Mark por echarse encima de papá tras ese comentario. Por supuesto, papá empezó a gritar también y dijo un montón de cosas que no debería haber dicho. Lo cual obligó a Mark a ponerse rojo de rabia y a gritar un montón de cosas que tampoco debería haber dicho. ¡Y luego mamá se metió por medio y se armó tanto jaleo que pensé que las paredes amarillas y desconchadas de la cocina se iban a agrietar y a caer!

Yo simplemente me hundí en la silla y me quedé mirando mi Pop-Tart. El relleno de fresa se estaba saliendo y goteaba en el plato. Tampoco es que me apeteciera mucho desayunar, de todos modos. Gena no me apasiona, pero no creo que mamá y papá tuvieran ningún derecho a amargarle la existencia a Mark por ella... al menos no a primera hora de la mañana cuando intentábamos desayunar.

Fue la peor bronca a grito pelado que habíamos tenido en mucho tiempo. La última, supongo, fue en Brookline, cuando Mark y yo cogimos el coche prestado sin decírselo a nuestros padres y ellos denunciaron que lo habían robado. A los dos nos castigaron dos meses sin salir por aquel pequeño episodio.

Tampoco fue para tanto.

Pero esta bronca sí que era importante para Mark.

—¡Tengo dieciséis años! ¡Sé lo que hago! —gritó.

Mamá y papá se rieron, lo cual fue un detalle bastante feo por su parte.

Mark estaba furioso de verdad. Cogió su Pop-Tart y amagó con tirarlo al otro lado de la cocina. Me lo imaginé estrellándose contra la pared con un *splat*. Qué mala soy.

Pero Mark se contuvo justo a tiempo y, en su lugar, lo tiró de mala manera en el plato, dio media vuelta y salió dando pisotones por la puerta de la cocina, pegando un portazo lo más fuerte que pudo. El cristal de la vieja puerta tembló en el marco, pero no se rompió.

Mamá y papá se habían quedado muy pálidos. Se miraron el uno al otro a través de la mesa y sacudieron la cabeza, pero no dijeron nada.

—Vas a llegar tarde al instituto —me dijo papá un rato después. Le temblaba un poco la voz. Supongo que los gritos lo habían dejado bastante afectado.

Nuestros padres habían estado muy nerviosos desde que nos mudamos a Shadyside. Imaginé que sería por la tensión de la mudanza y todo eso... aunque ya deberían estar acostumbrados. Por su trabajo, nos mudamos constantemente. Hemos vivido en seis sitios distintos en los últimos ocho años.

Eso no es fácil para ellos... ni tampoco para Mark y para mí. A mí siempre me ha costado hacer amigos de verdad sabiendo que, en un año o así, me marcharía y los dejaría atrás. Mi madre me critica mucho por ser una solitaria, pero ¿qué otra opción tengo? Quiero decir, ¿para qué implicarte con la gente si solo vas a conocerla durante un tiempo corto?

En fin, cogí mi mochila y miré por la ventana de la cocina. Allí estaba Mark, con el ceño fruncido en el patio trasero con

su arco, clavando una flecha tras otra en un pobre e indefenso arce.

Mi hermano es un friki del tiro con arco. Lo primero que hizo cuando nos mudamos aquí —incluso antes de echarle un vistazo a su habitación— fue buscar el árbol adecuado en el patio trasero para colgar su diana. La verdad es que se le da muy bien. Tiene una puntería buenísima, aunque lógicamente es lo normal si tienes en cuenta las horas y horas que se pasa practicando.

—Es una buena forma de liberar tensión —me dice siempre. Supongo que esta mañana estaba bastante frustrado porque se le veía superconcentrado, incluso para lo que es él, disparando una flecha y sin mirar siquiera dónde caía antes de sacar otra de la funda.

—Un día se va a saltar un ojo —se queja siempre mamá. A veces se esfuerza demasiado, creo yo, por sonar como una madre porque no le sale de forma natural. Es bastante joven y enrollada. Y cuando está en casa —que no es muy a menudo por el trabajo— es muy divertido estar con ella.

Papá también está bien, aunque es muy serio e intenso... como Mark. A veces me parece que es muy difícil hablar con él. Es como si siempre tuviera otra cosa en la cabeza. Pero quizá eso sea solo cosas mías.

De todos modos, no tenemos demasiadas broncas como la de esta mañana. Nos llevamos bastante bien, creo. O tal vez sea simplemente que mamá y papá pasan tanto tiempo fuera por el trabajo que no tenemos tiempo de pelearnos.

Cogí la chaqueta y la mochila de Mark, salí corriendo por la puerta trasera y, como pude, conseguí arrastrarlo hasta la parada del autobús. Ni siquiera nos despedimos de mamá y papá.

No nos dábamos cuenta de que podría ser la última vez que los viéramos.

—¿Qué tiene de malo Gena, de todas formas? —preguntó Mark mientras esperábamos el autobús de la zona sur.

—Quizá piensan que es demasiado bajita para ti —bromeé. Gena era como treinta centímetros más bajita que Mark.

—¿Eh?

—Es una broma —mascullé. ¿Por qué tengo que aclararle siempre a Mark cuándo estoy de broma?

Gena era bajita, pero para ser claros (algo que se me da muy bien), tenía un tipazo. También era muy guapa, con el pelo negro, largo y liso hasta la cintura, una piel blanquísima y sin una sola imperfección, y unos ojos negros preciosos que volvían locos a los chicos. Todos los tíos del instituto pensaban que Gena era superatractiva... y lo era.

Ahora, a las diez de la noche, sin rastro de mamá ni de papá y con la fiesta improvisada en pleno apogeo en nuestro salón, allí estaba la atractiva Gena, sentada en el regazo de mi hermano en el sofá.

Pensé en la bronca de la mañana, miré mi reloj y me pregunté dónde estarían mamá y papá. Solían llamar si se iban a retrasar en el trabajo.

El reproductor de CD estaba a todo trapo. Alguien había puesto a un grupo de *heavy metal* a un volumen brutal. Cory, el novio de Lisa, estaba jugando a tirar de una lata de refresco con un chico al que no había visto en mi vida. La lata pareció explotar en sus manos, provocando que una espuma de refresco saliera disparada por toda la alfombra del salón.

«Ay, por favor», pensé, «que esta fiesta no se vaya de las manos».

Mamá y papá tendrían que llegar a casa en cualquier

momento. Y entonces...

Miré de nuevo hacia el sofá, a Mark y a Gena. Ella tenía las manos rodeándole el cuello y se inclinaba sobre él besándolo, con los ojos cerrados. Menudo beso.

«No pretendía quedarme mirando... ¡pero venga ya! ¡Te podrían detener en algunos estados por un beso como ese!», me dije a mí misma.

Y entonces me pareció oír el timbre de la puerta principal.

Había risas fuertes en la esquina junto a la salita. Gena y Mark no se movieron. Estaban en su propio mundo. Nadie más pareció escucharlo.

Corrí a la ventana del salón y miré hacia fuera. Había un Chevy Caprice azul grande en la entrada. Pegando la cabeza al cristal, pude ver a un hombre alto que llevaba una camisa oscura y unos pantalones chinos arrugados, de pie bajo la luz del porche. Me vio asomada mirándolo y mostró una placa, una placa de policía.

Rodeada por toda la música, el ruido y las risas, de repente me quedé helada. Pareció como si el corazón se me parara. Todo pareció detenerse.

Sabía a qué había venido el policía.

Algo terrible les había pasado a mamá y a papá.

capítulo **2**

*E*l policía sonrió cuando abrí la puerta.

—Buenas noches —dijo, mirándome de arriba abajo.

La luz del porche provocaba un reflejo en la mosquitera de la puerta y tardé un poco en enfocarle la cara. No era joven. Tenía canas en el bigote. Me miraba fijamente a través de la mosquitera con los ojos azules más fríos que había visto en mi vida, de un azul gélido como un lago congelado en invierno.

—Soy el Oficial Farraday —dijo.

—¿Pasa algo malo? —pregunté—. Mi madre y mi padre... ¿están...?

—¿Están en casa? —preguntó, y sonrió, mostrando unos dientes blancos y alineados.

—No. Ellos...

—¿No están aquí?

—No. Están trabajando hasta tarde, creo.

Él miró más allá de mí hacia el vestíbulo.

—¿No ha venido a decirme nada sobre ellos? —pregunté, sintiendo un gran alivio.

Él no pareció entender la pregunta.

—No. Esto... Estoy investigando un robo en este vecindario.

—¿Un robo?

—Sí. Tres casas más abajo. Voy de casa en casa, viendo si alguien ha visto algo sospechoso. Ya sabes, un coche extraño o algo así.

—Ah. Bueno... no, yo no he visto nada.

A una ráfaga de risas desde el salón le siguió el estrépito de un cristal rompiéndose. La música de *heavy metal* sonaba aún más fuerte aquí en el vestíbulo.

—¿Has notado a alguien en la calle? Ya sabes, ¿a alguien que no hayas visto antes? —Sus ojos azules se clavaron en los míos.

Yo aparté la mirada.

—No. A nadie. Nunca veo a demasiada gente por esta calle, Inspector. Somos bastante nuevos en el barrio, así que...

—¿Esperas a tus padres pronto?

—Probablemente. No lo sé. A veces trabajan hasta muy tarde.

Nos quedamos mirando el uno al otro durante un largo instante. Luego se metió la mano en el bolsillo de la camisa de su uniforme y sacó una tarjetita blanca.

—Toma. Quédate esto. —Abrió la mosquitera de la puerta y me entregó la tarjeta—. Ahí viene mi línea directa especial. Si ves algo sospechoso, llámame a cualquier hora.

Cogí la tarjeta y le di las gracias.

—Tenla cerca del teléfono —dijo—. Por si acaso al ladrón le da por intentar pasarse otra vez por este vecindario. —Luego se dio la vuelta y bajó del porche.

Me quedé allí de pie, escuchando el crujido de sus botas sobre la grava de la entrada. Lo observé subirse a su Chevy

viejo y grande. Me extrañó que no condujera un coche de la policía. «Seguro que lo usa para pillar a los que van con exceso de velocidad», me dije a mí misma. El coche grande no hizo ningún ruido mientras se apartaba del bordillo y desaparecía en la noche.

Me metí la tarjeta en el bolsillo de los vaqueros y volví al salón. Me llamó la atención que la habitación estuviera de repente muy silenciosa. Miré hacia el sofá. Gena seguía en el regazo de Mark, pero se había girado para mirarme. Ambos me contemplaban fijamente. Alguien había bajado la música.

—Lo siento muchísimo, Cara —dijo Cory Brooks, el novio de Lisa, en voz baja. Parecía muy disgustado.

—¿Qué?

«¿Qué demonios está pasando aquí?», me pregunté. «¿Qué ha pasado en esta habitación mientras yo hablaba con el capitán Farraday?».

—Estaba haciendo el tonto con David Metcalfe por ahí y supongo que... bueno... no me encontraba muy bien, y creo que me he mareado un poco.

Miré a Mark, pero tenía la cara hundida en el pelo de Gena.

Entonces lo vi. Un asqueroso charco de vómito verde y marrón que goteaba por el lateral de la mesa de centro.

—Buena jugada, máquina —masculló David, el amigo de Cory, apoyado contra la pared.

—¡Ay, me voy a marear yo también! —gimió una chica a la que no había visto en mi vida, tapándose la boca con las manos.

—Te ayudaré a limpiarlo —dijo Cory, con cara de verdadera vergüenza.

—No pasa nada. Trae una cuchara —le dije—. ¡Me lo comeré antes de que se coagule!

—¡Ay! ¡Qué ascazo total! —exclamó Gena.

Agaché la cabeza y recogí el vómito falso de goma. Y luego se lo lancé a Cory.

Todos se echaron a reír. Cory pareció muy decepcionado. Yo me lo había creído de verdad durante unos segundos, pero jamás le daría la satisfacción de decírselo.

—Cory, qué frikada —dijo Lisa, dándole un fuerte empujón en el hombro.

Cory es grande y robusto. El empujón de ella ni lo movió.

—Fue idea de David —dijo él, riéndose. Le lanzó la asquerosa broma de goma a su amigo.

—Creo que deberíamos terminar la fiesta por todo lo alto con esto —dije. Un montón de chicos gimieron en señal de protesta. Mi hermano le había rodeado el cuello a Gena con los brazos y le daba arrumacos. Ya se veía que él no iba a servir de ninguna ayuda.

—Venga, ya está bien. Mañana hay clase. Y la policía ya ha venido una vez.

Todos lanzaron exclamaciones de sorpresa. Estaban tan ocupados de fiesta que ni siquiera se habían dado cuenta de que había un policía en la puerta.

—Mis padres llegarán a casa en cualquier momento —dije. Esperaba que aquello no fuera una mentira. Estaba empezando a preocuparme por ellos. Eran casi las once.

Los chicos empezaron a marcharse de mala gana. Despedí a Lisa y a Shannon. Eran las únicas amigas a las que yo había invitado de verdad, y no había tenido ni dos segundos para hablar con ellas.

Me fijé en una gran mancha húmeda en el borde de la alfombra. Esta era real, no de goma. «En fin. Le vendrá bien a la alfombra», me dije a mí misma.

Desde la entrada principal, observé a todo el mundo dirigirse por el jardín delantero hacia sus coches, entre risas y

bromas.

—Nos vemos mañana.

—No si yo te veo primero.

Esperaba que el vecino gruñón del final de la manzana estuviera disfrutando de todos los gritos y las risas fuertes.

Sintiendo un poco de frío, cerré la puerta principal y volví al salón, frotándome las mangas de la sudadera para entrar en calor. No me lo podía creer: ¡Mark y Gena no se habían movido del sofá!

«¡Voy a tener que echarles agua con una manguera!», pensé.

—Oye, chicos —dije, levantando la muñeca y mirando fijamente mi *Swatch*. Una indirecta sutil.

Los dos tortolitos me ignoraron.

—¿Cómo va a volver Gena a su casa? —pregunté.

Mark por fin levantó la vista hacia mí.

—Yo la llevaré en coche —dijo. Tenía carmín corrido por toda la boca. Parecía el payaso Bozo.

—¿En qué coche? —pregunté—. Mamá y papá se llevaron el coche al trabajo, ¿te acuerdas?

—Ah. —Se quedó pensando en ello. Una sonrisa maliciosa se extendió por su rostro, que habitualmente tenía un aspecto inocente—. Supongo que tendrá que quedarse a pasar la noche.

—¡Qué marrano eres! —Gena se echó a reír e intentó asfixiarlo con uno de los cojines de terciopelo machacado del sofá. Empezaron a jugar a pelearse como si yo ni siquiera estuviera allí.

«A lo mejor mamá y papá tienen razón con respecto a ella», pensé, sintiéndome fastidiada —y celosa— al mismo tiempo. «¿Por qué no tenía yo a ningún chico con el que jugar a pelearnos y hacer el tonto?» Un fuerte golpe en la puerta

interrumpió mis pensamientos malhumorados.

—Seguro que son mamá y papá —dije, solo para asustar a Mark y a Gena.

No funcionó.

—¿Por qué iban a llamar a la puerta? —preguntó Mark.

Corrí a abrir. Era Cory Brooks.

—Me he dejado el vómito —dijo un poco avergonzado.

Me siguió al salón. Estuvo buscando un rato, hasta que encontró su preciado tesoro debajo del cojín de una silla. Lo dobló con cuidado y se lo metió en el bolsillo de su cazadora vaquera.

—Oye, Cory, ¿me puedes llevar a casa? —Gena por fin se había puesto en pie. Se alisó su jersey de cachemira azul, que se le había quedado todo revirado.

—Claro. Si no te importa ir en el asiento de atrás con Metcalfe.

Gena torció el gesto.

—Casi que prefiero ir andando.

—No te ralles. Lo ato con los cinturones de seguridad —dijo Cory. Ella lo siguió hacia la puerta, no sin antes ponerse de puntillas para darle a Mark un último beso largo y pausado.

Unos segundos después, Mark y yo nos quedamos solos en el desordenado salón.

—Será mejor que te quites el carmín de la cara —le dije, intentando no reírme de lo ridículo que estaba—. Luego tenemos que limpiar esto.

No dijo nada; simplemente se fue corriendo a borrar las pruebas. Regresó al salón unos minutos más tarde, con aspecto un tanto atontado.

Como ya he dicho, nunca antes había tenido una novia como Gena. Estuve a punto de decirle algo al respecto, pero lógicamente no lo hice. Los hermanos y las hermanas no

pueden hablar de esas cosas en la vida real. Eso solo pasa en la tele. En todas las comedias, los hermanos tienen esas charlas largas y serias de corazón a corazón. Luego se abrazan y se van a la cocina a por algo de picar.

Pero en el mundo real no es así. ¡Si Mark me diera un abrazo alguna vez, llamaría al médico!

—Menuda fiesta —dijo, sacudiendo la cabeza. Creo que de hecho parecía sentirse un poco culpable—. ¿Cómo vamos a limpiar todo esto?

—Rápido —dije—. Antes de que entren papá y mamá y lo vean.

—No creo que vengan a casa esta noche —dijo él, recogiendo unas cuantas latas aplastadas del suelo.

—¿Eh? Claro que vendrán.

—No sería la primera vez. —Su voz sonaba un poco amarga—. Voy a pillar una bolsa de basura grande a la cocina.

Me quedé allí de pie, sintiéndome cansada de repente, escuchando crujir las viejas tablas de madera del pasillo mientras él iba hacia la cocina. Tenía razón sobre mamá y papá. Esta tampoco sería la primera vez que se pasaban toda la noche fuera, ya fuera trabajando o de fiesta.

Como ya he dicho, mis padres eran jóvenes y no les hacía mucha gracia la idea de tener que comportarse como padres. No los estoy criticando. Eran unos padres perfectamente buenos, más divertidos que la mayoría cuando estaban en casa. Pero sencillamente no se tomaban lo de ser padres tan en serio como lo hacían los demás.

Había muchas otras cosas que les parecían más importantes. Su trabajo, por ejemplo. No entiendo del todo a qué se dedican. Son especialistas en ordenadores centrales, *mainframes*. Eso significa que van a empresas gigantescas y les instalan sistemas informáticos enormes. Les lleva meses,

a veces años. Luego se mudan a otra gran corporación, a menudo en otra ciudad. Por eso nos mudamos tanto.

Y allá donde nos mudamos, mamá y papá se involucran en todo tipo de cosas; me refiero a cosas de la comunidad. Ya sabes, clubes y organizaciones de todo tipo. A veces tengo que admitir que me duele que salgan corriendo de inmediato a buscar todos esos clubes a los que apuntarse. Quiero decir, es como si no quisieran quedarse en casa y pasar tiempo con Mark y conmigo.

Pero ahora que soy mayor, me doy cuenta de que eso es una tontería. Y algo egoísta. Tienen derecho a tener sus propias vidas, sus propios intereses.

Pero al menos podrían llamar y decirnos cuándo van a llegar tarde, ¿no?

Mark regresó trayendo una bolsa de basura grande de plástico verde.

—Yo sujeto la bolsa. Tú ve echándolo todo dentro —dijo, y bostezó.

—¿Por qué nunca me toca a mí sujetar la bolsa? —me quejé, sin tomármelo en serio.

—¿Y si les ha pasado algo? —preguntó él, sonando preocupado de repente.

—¿Eh?

—¿Y si han tenido un accidente o algo así?

—Si hubieran tenido un accidente, llamarían —dije. Era un chiste habitual entre nosotros. Solo que esta noche no tenía mucha gracia.

—¿Y si se les ha calado el coche en la Calle del Terror, allá en el bosque, y están perdidos entre los árboles? Ya conoces esas historias de cómo la gente entra en el bosque y sale con un aspecto diferente y sin recordar quiénes son.

—¿Quién te ha contado esa historia? —pregunté,

torciendo el gesto.

—Cory Brooks. Dijo que venía en el periódico.

—Eso tiene tanta gracia como su vómito de goma. Te estaba tomando el pelo, Mark.

No dijo nada durante un rato. Pero yo conocía la expresión de su rostro. Era su cara de preocupación. Le había visto poner esa cara un montón de veces. Alguien tiene que ser el sufridor en cada familia, y en la nuestra ese era Mark.

—Deja de poner esa cara —le dije.

—¿Qué cara?

—Esa cara. Si sigues poniendo esa cara, yo también voy a empezar a preocuparme.

—Vamos a llamarlos —dijo él.

—Sí. Vale. —¿Por qué no se me habrá ocurrido antes?

Seguí a Mark a la cocina. Teníamos su número apuntado en un bloc al lado del teléfono. No pasaba por la centralita. Era una línea directa a su oficina, así que podíamos llamar a cualquier hora del día.

—Llama tú —dijo Mark, apoyándose en la encimera de Formica. Parecía muy preocupado.

—Claro —dije. Hojeé el bloc hasta que encontré el número de la oficina. Luego descolgué el auricular de la pared y empecé a marcar. Entonces me detuve.

—¿Qué pasa? —preguntó Mark.

—No hay tono —le dije.

El teléfono estaba completamente muerto.

capítulo 3

Nos quedamos allí de pie, mirando el teléfono, como si fuera a cobrar vida o algo así.

—Es raro —dijo Mark finalmente—. ¿Por qué no funciona? Si no ha habido ninguna tormenta ni nada.

—Bueno, al menos eso explica por qué mamá y papá no han llamado —dije—. ¡Es que no podían!

Colgué el auricular silencioso. Ambos sonreíamos, sintiéndonos un poco menos preocupados. Mark empezó a decir algo, pero se detuvo.

Ambos oímos el sonido. Pasos sobre nuestras cabezas. El techo crujió.

Alguien estaba caminando por el piso de arriba.

Vi la expresión de miedo en la cara de Mark cuando los pasos resonaron bajando por la escalera principal. Probablemente yo tenía un aspecto igual de asustada.

Nos quedamos escuchando cómo los pasos amortiguados se hacían más fuertes. Y entonces entró en la cocina.

Y vimos que solo era Roger.

Me reí a carcajadas. Mark seguía demasiado alterado

como para reírse. Estaba sudando a mares y se había puesto del mismo color que el papel pintado gris desteñido, lo cual me hizo reír aún más. Sentí un gran alivio.

¿Cómo podíamos habernos olvidado de Roger?

Bueno, era tan silencioso e invisible la mayor parte del tiempo que resultaba fácil olvidarse de él.

Roger era un primo lejano de mi madre que se alojaba con nosotros. Había llegado unos días después de que nos mudáramos a la Calle del Terror, y mis padres le dijeron que podía quedarse con la habitación del desván para él solo. Esto era bastante gracioso, en realidad, porque el desván es tan pequeño que dos personas no cabrían ni apretándose. ¡Roger lo tendrá todo para él!

Ni siquiera Roger, estando solo, cabía del todo bien en la habitación. Es tan alto y el techo está tan inclinado y bajo que tiene que encorvarse cuando se pone de pie allí. Pero tiene una cama y un escritorio, y parece bastante feliz viviendo con nosotros.

Realmente no le vemos mucho. Mark y yo intentamos ser amables. Después de todo, es un pariente y, como nos mudamos tanto, echamos un poco de menos tener familia cerca.

Pero Roger es difícil de conocer. Es tan callado. Creo que es la persona más tímida que he conocido jamás. Es realmente guapo. Tiene el pelo castaño arenoso y unos ojos oscuros e intensos. Parece un modelo de revista, pero no creo que tenga ni idea de lo bien que se ve. Es simplemente muy tímido. Va al centro de estudios superiores del pueblo de al lado, así que pasa la mayor parte del tiempo en el desván estudiando y redactando trabajos.

No sé muy bien por qué mamá y papá lo acogieron. No puede ser por el alquiler que paga. Realmente no necesitamos

el dinero. Curiosamente, no es el primer inquilino que tenemos. Otros chicos jóvenes se han alojado con nosotros en otras ciudades en las que hemos vivido. Supongo que a mamá y a papá simplemente les gusta ayudar a los estudiantes universitarios.

—Hola, Roger. Nos has dado un susto de muerte —dijo Mark, a quien empezaba a volverle el color al rostro.

Una expresión de alarma cruzó el atractivo rostro de Roger.

—Lo siento. No era mi intención.

Mark y yo nos dirigimos de nuevo al salón para limpiar, y Roger nos siguió.

—¿Cuándo has llegado? —pregunté, empezando a recoger las latas de refresco y cerveza que llenaban la habitación.

—Hace un rato. Oí todo el ruido, así que...

—Deberías haberte unido a la fiesta —dijo Mark, manteniendo abierta la bolsa de basura y siguiéndome por la habitación.

—No, no pasa nada. —Roger parecía avergonzado por alguna razón. Debe de ser duro ser tan tímido. No podía imaginarme a Roger en una fiesta. Intenté imaginarlo bailando; era tan rígido y tenso que probablemente nunca bailaba.

Se inclinó y agarró un puñado de *pretzels* con forma de pez de un cuenco al lado del sofá.

—Iba a ponerme a leer algo, pero quería preguntarles una cosa a vuestros padres.

—No están en casa —le dije.

Se mostró muy sorprendido y miró su reloj.

—¿Te mencionaron que trabajarían hasta tarde? —le pregunté.

—No. —Sacudió la cabeza y se rascó la barbilla. —Bueno, no pasa nada. Supongo que podré preguntarles más tarde.

Se echó unos cuantos peces de *pretzel* a la boca.

—¿Estáis bien, chicos?

—Sí. Claro —le dije.

Recogió algunos platos de papel y los metió en la bolsa de basura que Mark sujetaba.

—Suelen quedarse fuera hasta tarde —dijo Mark.

—¿Han llamado? —preguntó Roger, cogiendo otro puñado de *pretzels*.

—No. El teléfono está estropeado.

—¿Eh? Qué raro. ¿Vuestros padres han dejado alguna nota?

—No, pero estoy segura de que simplemente están trabajando hasta tarde —dije—. A veces se meten tanto en sus problemas informáticos que pierden la noción del tiempo.

—A veces trabajan veinticuatro horas seguidas —añadió Mark, dando un largo trago a la lata de refresco a medio terminar de alguien, inclinándola sobre su boca hasta que el líquido le chorreó por la barbilla.

—Eres un marrano —le dije—.

—¡Oye, que tengo sed!

—¿Así que no dejaron ninguna nota ni nada? —preguntó Roger, sonando impaciente.

«Me pregunto por qué hace tantas preguntas. Realmente no era propio de él. Supongo que quería ver a mis padres por algo importante».

—No. Puede que estén en una de sus reuniones del club —dijo Mark, aplastando la lata de refresco en su mano y lanzándola a la bolsa de basura.

—Normalmente vuelven a casa para cenar antes de sus reuniones del club —dije.

—¿Habéis mirado en su habitación? —preguntó Roger.

—¿Eh? ¿Para qué? —Incluso Mark empezaba a sospechar. Aquello era un comportamiento muy extraño por parte de Roger.

Roger se sonrojó.

—Ya sabéis. Para ver si dejaron alguna nota o algo así.

—Siempre dejan las notas en el frigorífico —le dije—. Ya conoces a mamá y a papá. Son gente de ordenadores, ¿no? Lo hacen todo mediante un sistema, siempre todo de la misma manera.

Es verdad. A mis padres les gusta pensar que son espíritus libres, pero ¡deberías verlos si pongo los *Frosted Flakes* en el armario equivocado!

Roger bostezó y se estiró. «Es atractivo incluso cuando bosteza», pensé.

—Supongo que hablaré con ellos mañana. —Cogió otro puñado de peces, dejando el cuenco casi vacío, y se dio la vuelta hacia la escalera—. Buenas noches.

—Buenas noches —dijimos Mark y yo, y nos miramos el uno al otro.

—Es raro —dijo Mark.

—Es primo de mamá, así que tiene que ser raro —bromeé—. Desde luego, parecía nervioso esta noche.

—Sí. Parecía como si quisiera pedir dinero prestado o algo así.

—Quizá tengas razón —dije, sintiéndome repentinamente muy cansada—. ¿A dónde vas? —Mark se dirigía al cuarto de estar.

—Son casi las doce. He pensado en ver *Star Trek*.

—¡Mark, las has visto todas diez veces!

—No. Estas son las nuevas. Solo las he visto dos veces.

Mark es un verdadero fanático de *Star Trek*. Ve las reposiciones siempre que las emiten, normalmente después de medianoche. No es muy lector, pero se lee todas las novelas de *Star Trek* en cuanto salen. Le parece divertidísimo hacerme el saludo Vulcano cuando nadie mira. Como ya dije, mi hermano no tiene mucho sentido del humor.

—Quizá deberíamos echar un vistazo en la habitación de mamá y papá —dije.

—¿Te encuentras bien? — Me lanzó una mirada rara.

—Sí, lo sé. No es propio de mí ser una sufridora. Solo tengo una sensación rara con esto, ¿sabes?

—Vale. Deja que vea qué episodio ponen. —Se dejó caer en el sofá de cuero, cogió el mando a distancia y encendió la televisión.

Me senté con cansancio en el brazo del sofá, demasiado agotada para seguir limpiando. Unos minutos después, empezó *Star Trek*.

—Es uno viejo —dijo Mark—, pero está muy chulo. Kirk, Uhura y Chekov son capturados, y los tipos que los han capturado les obligan a ponerse esos collares de perro y a entrenar para el combate.

—Qué emoción —dije. A mí no me va *Star Trek*. — Vamos. Subamos arriba y echemos un vistazo a la habitación de mamá y papá.

—Oh, está bien. —Apuntó con el mando a distancia y apagó la televisión—. Ayúdame a levantarme. —Levantó los brazos sobre la cabeza y esperó a que yo lo levantara.

—Ni hablar —le dije—. Pesas una tonelada.

Pareció dolido. Gruñendo, se puso en pie por sus propios medios. Los dos estábamos realmente cansados. Era casi la una de la madrugada y teníamos que levantarnos en seis horas

para ir al instituto.

Seguí a Mark fuera del cuarto de estar y subí las escaleras. Odiaba la forma en que los viejos escalones de madera crujían y chirriaban cuando los pisábamos. Mamá y papá iban a poner alfombra en las escaleras, pero simplemente no tenían tiempo.

Nuestra casa en Brookline había sido nueva a estrenar. Era difícil acostumbrarse a todos los ruidos espeluznantes que hacía una casa vieja como esta. No soy una persona nerviosa. Mark es el nervioso de la familia. Pero yo siempre tengo la sensación de que hay alguien más en la habitación, o alguien bajando las escaleras, o alguien acercándose sigilosamente detrás de mí; todo debido a los crujidos, quejidos y ruidos extraños que hace la casa.

Supongo que me acostumbraré. Pero debo admitir que me siento mucho más cómoda en esta vieja y deteriorada casa cuando mamá y papá están en casa.

«¿Dónde podrían estar?», me pregunté.

La puerta de su dormitorio estaba cerrada. Eso no era inusual. A menudo la cerraban cuando salían. Ordenados y pulcros. Todo en su lugar. Todo en perfecto orden.

Giré el pomo y empujé la puerta para abrirla.

Me sorprendió ver luz. Una lámpara en la mesita de noche del fondo se había quedado encendida.

—¡Oh!

No quise gritar. Un ruido me asustó. Era solo una persiana golpeando con el viento contra la ventana abierta.

Entonces vi su cama y volví a gritar.

Era evidente que algo terrible había ocurrido....

capítulo 4

No entiendo por qué mi hermana se puso así. ¿Qué le pasa? ¿Es que nunca ha visto una cama sin hacer? Quiero decir, que me deje en paz. Seguro que mamá y papá son unos maniáticos del orden, y seguro que siempre hacían la cama antes de irse a trabajar. ¡Pero una cama sin hacer no es motivo para volverse loca y empezar a gritar que ha ocurrido algo terrible!

Logré calmar a Cara a mi manera habitual. Le grité y le dije que se callara. Quiero decir, vi enseguida que no había nada por lo que ponerse así.

Oye, se supone que el preocupado de la familia soy yo. Se supone que Cara es la calmada, la guay y la sensata. Bueno, pues estaba echando a perder toda su imagen, eso seguro.

—Lo siento —dijo ella, mordiéndose el labio inferior de la forma en que siempre hace cuando ha hecho algo malo, que es la mayor parte del tiempo—. No pretendía gritar así. Es solo que... es solo que...

—¿Solo qué? —pregunté. No pensaba dejarla salir del apuro tan fácilmente. O sea, me dio un susto de muerte cuando gritó de esa manera.

Su voz se volvió pequeña y suave.

—Supongo que fue por la forma en que la colcha está medio tirada por el suelo y la sábana está hecha una bola de esa manera. Simplemente... simplemente parecía como si hubiera habido una pelea o algo así.

—Tienes que relajarte —le dije, sentándome en el borde de la cama—. No sé qué es lo que te tiene tan alterada. Quiero decir, actúas como si mamá y papá nunca se hubieran quedado fuera hasta tarde antes.

Cara estaba tan nerviosa que decidí que tenía que actuar con mucha calma. Yo también estaba un poco preocupado, pero decidí no dejar que Cara lo supiera. En realidad, estaba preocupado y a la vez contento. Estaba contento de que se hubieran quedado fuera hasta tarde porque eso significaba que podía invitar a Gena a venir, ¡y Gena estaba realmente c-a-ñ-ó-n esta noche!

Sentado en la cama sin hacer, pensé en la gran pelea que había tenido con mamá y papá esa mañana. ¿Cuál era su problema, de todos modos? ¡Gena era un bombón! Era muy lista también, simpática, y de verdad le gusto, mucho. Solo he conocido a su padre unas pocas veces, pero parece un buen tipo. Creo que es médico. Entonces, ¿cuál es el problema de mamá y papá? ¿Por qué tanta objeción a que vea a Gena?

Era tan extraño cómo no podían dar ninguna razón.

Mamá y papá siempre son muy dados a dar razones. Siempre tienen al menos dos o tres razones para todo lo que hacen. Siempre nos critican a Gena y a mí por hacer algo simplemente porque nos apetecía hacerlo y luego no ser capaces de explicar por qué lo hicimos.

Como todo en la vida debería tener una razón, ¿verdad? Así que, cuando les pregunté la razón por la que me decían que no viera a Gena, todo lo que pudieron decir fue: «Confía en nosotros. Sabemos más que tú sobre las cosas».

¿Qué clase de razón es esa? ¡Confía en nosotros!

Supongo que no debería haber perdido los papeles como hice. Pero están acostumbrados a que explote. Además, tenía una buena razón. Por una vez, yo tenía razón.

Por supuesto, me di cuenta, sentado en su habitación, de que si les hubiera pasado algo terrible, me sentiría bastante mal por haber tenido una pelea con ellos esa mañana. Pero sacudí esa idea. No tiene sentido pensar así. No le haría bien a nadie.

—Ya han trabajado hasta muy tarde antes —le dije a Cara—.

—Normalmente llaman. —Ella no parecía estar más tranquila. Estaba de pie sobre mí con los brazos cruzados sobre su sudadera—.Lo sé, lo sé. El teléfono está estropeado. Pero podrían haber llamado y haber dejado un mensaje a la señora Fisher, la vecina de al lado, ¿no?

—Cara, tienes que dejar de preocuparte —dije—. Simplemente no es propio de ti.

Pero en lugar de escucharme, de repente soltó un pequeño jadeo. Su boca se abrió y sus ojos se agrandaron de miedo.

Me di cuenta de que no me estaba mirando a mí. Estaba mirando más allá de mí hacia la ventana.

—Mark... —Su voz salió como un susurro. Se inclinó hacia delante y me agarró del hombro. Sus dedos se clavaron en mi jersey—. Mark... hay alguien...

—¿Eh? —Realmente no podía oírla.

Empujó mi hombro hasta que me di la vuelta. Al principio no pude ver lo que la había asustado. Vi la ventana, que estaba

entreabierta. Vi la oscuridad más allá de la ventana y una estrecha franja de pálida luna blanca. Vi las cortinas estampadas de cuerpo entero ondear un poco con la ráfaga de la brisa nocturna.

Y entonces los vi. Los dos zapatos que sobresalían por debajo de la cortina a la derecha de la ventana.

De repente comprendí el miedo repentino de mi hermana, y lo sentí yo mismo. Me quedé mirando los zapatos bajo la cortina y el ligero bulto que hacía que la cortina pareciera ondear con el viento.

Y me di cuenta, igual que Cara, de que había alguien más allí con nosotros en el dormitorio de nuestros padres.

capítulo
5

Si me hubiera detenido a pensarlo, probablemente no lo habría hecho. Pero, como ya he dicho, no siempre encuentro motivos para mis actos. A veces, simplemente los ejecuto. Después, invento las justificaciones cuando ya es demasiado tarde.

En cualquier caso, salté de la cama y corrí hacia la ventana.

Podía oír a Cara gritándome que me detuviera, pero ya no había marcha atrás. No podía parar en ese momento.

No sé qué pretendía conseguir exactamente. Sentía mucha más rabia que miedo, eso lo tengo claro. Quiero decir, ¿qué hacía alguien en la habitación de nuestros padres escondido tras la cortina?

¿Era un ladrón?

No me detuve a considerar que podría ser alguien realmente peligroso. No reflexioné sobre la posibilidad de que fuera alguien capaz de dispararme solo con mirarme. Supongo que no pensé en absoluto.

Simplemente corrí... y me detuve en seco cuando Roger

emergió de detrás de las cortinas, luciendo sumamente avergonzado.

—Solo soy yo —balbuceó él. Supongo que detectó la mirada fiera en mi rostro, porque alzó ambas manos como si se rindiera.

—¡Roger! ¿Qué hacías ahí? —exclamó Cara, indignada.

—Eh... solo miraba por la ventana. Yo... eh... creí oír algo fuera, pero solo era un perro o algo parecido.

—Pero ¿qué haces aquí dentro? —inquirí yo, con el corazón todavía martilleándome en el pecho.

—Nos has dado un susto de muerte —protestó Cara, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Lo siento. Solo entré para ver si vuestros padres habían dejado alguna nota o algo así. Después me acerqué a la ventana al escuchar ruido en el exterior. No os oí llegar.

Le creí, aunque Cara parecía albergar sus dudas. Mi hermana nunca se fía de lo que le cuentan.

—¿Pero cómo no ibas a oírnos? Estábamos hablando y haciendo ruido —recalcó ella.

—Yo... eh... supongo que esas cortinas son muy gruesas. Aíslan del sonido —replicó Roger. Se pasó una mano por el cabello castaño ondulado. Estaba sudando. Hacía calor en el dormitorio de nuestros padres, pero no tanto como para eso.

—De verdad que no pretendía asustaros —aseguró Roger, esquivando mi mirada para dirigirse a Cara, quien permanecía con los brazos apretados contra el cuerpo—. Solo estaba preocupado por vuestros padres y...

—¿Qué es eso que llevas en la mano? —interrumpió Cara.

Roger levantó una pequeña caja negra. —¿Esto? Es solo mi *Walkman*. —Y comenzó a caminar hacia la puerta.

—¿Sin auriculares? —cuestionó ella con suspicacia.

—Yo... eh... los dejé arriba —exclamó Roger, mientras

guardaba el *Walkman* en el bolsillo de su pantalón.

De repente, las cortinas de la ventana se hincharon hacia el interior de la habitación.

Los tres soltamos un grito de sorpresa.

Solo había sido una ráfaga de viento. A lo lejos, en algún lugar del bosque de la Calle del Terror, un animal aulló. Sentí un escalofrío repentino; algunos chicos del instituto me habían contado historias sobre lobos que merodeaban salvajes por el bosque detrás de nuestra casa.

—De verdad. Siento haberos asustado —insistió Roger, mientras bostezaba—. Supongo que todos estamos bastante cansados. —Ya estaba saliendo por la puerta, pero se dio la vuelta—. Escuchad, no os preocupéis por vuestros padres. Estoy seguro de que habrán vuelto cuando os despertéis por la mañana.

—Sí. Probablemente —concedió Cara. Sus hombros se desplomaron y soltó un suspiro sonoro—. Siento si te hemos asustado —añadió, haciendo las paces con él—. No sabíamos que eras tú.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Roger desapareció tras el umbral. Escuchamos sus pisadas mientras subía la escalera hacia su habitación en el desván. Entonces, Cara se lanzó sobre la cama, deslizándose sobre su estómago y hundiendo el rostro en la almohada de mamá.

Caminé hacia la ventana y la cerré. En el exterior, el viento arremolinaba las hojas secas por todo el jardín delantero. Algo en la calle llamó mi atención: era una furgoneta gris, aparcada directamente frente a nuestra casa. No recordaba haberla visto allí antes. No tenía ningún letrero en los laterales. Estaba demasiado oscuro para distinguir si había alguien dentro o no.

¿Qué estaría haciendo allí?

Corrí las pesadas cortinas y me alejé.

—¿Crees que Roger decía la verdad? —preguntó Cara, con la voz apagada porque seguía con la cara enterrada en la almohada.

—No lo sé. Quizás —respondí—. ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Parecía muy avergonzado.

—Tú también estarías avergonzada —argumenté—. Se sintió estúpido, eso es todo.

No sé por qué estaba defendiendo a Roger. No tenía nada en contra de él, pero tampoco me caía especialmente bien. No teníamos nada en común. Ese era parte del problema; a él no le interesaban los deportes y yo no entendía nada de literatura inglesa del siglo XIX. Era muy guapo. Demasiado guapo, pensaba yo. Las amigas de Cara siempre se ponían a risotear y a hacer tonterías cada vez que Roger entraba en la habitación. Quizás solo sentía un poco de envidia.

Pero realmente no entendía por qué necesitábamos que viviera con nosotros. Claro, era un primo lejano o algo así, pero eso no significaba que tuviera que alojarse en casa, ¿verdad? Me incomodaba tener a otra persona viviendo bajo nuestro techo. La vieja y tétrica casa ya era bastante incómoda de por sí, especialmente si la comparábamos con nuestra impecable casa de Brookline. No necesitábamos a ningún universitario merodeando por ahí, escondiéndose detrás de las cortinas.

Así que no sé por qué me puse de parte de Roger. Supongo que es porque simplemente me gusta llevarle la contraria a Cara.

—¿Qué buscaba aquí dentro? —cuestionó ella, dándose la vuelta sobre la espalda, con el rostro oculto tras el grueso cojín.

—Lo mismo que nosotros, supongo —dije, acercándome y sentándome en el extremo opuesto de la gran cama de matrimonio.

—Pero si buscaba una nota, ¿por qué estaba escondido tras las cortinas, mirando por la ventana?

Solté un gruñido. Cara podía llegar a ser agotadora en ocasiones.

—Dame un respiro. Ya dio sus explicaciones, ¿no? ¿Qué quieres que te diga?

—Tienes razón. Solo estoy cansada. —Cerró los ojos—. ¿Vas a dormir aquí?

Bostezó.

—No. Ya me levanto. —Estiró los brazos y sonrió. Era una cama muy cómoda.

—Nos vemos —dije. Pensé en Gena. Me pregunté si sería demasiado tarde para llamarla. Probablemente. Pensé que quizás la llamaría de todos modos.

De repente, la sonrisa desapareció del rostro de Cara. Se incorporó rápidamente.

—¿Qué pasa?

—He encontrado algo bajo la sábana.

Tenía un pequeño objeto en la mano. Parecía una calavera blanca diminuta. Me acerqué para verlo más de cerca. —¿Qué es? ¿Una calavera humana?

—No. —Cara lo acercó a su rostro para examinarlo bajo la tenue luz de la lámpara—. Es... es un mono.

—¿Qué?

Lo sostuvo y le dio la vuelta para que pudiera verlo mejor. Era una cabeza de mono tallada, de color blanco y del tamaño de una pelota de ping-pong. Tenía incrustaciones de brillantes en el fondo de las cuencas de los ojos. Relucían en amarillo bajo la luz de la lámpara de la mesita de noche.

Se lo quité y lo hice rodar entre mis dedos.

—Qué extraño. Está muy frío.

—Lo sé —dijo Cara, y pude ver un destello de miedo atravesar su rostro—. Tiene algo espeluznante.

Lo sostuve y lo giré para que me mirara de frente. Mientras observaba sus ojos centelleantes, parecía que me devolvía la mirada. Estaba tallado en marfil; los orificios nasales del mono eran profundos y oscuros, y sus dientes se estiraban a lo ancho de su rostro en una mueca horrible y aterradora. Era tan suave, tan frío.

Y aquellos ojos de brillantes parecían escudriñar los míos; parecían irradiar... ¿qué?, ¡parecían irradiar maldad!

Lo sé, lo sé. Tal vez todas esas películas de terror de segunda categoría que Cara y yo hemos alquilado me han podrido el cerebro. Tal vez simplemente estaba cansado. Tal vez estaba alterado porque mamá y papá no estaban en casa.

Pero había algo feo, algo maligno, en aquella pequeña calavera de mono blanca, en aquellos extraños ojos chispeantes, en aquella mueca helada.

Me quedé contemplándolo como hipnotizado durante mucho tiempo. Entonces no pude soportarlo más; cerré los dedos alrededor del misterioso objeto, lo escondí en mi mano y cerré los ojos. A pesar de que lo había estado sujetando con fuerza, seguía estando helado; el frío me quemaba la mano de la misma forma en que el hielo seco puede quemar. Se lo lancé a Cara, quien lo miró de nuevo antes de arrojarlo sobre la mesita de noche, con el rostro lleno de repugnancia.

—¿Qué es esto? ¿De dónde ha salido? —preguntó ella.

Solo dos preguntas más que no pude responder aquella noche.

capítulo 6

No dormí bien aquella noche. Qué sorpresa. Me quedé mirando las sombras que se entrecruzaban en el techo, pensando en Gena y en lo genial que era. Recordé haberla besado esa noche, abrazándola en el sofá. Olía tan bien. Estaba tan cálida. Parecía que éramos los únicos en la habitación, a pesar de que la casa estaba llena de chicos.

Y, por supuesto, pensé en mamá y papá. Se sentía extraño saber que no estaban abajo, en el cuarto de estar, leyendo o viendo la televisión, o haciendo lo que fuera que hicieran después de que Cara y yo nos íbamos a la cama. No me sentía asustado. Solo se sentía extraño.

Me sentí mal por la pelea que habíamos tenido por la mañana. «Pero eso no fue culpa mía», me repetí. Mientras yacía allí, dando vueltas de un lado a otro en la oscuridad, me puse muy tenso, recreando la discusión una y otra vez en mi mente.

Cuando miré el reloj, marcaba la 1:42, casi las dos de la mañana, y seguía completamente despierto. Me levanté de la cama y caminé hacia la ventana de mi dormitorio. No sé por

qué. Quizás pensé que vería el coche de mamá y papá en la entrada.

Observé el jardín delantero desde lo alto. La luz amarilla del porche proyectaba sombras extrañas y movedizas sobre el césped. Había mucha niebla. Apenas alcanzaba a distinguir la farola al otro lado de la calle. Más allá, el bosque oscuro se perdía en una neblina de color azul grisáceo.

Apoyé la frente contra el cristal de la ventana. El vidrio se sintió fresco y reconfortante sobre mi cabeza caliente. Desde algún punto del bosque pude oír a dos animales aullando al unísono. Escuché con atención, ahora mucho más alerta. Aquellos aullidos no sonaban como los de unos perros.

Miré hacia afuera de nuevo. Aquella furgoneta gris no se había movido. Seguía aparcada directamente al otro lado de la calle.

Los aullidos parecieron intensificarse, acercándose. De repente, vi a alguien corriendo por el césped hacia la calle.

Parpadeé una vez, dos veces. Estaba medio dormido. Pensé que tal vez mis ojos me estaban jugando una mala pasada.

No. Era Roger. Podía verlo con claridad bajo la luz amarilla del porche. Su chaqueta de safari color canela ondeaba tras él con el viento mientras corría. Su sombra, larga y delgada, parecía extenderse hacia atrás sobre el césped cubierto de hojas.

Corría velozmente, en línea recta. Al cruzar la calle, la puerta lateral de la furgoneta se deslizó y él desapareció en su interior, con dos manos ayudándole a subir. Después, la puerta de la furgoneta se cerró de golpe.

—¿Qué está pasando? —mi voz salió en un susurro ahogado.

Observé fijamente la niebla. La furgoneta permanecía

oscura y silenciosa ahora. Las sombras se desplazaban en el jardín delantero. La oscuridad circundante parecía volverse aún más profunda.

Me di cuenta de que estaba temblando y me alejé de la ventana.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué corría Roger hacia esa furgoneta en mitad de la noche? ¿Con quién se estaba reuniendo allí?

Aún tiritando, me giré hacia la puerta. Decidí despertar a Cara. Pero entonces, algo junto a la cama captó mi atención.

Era un suave resplandor blanco. Algo brillaba sobre mi mesita de noche. Me encaminé hacia ella, tropecé y me di en el dedo del pie con la pata de la cama.

—¡Ay! —salté sobre un pie esperando a que el dolor remitiera. Iracundo, llegué hasta la mesita, agarré el objeto resplandeciente y encendí la lámpara.

Era la cabeza de mono blanca.

Sus ojos de brillantes relucían todavía más bajo la luz. Su sonrisa tensa parecía burlarse de mí, riéndose de mí.

¿Había llevado yo la cabeza de mono a mi habitación? No recordaba haberla puesto en mi mesita de noche. Pero debía haberlo hecho. Estaba tan cansado anoche que simplemente no lo recordaba...

La arrojé sobre la cama y caminé de regreso a la ventana. La furgoneta seguía allí al otro lado de la calle, oscura y cerrada. Roger continuaba dentro.

«Algo muy extraño está sucediendo aquí», pensé, ahora completamente despierto. Decidí subir al cuarto de Roger mientras él estaba fuera. Quizás podría encontrar algo allí arriba, alguna pista sobre qué se traía entre manos. Había actuado de forma rara toda la noche, pero salir corriendo a una furgoneta en mitad de la madrugada era demasiado extraño

para ignorarlo. Mientras me ponía mi bata de franela, luché por encontrar una explicación lógica. Está comprando drogas, conjeturé.

No. Roger era un tipo completamente recto. Nunca le había visto beber más de media cerveza en toda una velada. No le iban las drogas.

¿Entonces qué? ¿Una novia?

Sí, eso podría ser. Podría estar quedando con una chica.

Pero eso tampoco tenía sentido. ¿Por qué no simplemente invitarla a entrar? Y yo había visto la furgoneta aparcada allí horas antes. Si hubiera estado quedando con una chica, ¿por qué la habría hecho esperar tanto?

Era evidente que había aguardado a asegurarse de que Cara y yo estuviéramos dormidos. Fuera lo que fuera lo que hiciera, no quería que nosotros nos enteráramos.

¿Pero qué podía ser?

Salí al pasillo y me dirigí hacia las escaleras del desván. El suelo crujía y chirriaba mientras avanzaba. Dudé frente a la puerta de Cara. ¿Debería despertarla?

Decidí que no. Solo iba a escabullirme hasta la habitación de Roger, echar un vistazo rápido, ver si encontraba algo esclarecedor y luego volver a la cama a toda prisa. Cualquier cosa que hallara podría esperar hasta la mañana. Al menos uno de nosotros estaba durmiendo un poco.

Estaba en el primer peldaño hacia el desván cuando escuché a Roger justo detrás de mí.

—Oye, Mark, ¿qué haces tú levantado?

capítulo 7

Me giré de repente. El pasillo estaba iluminado por una pequeña y tenue luz nocturna junto al suelo, frente a la habitación de Cara. Pero, incluso con aquella luz mortecina, pude observar que Roger estaba sudoroso y tenía el rostro encendido.

—Me has asustado —musité.

—Lo siento. Parece que me estoy acostumbrando a hacerlo esta noche —respondió él, sin dedicarme ni una sonrisa—. ¿Qué haces levantado?

—Yo... bueno... solo iba al baño —contesté, pensando con rapidez.

—El baño está hacia allá —señaló él, indicando el lado opuesto del pasillo.

—Lo sé. Yo... —me quedé en blanco, sin saber qué añadir—. Oye, ¿dónde estabas?

—No podía dormir —explicó, mientras se secaba la frente con la mano—. Demasiado estudio, supongo. Salí a dar un paseo para despejarme.

Mentía. Su paseo había terminado dentro de aquella furgoneta gris.

—Hace mucho calor fuera —añadió deprisa—. No puedo

creer que estemos en noviembre.

Entonces, me apartó de un empujón y comenzó a subir los peldaños hacia el desván.

—Bueno, buenas noches —musité. Decidí no echarle en cara su mentira, no decirle que lo había visto entrar en la furgoneta. Estaba demasiado cansado y confundido. Quería contárselo a Cara y luego decidir qué hacer respecto a Roger.

—Buenas noches —respondió él desde arriba. Se apresuró a subir los peldaños, deseoso de alejarse de mí y de mis preguntas, supongo.

Y ciertamente tenía muchas preguntas ahora. Pero era demasiado tarde. Las dudas se arremolinaban en mi cabeza como ropa en una lavadora; ropa pesada, muy pesada.

De repente, yo también me sentí muy pesado. Volví a duras penas a mi habitación y me desplomé sobre la cama sin molestarme en quitarme la bata. Cuando por fin logré dormirme, tuve sueños extraños e incómodos.

En uno de ellos, me encontraba abandonado en un aparcamiento interminable. Había coches grises hasta donde alcanzaba la vista en todas direcciones. Estaba solo en el centro del recinto. No sabía en qué dirección debía ir. No sabía cuál era mi coche. No sabía dónde mirar para encontrar una salida.

Alguien me había dejado allí. Eso lo recordaba. Me habían abandonado. ¿Pero qué se suponía que debía hacer después?

Cuando la alarma sonó a las siete, desperté sintiéndome muy descolocado. Todos mis músculos dolían. Mi cabeza se sentía pesada. No recordaba ninguno de mis otros sueños. Solo sabía que habían sido desagradables.

—¡Que me dejen en paz! —grité, sin dirigirme a nadie ni a nada en particular, solo al mundo en general. Me desperecé y me puse de lado. Me sobresaltó ver la cabeza de mono

blanca sobre la mesita de noche, junto al radio reloj.

De nuevo parecía estar mirándome, sonriéndome con esa mueca horrible y lasciva. Los ojos de brillantes relucían con fuerza a pesar de la escasa luz de la habitación.

Lo cogí y lo lancé al otro lado de la estancia. Escuché cómo golpeaba la pared y rebotaba sobre la alfombra.

—Eso te enseñará a mirar —exclamé en voz alta.

Luego, recordando que mamá y papá podrían estar abajo, me obligué a salir de la cama. Pasé de mi ducha habitual, me puse los vaqueros del día anterior y una camisa de rayas que creí lo suficientemente limpia, y corrí hacia las escaleras.

Cara iba justo delante de mí.

—Buenos días —le dije.

Ella no respondió.

—¡Eh, mamá! ¡Papá! —gritó, mientras ambos bajábamos los escalones de dos en dos—. ¿Dónde estabais?

Nos apresuramos a entrar en la cocina. Estaba vacía. Los platos sucios de la noche anterior seguían amontonados sobre la encimera, junto al fregadero.

—No recogimos muy bien —apuntó Cara.

—¿A quién le importa? ¿Dónde están? —exclamé.

—No me grites. ¡No lo sé!

—No estaba gritando —le aclaré. ¿Por qué intentaba provocar una pelea?

—Quizás sigan durmiendo —aventuró ella, apartándome para pasar—. Subiré a comprobarlo.

—Voy contigo.

No sé por qué la seguí. Desde luego, no hacían falta dos personas para mirar en su dormitorio y ver si habían regresado. Supongo que no estaba pensando con claridad. Me sentía muy preocupado y, cuando empiezo a preocuparme, entro en un estado de inquietud constante.

Me detuve al pie de la escalera y observé a Cara subir corriendo hacia su habitación. Un montón de cosas horribles cruzaron por mi mente, desgracias que podrían haberles ocurrido a mamá y papá. «Pero si algo horrible hubiera pasado», razoné conmigo mismo, «la policía ya habría llamado para estas alturas». Aquel pensamiento me hizo sentir un poco mejor. Pero sabía que no estaría tranquilo del todo hasta saber dónde estaban.

—¿Están ahí arriba? —grité hacia las escaleras, dirigiéndome a Cara.

Ella apareció sobre mí, en la parte superior de la escalera. Me percaté de que llevaba el pelo sin peinar, lo cual era algo realmente inusual en mi hermana. Sacudió la cabeza con desánimo.

—No. No están.

Mi estómago rugió. De repente, me di cuenta de que me moría de hambre. Me pregunté si habría algo en casa para desayunar. Luego me sentí mal por pensar en comida cuando debería haber estado preocupado por mamá y papá.

Cara bajó los escalones con los hombros caídos y la seguí hasta la cocina. Ambos nos sentíamos bastante desgraciados. Ella encontró una caja de copos de maíz en la alacena, pero no quedaba leche. Así que vertimos una botella de Coca-Cola sobre ellos en su lugar.

—Cada día debería empezar con un desayuno equilibrado —masculló Cara.

En realidad, no sabía tan mal. Casi me había terminado el cuenco entero cuando salté de golpe. De repente, recordé la furgoneta gris.

—¡Eh! ¿A dónde vas? —preguntó Cara mientras salía corriendo hacia el salón y me asomaba por la ventana. Seguía estando oscuro fuera. El sol apenas empezaba a abrirse paso

entre las nubes. La furgoneta ya no estaba.

—¿Qué haces, Mark? —Cara me había seguido hasta el salón.

Le hice señas para que se sentara en el sofá. Entonces, le relaté todo lo que había ocurrido la noche anterior.

—¿Y viste con total seguridad a Roger subir a esa furgoneta gris? —inquirió ella—. ¿Estás seguro de que no estabas dormido?

Eso es tan propio de Cara. Siempre dudando de todo.

—No, no estaba dormido.

—¿Y estás convencido de que no pasó de largo y pareció que la puerta se abría solo por las sombras de los árboles o algo así?

Ahora estaba empezando a hacer que dudara de lo que mis propios ojos habían visto.

—No. Vi exactamente lo que te he dicho. Roger subió a la furgoneta y la puerta se cerró.

—¿Te mintió rotundamente sobre haber salido a dar un paseo?

—Cara, ¡me estás sacando de mis casillas! —exclamé, intentando controlar mi genio.

—Vale, vale —dijo levantando las manos—. Lo siento. Es solo que, si vamos a subir a acusar a Roger, deberíamos estar seguros de qué es exactamente lo que le estamos reprochando.

—Bueno... estaba oscuro en la calle y había mucha niebla. Pero estoy seguro de que lo vi subir.

—Entonces vamos —sentenció Cara, saltando del sofá y tirando de mí para que me levantara—. Se lo soltaremos directamente: «Roger, ¿qué hacías en esa furgoneta gris anoche?».

—Supongo —concedí. Cara me había hecho tantas preguntas que empezaba a pensar si habría soñado todo el

asunto. O quizás simplemente me resistía a meterme en un lío con Roger.

—Eh... Cara... —murmuré mientras empezábamos a subir las escaleras—. Quizás lo que hizo Roger anoche no sea asunto nuestro. Al fin y al cabo, tiene derecho a su vida privada.

Cara suspiró y puso los ojos en blanco.

—Mark, nuestros padres han desaparecido, ¿verdad?

—Bueno... no vinieron a casa anoche.

—Y desde que han desaparecido, Roger se ha estado comportando de forma extremadamente rara. ¿No estarás de acuerdo?

—Sí, supongo.

—Entonces tenemos todo el derecho a preguntarle por qué se ha estado comportando tan raro. ¿De acuerdo?

Lo pensé durante un breve instante.

—De acuerdo.

Tuve que ceder. Nunca gano ninguna discusión con Cara a menos que empiece a gritar mucho. Y esta mañana, simplemente no tenía fuerzas para gritar. Además, ella tenía razón, por una vez.

Subimos las estrechas escaleras hacia el desván. Hacía unos diez grados más de calor aquí arriba. La puerta de Roger estaba cerrada.

—¿Deberíamos despertarlo? —susurré—. ¿O deberíamos esperar?

Cara me dedicó una mirada de desprecio.

—Por supuesto que vamos a despertarlo. Tienes pensado ir al instituto esta mañana, ¿o no?

Llamé a la puerta suavemente, y luego con más fuerza.

No hubo respuesta.

Sentí un escalofrío repentino, una sensación de pavor en

la boca del estómago. Algo horrible ha ocurrido ahí dentro, pensé. Sacudí la cabeza como si quisiera alejar ese pensamiento. Sabía que estaba siendo estúpido.

Llamé de nuevo. Seguía sin haber respuesta.

Así que empujé la puerta y di un paso hacia el interior.

Una luz gris se filtraba a través de un pequeño tragaluz manchado de suciedad. El pequeño catre de Roger estaba hecho, con la fina manta verde remetida con fuerza en las cuatro esquinas. La habitación estaba vacía. Ya se había marchado.

—No me lo puedo creer —dijo Cara, decepcionada por no poder tener nuestra confrontación.

—Tiene clases por la mañana —respondí, moviéndome hacia la pared para dejarle espacio.

—No tan temprano —replicó Cara, mordiéndose el labio inferior—. Bueno... ya que estamos aquí, echemos un vistazo.

—No nos llevará mucho tiempo —dije. Tenía que mantener la cabeza inclinada para no golpearme con el techo.

Revisé una pila de cosas sobre el escritorio de Roger; solo un montón de cuadernos y libros de texto. Cara se puso a gatas y miró debajo de la cama.

—¿Ves algo? —pregunté, susurrando por alguna razón.

—Pelusas —respondió, levantándose rápidamente.

La estantería junto al escritorio estaba casi vacía, con unos pocos libros y revistas tirados en el estante central. Un vaso de cartón que contenía rotuladores y lápices estaba en el estante de abajo.

—Qué lugar tan lúgubre —comenté.

—Sí. Uno pensaría que pondría algunos pósteres o algo así.

Miré las desnudas paredes grises. Esto parecía más una celda de prisión que la habitación de un universitario.

Cara empezó a registrar las cosas que había sobre la mesa.

—Ya miré ahí —dije con impaciencia. Empezaba a sentirme realmente nervioso. Quería salir de allí. ¿Qué pasaría si Roger regresaba y nos pillaba husmeando en todas sus cosas?

—¡Oye! Mira esto. —Cara sostenía un cuaderno vacío.

—Un cuaderno. Gran cosa —dije.

—Exacto. Un cuaderno vacío. —Cogió otro—. Mira, Mark. Este también está vacío. —Tomé el cuaderno que quedaba sobre el escritorio. Vacío. Ni una palabra escrita en él.

—¿Y? ¿Qué significa eso? —pregunté—. Aún no los ha usado.

Cara estaba hojeando los libros de texto de Roger ahora. —Mira. Ni un subrayado. Ni una sola marca.

—Será que no le gusta marcar sus libros —dije, suspirando—. A mí tampoco. No creo que esto sea muy interesante, Cara.

—¡Pero no ha tomado ni una sola nota! ¡Nada de esto parece haber sido abierto jamás!

De repente, escuché un crujido en el pasillo. Miré a Cara. Ella también lo había oído.

Ambos nos quedamos paralizados. Y escuchamos.

Silencio.

Me asomé por la puerta. No había nadie. Caminé de puntillas hasta las escaleras y miré hacia abajo. Nadie. Era solo la vieja casa crujiendo.

Cuando regresé a la habitación de Roger, Cara estaba abriendo los cajones del escritorio y revolviendo en ellos. Como no había cómoda, Roger guardaba su ropa en los cajones del escritorio. ¡Un cajón entero estaba lleno de pares de calcetines azul marino, todos cuidadosamente enrollados

en bolas!

—Vamos, Cara. Salgamos de aquí —le rogué—. No vamos a encontrar nada interesante. No hay nada aquí. Es como si Roger no tuviera vida.

Ella me miró.

—Eso es. Eso es lo que es tan raro. ¿No te parece sospechoso?

—No —dije.

Ella sacó el cajón inferior del escritorio. Estaba lleno hasta arriba de ropa interior.

—Vámonos —insistí—. No hemos encontrado nada. Cero. Absolutamente nada. —Empecé a salir por la puerta.

—¡Espera, Mark! ¡Oh, Dios mío!

Regresé apresuradamente.

—Cara, ¿qué pasa?

Había sacado la ropa interior del cajón. Debajo, yacía una brillante pistola negra de cañón corto.

capítulo 8

—*M*ark, ¿qué haces? ¡Suéltalo! —grité. Él había sacado la pistola del cajón y la estaba examinando.

—Está cargada —dijo en voz baja.

—¡Bueno, no me apuntes con eso!

—No te estoy apuntando. La estoy guardando, ¿vale? —respondió él con brusquedad.

—Solo ten cuidado.

Él volvió a colocar la pistola, manipulándola con mucha delicadeza. Luego, empujé la ropa interior de Roger de vuelta sobre ella y cerré el cajón del escritorio.

—¿Por qué crees que Roger guarda una pistola cargada en su habitación? —preguntó Mark, entornando sus ojos verdes, pensativo.

—Quizás le guste disparar a las cucarachas —bromeé.

Él me miró. No pareció entender que estaba bromeando.

—Vamos. Salgamos de aquí —dije, empujándolo hacia fuera por la puerta.

De vuelta en la cocina, Mark comenzó a pasearse de un lado a otro. Yo me senté en la encimera de formica.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Miré de reojo el reloj sobre el fregadero. Eran las siete y cuarenta. Si no nos íbamos pronto, llegaríamos tarde al instituto.

—El teléfono —dije—. Quizás ya funcione.

Ambos corrimos hacia el teléfono de pared. Llegué primero y descolgué el auricular. Silencio.

—Sigue sin tono —suspiré.

—Tenemos que llamar a la compañía telefónica —dijo Mark—. Mamá y papá probablemente hayan estado intentando llamar toda la noche.

—Lo sé. Iré a la casa de la señora Fisher, al final de la calle —le dije.

Cogí la pequeña agenda telefónica de mis padres.

—Quizás su teléfono funcione. Llamaré a mamá y a papá y luego llamaré a la compañía telefónica.

—Iría contigo, pero a la señora Fisher no le caigo bien —dijo Mark—. Vino una vez cuando estaba practicando con mi arco en el patio trasero y, desde entonces, siempre me mira de forma extraña. Cree que soy raro o algo así.

—Tiene razón —dije, y salí rápidamente por la puerta trasera. Me encanta tener la última palabra.

Todavía hacía frío fuera. El sol no había logrado atravesar las nubes bajas que se cernían sobre nosotros. Debería haberme puesto un suéter o algo, pero la casa de la señora Fisher estaba a solo media manzana.

Caminé rápidamente por el borde de la calle, pasando junto a los arces y sicomoros casi desnudos. Empezaba a parecer invierno, aunque realmente no se sentía tan frío todavía. Cuando la vieja y laberíntica casa de tejas de la señora Fisher apareció a la vista, aceleré el paso y troté el resto del camino.

El timbre de la puerta principal no parecía funcionar, así

que usé el aldabón de latón situado en el centro de la puerta. Ella abrió la puerta después de mi segundo golpe. Era una mujer bastante atractiva de unos cuarenta y muchos o cincuenta y pocos años, vestía pantalones de pana de color canela y una camisa de cuadros de hombre. Su pelo negro azabache estaba atado detrás de la cabeza con una goma elástica azul.

Al principio se quedó mirándome. Parecía muy sorprendida al verme.

—¿Cara?

—Buenos días, señora Fisher. Siento molestarla tan temprano.

Mantuvo la puerta abierta para que yo pudiera entrar.

—No es temprano para mí. Estoy en pie a las seis cada mañana.

La casa olía a café y a cigarrillos rancios.

—¿Está todo bien?

Apartó la mirada cuando hizo esa pregunta. Algo en la forma en que lo preguntó, con tanta preocupación en su voz, me hizo sospechar. Pero, por supuesto, estaba siendo ridícula. ¡Creo que sospecharía de cualquiera esta mañana!

—¿Funciona su teléfono? El nuestro está estropeado.

—Pues sí. Funciona perfectamente. Acabo de hablar con mi hermana hace unos minutos. Es extraño que el vuestro no funcione.

—Sí —asentí—. ¿Puedo usar su teléfono?

—Por supuesto.

La seguí a través del salón, que estaba lleno de muebles antiguos, oscuros y pesados, hasta la cocina, que no era mucho más luminosa.

—Primero voy a llamar a mis padres —dije, buscando el número directo en la pequeña agenda.

—¿Tus padres?

Levanté la vista para ver una expresión extraña en su rostro. Era más que sorpresa. Era conmoción. Vio que la estaba mirando y la expresión desapareció rápidamente. Cogió un paquete de cigarrillos y sacó uno con dificultad. Cuando lo encendió, le temblaba la mano.

—Sí. Probablemente trabajaron toda la noche —le dije. ¿Me habría imaginado aquella expresión extraña y conmocionada? Debía de ser eso—. No están en casa.

Con el cigarrillo colgando de los labios, la señora Fisher se giró, caminó hacia el fregadero y comenzó a enjuagar algunos platos.

—¿No os llamaron?

—No podían. El teléfono está estropeado.

—Ah. Claro. ¿Dónde trabajan vuestros padres? —No se giró. Los platos que estaba enjuagando me parecían estar perfectamente limpios.

—En un lugar llamado Cranford Industries.

—Ah, sí. Cranford. Fabrican piezas de avión o algo así. Leí sobre Cranford. Hacen muchos trabajos para el gobierno federal, ¿no?

—No lo sé realmente —le dije, levantando el auricular del teléfono—. Mis padres instalan sistemas informáticos.

—Oh. Eso es interesante. —Se secó las manos y se dio la vuelta. Dejó el cigarrillo, pero luego lo volvió a coger con nerviosismo—. Cranford está bastante lejos. Al menos a dos pueblos de aquí. ¿Por qué compraron vuestros padres una casa aquí en Shadyside en lugar de cerca de su trabajo?

—No lo sé, señora Fisher. Nunca me lo había planteado. Supongo que quizás pensaron que el instituto era mejor aquí. Ya sabe. Para Mark y para mí.

—Cara... —empezó ella, pero luego se detuvo de repente.

—¿Qué?

—No importa —dijo rápidamente—. Olvidé lo que iba a decir—. Arrojó el trapo de cocina sobre la encimera. —Será mejor que me calle y te deje hacer tus llamadas—. Con aspecto nervioso, se apresuró a salir de la habitación, dejando el cigarrillo encendido en un cenicero junto al fregadero.

«¿Cuál es su problema?», me pregunté. Siempre había parecido tan tranquila y normal cuando venía a visitar a mis padres. Era la única vecina que era un poco amable. Todos los demás vecinos de la Calle del Terror eran reservados y nunca saludaban ni levantaban la vista cuando pasábamos.

Marqué la línea directa de mis padres en Cranford Industries y escuché el tono de llamada bajo. Dejé que sonara seis veces, siete, ocho... Nadie contestó. El contestador de la centralita tampoco saltó. Supongo que era demasiado pronto. Todavía no había nadie allí.

Me desplomé contra la encimera, sintiéndome enferma de repente. Estaba muy decepcionada. Realmente pensé que estarían allí. «¿Y ahora qué?»

«¿Qué podía hacer? ¿A quién podía llamar?»

No teníamos parientes en Shadyside. Solo habíamos estado aquí desde septiembre. ¡Apenas conocíamos a nadie!

¿Qué debía hacer? No podía ir al instituto sin saber dónde estaban mamá y papá, sin saber que estaban bien. No podía quedarme allí, clase tras clase, preguntándome, simplemente preguntándome qué estaba pasando.

Sentí pánico y un malestar en el estómago. Quizás los copos de maíz con Coca-Cola fueron una mala idea. Mi corazón latía con fuerza. Me quedé mirando el teléfono.

Y de repente supe lo que Mark y yo teníamos que hacer. Teníamos que ir a Cranford Industries. Teníamos que localizar a mis padres.

¿Pero cómo? Podríamos tomar prestado un coche. O quizás alquilar uno. O tal vez había un autobús que fuera a algún lugar cercano.

Sí. Eso era lo que teníamos que hacer. Teníamos que saltarnos las clases e ir allí. Si mamá y papá estaban allí, descubriríamos por qué no habíamos tenido noticias suyas. Y si no estaban allí... bueno... ¡Tenían que estar allí!

—¡Gracias, señora Fisher! —grité.

No hubo respuesta, así que salí corriendo por la puerta. Estaba a mitad del camino cuando me di cuenta de que me había olvidado de llamar a la compañía telefónica para que arreglaran nuestro teléfono. Así que me apresuré a entrar de nuevo en la casa y llamé.

—¿Ningún servicio en absoluto? —preguntó una mujer amable al otro lado, sonando verdaderamente preocupada.

—No. Está totalmente en silencio —le dije.

—Qué extraño. No hemos recibido ninguna otra queja de su vecindario —dijo ella—. Avisaré a los técnicos de inmediato.

—Gracias —dije y colgué, sintiéndome un poco mejor. Grité mi agradecimiento hacia la señora Fisher, que aún no había reaparecido, y corrí a casa, ansiosa por contarle a Mark mi idea de saltarnos las clases e ir a la oficina de mamá y papá.

Subí la entrada del garaje y me dirigí hacia el patio trasero. Pero algo llamó mi atención cuando estaba a punto de pasar por el garaje. Las puertas de nuestro garaje tienen ventanas rectangulares largas. Y a través de las ventanas, creí ver algo extraño.

Me detuve, caminé hasta la puerta principal del garaje y miré hacia adentro. Sí. Tenía razón.

El coche de mis padres —el Toyota azul que conducían al trabajo todos los días— estaba allí, en el garaje.

capítulo 9

*M*ark abrió el portón del garaje y nos quedamos plantados en la entrada, mirando el coche como si nunca hubiéramos visto uno antes.

—¿Cómo han ido mamá y papá al trabajo? —cuestionó Mark, entrando en el garaje y escrutando a través de las ventanillas.

Desde luego, había otra pregunta que ambos estábamos pensando pero que no nos atrevíamos a decir en voz alta: «¿Habrán llegado realmente al trabajo?»

Solo había una forma de salir de dudas.

—Tenemos que ir a Cranford, ahora mismo —dije.

Mark le dio una patada a una rueda trasera.

—No puedo, Cara. Tengo un examen de matemáticas esta mañana. Y quería ver a Gena y... —se detuvo en seco y puso una mueca. Sabía de sobra que esas cosas no eran tan importantes como encontrar a mamá y a papá.

—¡Ay, no sé qué hacer! —exclamó con rabia mientras golpeaba el maletero con la mano. Parecía un crío pequeño teniendo una rabieta—. ¡Auch! —Se había hecho daño en la mano.

—Deja de dar patadas y golpes a las cosas —le indiqué—. Estás alterado. Yo también lo estoy. La única forma de estar algo más tranquilos es pasar a la acción.

—Vale, vale —gruñó él—. Déjate de sermones, ¿quieres? Vamos a por las llaves del coche y nuestras chaquetas y pongámonos en marcha. Al menos tenemos un coche que conducir.

Ambos volvimos a mirar el vehículo. Me sentí desfallecer. Aparté la vista. Ese coche no debería haber estado ahí. Algo iba mal. Algo iba muy, muy mal.

—Quizás les llevaron al trabajo —comentó Mark mientras entrábamos a toda prisa en casa a por nuestras chaquetas—. Puede que hubiera una emergencia en Cranford y alguien viniera a recogerlos.

—Quizás —respondí. Ninguno de los dos nos lo creíamos, sin embargo. Pero ¿qué podíamos creer?

Cogí mi chaqueta de plumas, el juego de llaves de repuesto del coche y un mapa de carreteras del escritorio del estudio, y pocos segundos después, Mark salía marcha atrás por la entrada. El sol había renunciado a sus intentos de abrirse paso entre las nubes. El día estaba gris y hacía mucho viento. Noviembre empezaba a parecerse a noviembre.

Al final de la manzana, Mark dio un pisotón al freno.

—¡La furgoneta! —exclamó.

La furgoneta gris sin distintivos de la que me había hablado estaba aparcada frente a nosotros. Un hombre con el pelo rubio platino muy corto estaba sentado en el asiento del conductor.

Mark acercó el Toyota justo hasta quedar junto a la furgoneta. El hombre rubio miraba al frente, fingiendo no habernos visto.

Mark bajó su ventanilla y sacó la cabeza.

—¡Eh! ¿Esperas a Roger? —le gritó al tipo.

El hombre de la furgoneta bajó su ventanilla.

—Lo siento. Tenía la radio a todo volumen. ¿Qué queríais? —Nos dedicó una sonrisa amplia. Tenía hileras e hileras de dientes blancos perfectos. Supongo que era apuesto. Pero con su pelo rubio platino, su piel pálida y sus dientes blanco brillante, era prácticamente un albino.

—¿Esperas a Roger? —repitió Mark.

—¿Quién?

—Roger.

El tipo de la furgoneta negó con la cabeza. Su sonrisa no se había desvanecido ni un ápice.

—Lo siento. Os habéis equivocado de persona. No conozco a ningún Roger.

Mark se le quedó mirando, decepcionado.

—Ah. Perdona.

—No hay problema —contestó el tipo, y subió la ventanilla.

Mark pisó el acelerador a fondo y salimos disparados con un rugido.

—Está mintiendo —comentó Mark.

—¿Cómo lo sabes? —le inquirí.

—Por su sonrisa.

Ambos soltamos una carcajada. En realidad no tenía ninguna gracia. Solo necesitábamos reír. Después, nos quedamos en absoluto silencio.

Teníamos la calefacción del coche a tope, pero me sentía helada. Supongo que era, en parte, porque estaba muy nerviosa, muy preocupada por lo que pudieran contarnos en Cranford Industries sobre nuestros padres.

Mark conducía con una sola mano. Miraba al frente, conduciendo como un robot o algo parecido.

Al final, no pude soportar más el silencio.

—¿Qué es lo peor que podrían decirnos? —pregunté.

No reaccionó. No sabía si estaba meditando su respuesta o si no me había escuchado.

—¿Lo peor? —repitió finalmente, al girar hacia la calle División—. Supongo que lo peor sería que dijeran: "Vuestros padres salieron del trabajo a la hora habitual el pasado martes. Nosotros también nos estamos preguntando dónde están. ¿Por qué no vinieron a trabajar ayer por la mañana?".

No tuve que darle muchas vueltas. Mark tenía razón. Eso era lo peor que podrían decirnos.

—¿Y qué es lo mejor que podrían decirnos? —inquirí, solo por decir algo estúpido.

—Eso es fácil —comentó Mark—. Lo mejor sería que dijeran: «Aquí vienen vuestros padres. Parece que han estado realmente ocupados».

—Bueno... supongo que eso todavía es una posibilidad —afirmé. Pero en el fondo no me lo creía.

Sabía que nuestros padres no iban a aparecer simplemente en la oficina y disculparse por no haber llamado. Aun así, albergaba la esperanza de que alguien allí tuviera algún tipo de explicación lógica para nosotros.

Pero ¿qué podría ser una explicación lógica?

Intenté no pensar. Intenté no darle vueltas a todas las cosas horribles que podrían haberles ocurrido. Pero, por supuesto, no había forma de bloquear esos pensamientos. Los pensamientos más terribles, los más feos y aterradores, siempre te encuentran; siempre se abren paso en tu mente.

Encontramos la entrada al parque industrial y seguimos el cartel hacia Cranford Industries. Era un edificio blanco enorme de tres plantas, no tan moderno como me había imaginado, rodeado por un césped perfectamente cuidado y

salpicado de árboles de hoja perenne. No estábamos seguros de dónde aparcar y no había nadie cerca que nos pudiera ayudar. Finalmente, encontramos un gran aparcamiento en la parte trasera del edificio. Mientras nos acercábamos, un guardia armado salió de una pequeña garita junto al camino y nos hizo señas para que nos detuviéramos.

—Pase —solicitó, extendiendo su mano hacia Mark.

—¿Eh? ¿Nos deja pasar?

—El pase —repitió el guardia, un poco más insistente.

—¡Oh! Eh... no tenemos pase. Somos visitantes.

El guardia sostuvo una larga libreta y recorrió una lista con la mirada.

—¿Nombres?

—No estamos en su lista —indiqué—. No tenemos cita. Hemos venido a ver a nuestros padres.

—¿Sus nombres? —pasó las páginas de la libreta hasta llegar a otra lista más larga.

—Burroughs. Lucy y Greg Burroughs —comentó Mark.

—No están en mi lista —señaló el guardia, mirándonos con sospecha.

—Son bastante nuevos —dije con poca convicción.

Se inclinó y escrutó el interior del coche, examinándonos de arriba abajo tanto a Mark como a mí. Luego miró al asiento trasero.

—Bien... aparcad en la plaza 23-B. Luego id dando la vuelta hasta la entrada principal. Os registrarán dentro.

—Gracias —respondimos Mark y yo al unísono, agradecidos. Sentí como si hubiera superado alguna prueba importante. Pero ¿por qué habría de ser un asunto tan serio dejar que dos adolescentes aparquen para ver a sus padres?

En cualquier caso, aparcamos en la 23-B y fuimos caminando hasta la entrada principal, tal como el guardia nos

había ordenado.

—¡Eh, espera! —grité. Mark prácticamente estaba corriendo.

—Perdona —se detuvo y esperó a que le alcanzara—. Este sitio es impresionante —apuntó.

—Es enorme —añadí, empujando una de las puertas de cristal de la entrada principal—. ¿Cómo encuentra alguien a alguien aquí?

Otro guardia, este muy joven, con ojos azules fríos y un vello rubio bajo la nariz que intentaba convertirse en bigote, salió a nuestro encuentro en cuanto entramos.

—¿Sois los visitantes? —inquirió, observándonos de arriba abajo igual que había hecho el guardia del aparcamiento.

—Sí —logramos responder ambos.

—Burroughs —afirmó él. El otro guardia ya le había avisado por teléfono o radio—. Quedaos quietos. Esto no duele nada.

Tenía un detector de metales en la mano, del tipo que usan en los aeropuertos, y lo pasó sobre Mark y luego sobre mí, revisándonos de pies a cabeza.

Mark y yo nos miramos. Creo que ambos pensábamos lo mismo: «¡qué clase de lugar de trabajo tan loco era aquel!».

—Bien —comentó el guardia—. Seguidme.

Nos guio a través del gran vestíbulo abierto. Parecía extenderse a lo largo de todo el edificio. Se veía muy lujoso. Había sofás y sillones de cuero agrupados en pequeñas zonas por todas partes. Había grandes pinturas al óleo en todas las paredes. Una escalera de latón pulido se curvaba hacia las plantas superiores desde el centro del enorme vestíbulo. Nuestras zapatillas chirriaban sobre el suelo de mármol mientras intentábamos seguir el ritmo del guardia, que

caminaba realmente rápido.

Miré a Mark. Parecía tan nervioso como yo. Finalmente, después de caminar lo que parecieron kilómetros, llegamos hasta una joven sentada detrás de un largo escritorio de madera situado en diagonal cerca del pie de la escalera. El guardia nos dejó allí sin decir palabra y regresó a su puesto junto a la puerta. Esperamos a que levantara la vista de su cuaderno, una especie de registro en el que estaba concentrada. Era muy guapa, me fijé. Llevaba el pelo rubio pajizo recogido hacia atrás, bien tirante, y vestía un traje de color ciruela con corbata a juego que le quedaba estupendamente.

Finalmente, dejó el cuaderno y nos dedicó una sonrisa automática.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó.

—Eh... hemos venido a ver a nuestros padres —soltó Mark de sopetón.

—¿Trabajan aquí?

Antes de que pudiéramos responder, el teléfono del escritorio sonó y ella lo descolgó. Estuvo hablando durante tres o cuatro minutos, mirándonos de vez en cuando. Cuanto más esperábamos, más nerviosa me sentía. Tenía retortijones en el estómago y empezaba a sentirme un poco mareada.

Por fin, colgó el teléfono. Pero volvió a sonar y, de nuevo, mantuvo otra conversación de tres o cuatro minutos mientras Mark y yo permanecíamos allí de pie, intentando mantener la compostura.

Observé a todo el mundo que pasaba. La mayoría eran personas con traje de negocios, dirigiéndose a la escalera; sus zapatos bien lustrados resonaban con fuerza sobre el suelo de mármol. No dejaba de pensar que tal vez mamá y papá aparecerían de un momento a otro.

Y entonces los vi.

Caminaban rápidamente hacia nosotros desde el extremo opuesto del vestíbulo, caminando brazo con brazo.

—¡Mamá! ¡Papá! —grité—. ¡Hola!

Mark y yo empezamos a correr hacia ellos. Parecía que no nos veían.

—¡Eh! ¡Hola, vosotros dos! —exclamé con alegría.

Pero a medida que nos acercábamos, me di cuenta de que no eran ellos.

Mark y yo nos detuvimos en seco. El hombre y la mujer se parecían un poco a mamá y a papá, pero no tanto, la verdad. Creo que mi imaginación me estaba jugando una mala pasada. Pasaron de largo sin mirarnos y subieron por la escalera.

Mark y yo evitamos mirarnos. Imagino que él se sintió tan ridículo como yo.

—Perdón —musité.

Él no comentó nada. Regresamos junto a la recepcionista y esperamos a que terminase su llamada.

—Ahora bien, ¿a quién deseabais ver? —inquirió tras pasar unos minutos que se hicieron eternos.

—A nuestros padres —respondí—. El apellido es Burroughs. Lucy y Greg Burroughs.

Ella pulsó un par de teclas en el ordenador de su escritorio y se quedó observando la pantalla.

—Mmm... ¿Cómo se escribe Burroughs?

Se lo deletreé y ella tecleó unas cuantas letras. Una lista de nombres apareció en el monitor verde y fue recorriéndola despacio con el dedo. Tras unos segundos, levantó la vista sin retirar el dedo de la pantalla.

—Lo siento. No hay ningún Burroughs registrado aquí.

—Pero eso es imposible —afirmó Mark, que de repente parecía enfadado.

—¿Sabéis qué? Apuesto a que estáis en el edificio equivocado —apuntó la recepcionista.

—¿El edificio equivocado? —Mark se giró y miró hacia la entrada al final del vestíbulo.

—Esto es Cranford Industries —aclaró la recepcionista—. Hay muchos edificios en este parque industrial. Probablemente buscáis...

—Cranford Industries —insistió Mark—. Eso es. Aquí es donde trabajan nuestros padres.

—Acaban de empezar en septiembre —le comenté—. Quizás aún no estén en el ordenador.

—Bueno... —reflexionó un instante—. La lista del ordenador se actualiza cada semana. Decidme, ¿sabéis en qué división trabajan?

—En la de informática —señalé—. Instalan ordenadores centrales.

—¿Informática? —frunció el ceño—. Sabéis qué, dejad que hable con el señor Blumenthal. Es el director de personal.

—Gracias —respondimos Mark y yo al unísono.

Me sentía muy confundida. ¿Por qué mamá y papá no aparecían en el directorio?

Mientras observaba a la recepcionista llamar al señor Blumenthal, respondí a mi propia pregunta. Era bastante sencillo. Mamá y papá no eran empleados regulares de Cranford Industries. Eran trabajadores de proyectos especiales. Estaban allí para instalar ordenadores centrales. Realmente no formaban parte de ninguna división. Así que, por supuesto, no figuraban en el directorio de la empresa.

Estos pensamientos me hicieron sentir algo mejor. Pero seguía estando terriblemente nerviosa, y el incesante trasiego de gente por el gran vestíbulo, el repiqueteo de los zapatos sobre el mármol y las luces brillantes me hacían sentir muy

incómoda.

Ella se giró mientras hablaba con el señor Blumenthal y no pude escuchar lo que decía. Unos segundos después, colgó y, con gesto muy preocupado, marcó otro número de teléfono.

—El señor Blumenthal me ha pedido que llame. ¿Está disponible el señor Marcus? —la oí preguntar.

«¿Quién era el señor Marcus?»

Ella volvió a girarse y no pude oír el resto de la conversación. Finalmente, dejó el teléfono y se volvió hacia nosotros.

—El señor Marcus os recibirá en unos minutos.

—¿Está en personal? —pregunté.

—Es nuestro consejero delegado —respondió ella, mirándome como si hubiera vomitado sobre su escritorio. Supongo que se suponía que debía saber quién era el señor Marcus.

—¿Consejero delegado? —preguntó Mark.

—Director ejecutivo —aclaró la recepcionista, frunciendo el ceño ante la ignorancia de Mark—. ¿Por qué no os sentáis? —Señaló dos enormes sillones de cuero frente a su escritorio. Luego atendió otra llamada.

Mark y yo nos acercamos a los sillones, pero no nos sentamos. Estábamos demasiado nerviosos, demasiado ansiosos por terminar con aquello.

—¿Por qué va a recibirnos el gran jefe? —susurró Mark.

Me encogí de hombros. Su suposición era tan buena como la mía.

Unos minutos después, una mujer joven bajó por la escalera. Llevaba una pila de expedientes. Nos comentó que era la secretaria del señor Marcus y nos guio escaleras arriba, a través de varios pasillos largos llenos de oficinas y cubículos, y finalmente hasta la gigantesca oficina en esquina

del señor Blumenthal.

El señor Marcus nos sonrió y colgó el teléfono. Era un hombre joven con el pelo castaño corto engominado hacia atrás. Llevaba unas gafas de montura negra gruesa.

—Hola. Encantado de conoceros. ¿No hay clase hoy? —dijo, hablando deprisa. Nos hizo señas para que nos sentáramos en las dos sillas frente a su escritorio.

—Nos hemos saltado las clases —respondió Mark de forma abrupta, pareciendo muy incómodo.

El señor Marcus soltó una carcajada, pero se detuvo en seco al ver la seriedad en nuestros rostros.

—Queremos ver a nuestros padres. Tenemos un problema —añadí.

—Bueno, iré a buscarlos ahora mismo —respondió—. Veo que estáis alterados, chicos. ¿Alguna emergencia en casa?

—No, la verdad es que no —comenté—. Solo necesitamos verles.

—Los traeré enseguida. Incluso antes —dijo, dedicándonos una sonrisa cálida. Me cayó bien al instante. Comprendí cómo había llegado a ser el pez gordo a una edad tan temprana. Parecía alguien... digno de confianza, alguien con quien se podía contar. Parecía una persona auténtica.

—¿Quiénes son vuestros padres? —preguntó.

—Burroughs. Lucy y Greg Burroughs —le informé.

Se quitó sus pesadas gafas y se frotó el puente de la nariz. Tras colocárselas de nuevo rápidamente, pulsó algunas teclas en el ordenador junto a su mesa.

—Burroughs... Burroughs...

—Acaban de empezar en septiembre —dije, con la voz temblorosa—. Vinieron aquí para instalar ordenadores centrales.

Él apartó la vista de la pantalla.

—¿Ordenadores?

—Sí. Instalan ordenadores. Ellos...

—No estamos instalando ningún ordenador —añadió, luciendo de repente muy confundido. Miró primero a Mark y luego a mí.

—¿Cómo que no?

—No. No tengo a nadie aquí instalando nuevos ordenadores.

—Pero nuestros padres...

Se levantó. Era mucho más alto de lo que había pensado.

—¿Estáis seguros de que habéis venido a la empresa correcta?

—Sí —respondí. Estaba empezando a hartarme de esa pregunta.

—Bueno, lo siento de veras —dijo el señor Marcus—. Pero no veo cómo puedo ayudaros.

Estudió la pantalla del ordenador durante un momento. Pulsó unas cuantas teclas más y la examinó con más atención.

—No —dijo finalmente—. No existe nadie llamado Burroughs trabajando aquí. Jamás ha habido nadie con ese nombre.

capítulo 10

—*M*e sentía como si estuviera en un sueño o algo similar —comenté—. Como si nada fuese verídico. Todo estaba totalmente patas arriba.

Cara asintió.

—Lo sé. Experimenté la misma sensación. No creo que llegue a olvidar nunca la expresión del rostro de Marcus. Se sentía muy apenado por nosotros.

—Sí. Ya lo sé. Y lo que dijo sigue resonando en mi cabeza. «No existe nadie llamado Burroughs trabajando aquí. Jamás ha habido nadie con ese nombre».

Cara y yo estábamos sentados en el Parque de Shadyside, la extensa zona verde que se prolonga tras el instituto y finaliza en el río Conononka, en el límite del municipio. El paraje se veía sombrío y desierto. Los árboles estaban desnudos. Todo lucía grisáceo.

Yo estaba posado sobre un tocón de árbol bajo. Cara se encontraba sentada con las piernas cruzadas sobre el suelo duro, con su chaqueta de plumas abrochada hasta la barbilla y su cabello rubio ondeando a causa del viento racheado.

No habíamos pronunciado ni una palabra durante el

trayecto de vuelta desde Cranford Industries. Creo que ambos nos hallábamos en estado de shock absoluto.

Resultaba un tanto arduo aceptar la verdad de que nuestros progenitores nos habían engañado, que no prestaban servicios donde aseguraban hacerlo. Y que, en estos momentos, carecíamos de cualquier medio para ponernos en contacto con ellos.

Al principio no habíamos dado crédito al señor Marcus. Estábamos seguros de que debía estar equivocado. Sin embargo, consultó el equipo informático en tres ocasiones. E incluso telefoneó al departamento de recursos humanos para cerciorarse de que no existiera ningún fallo técnico.

Pero no fue así. Lo que nos comunicó era verídico. «No existe nadie llamado Burroughs trabajando aquí. Jamás ha habido nadie con ese nombre».

Marcus se había ofrecido a prestarnos ayuda. Realmente se mostró muy comprensivo. Observó lo destrozados que estábamos Cara y yo. Pero ¿qué podía hacer él?

Salimos del inmueble prácticamente corriendo. Únicamente deseábamos alejarnos de allí. El vigilante del aparcamiento intentó detenernos en la salida, pero pasé de largo a gran velocidad y me marché.

Y ahora permanecíamos en el gélido jardín, observando la parte trasera del instituto, intentando averiguar qué hacer a continuación. Al otro lado del césped, dos petirrojos picoteaban la tierra dura y fría. No parecía que tuvieran mucha fortuna encontrando su almuerzo. Las cosas estaban difíciles por todas partes.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —inquirí.

Cara negó con la cabeza.

—Llamar a las fuerzas del orden, supongo.

—Eso imagino.

—¿Por qué nos mintieron? —exclamó Cara, mostrando un repentino desbordamiento emocional.

—No tengo ni idea. No tengo ni la menor pista. Simplemente no lo comprendo, Cara. —Me quedé mirando a los petirrojos. No quería verla. Deseaba mantener la máxima calma posible, pero sentía que empezaba a perder el control.

—Vamos a pensar —dijo ella, descruzando las piernas—. Intentemos reunir todo lo que sabemos.

—¿Para qué? —pregunté con pesadumbre.

—Porque tal vez se nos ocurra algo. Quizá podamos descifrarlo todo.

—Sí. Claro. —¿Qué había que descifrar? Nuestros padres nos mintieron y después se marcharon.

«No. Eso era imposible». Me dije a mí mismo que dejara de pensar de ese modo.

—Vale. Juntemos las piezas —dije.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Cara.

—Vaya. Estás en plena forma —mascullé con sarcasmo—. Es miércoles.

—De acuerdo. Así que ayer fue martes. Mamá y papá salieron al trabajo por la mañana.

—Solo que no sabemos si partieron hacia su empleo, porque el vehículo seguía en el garaje —le recordé—. ¡Y no sabemos dónde trabajan, o incluso si es que tienen un oficio! —grité, levantándome de un salto y dando vueltas en círculo.

—Vale, vale. Intenta mantener la calma. —Ella me hizo señas para que volviera a sentarme, pero no me apetecía.

—Concentrémonos en lo que conocemos —dijo Cara, echándose hacia atrás y apoyándose con las manos en el suelo—. Sabemos que no regresaron anoche.

—Obvio.

—Deja de ser tan sarcástico. Siempre crees que enfadarte

y ponerte de mal humor va a resolver las cosas. Pero nunca funciona.

Tenía razón. Le pedí perdón.

—Entonces hallamos esa cabeza de mono blanca en su lecho —prosiguió ella—. Eso es algún tipo de pista, ¿no crees?

—Supongo. Y no olvides que sorprendimos a Roger merodeando por el cuarto de mamá y papá.

—Estaba en la ventana. ¿Qué habría estado haciendo allí? —cuestionó ella.

Ambos meditamos intensamente.

—Ya sé. Podría haber estado haciendo señas al tipo de la furgoneta —dije.

Cara asintió.

—Tal vez. Podrías tener razón. ¿Y qué sabemos sobre esa camioneta?

—Nada —respondí.

—Solo que estuvo estacionada frente a nuestro hogar casi toda la noche. Y tú viste a Roger escaparse a hurtadillas y subirse al vehículo.

—Ese sujeto de la furgoneta, el del cabello platinado, afirmó que no conocía a Roger —señalé.

—Tenía que estar mintiendo —sentenció Cara—. Y no olvides que encontramos una pistola oculta en la habitación de Roger. Ese dato constituye otra pista.

—Vale, tenemos algunas claves. Pero ¿de qué sirven? —pregunté con impaciencia.

—¿Quieres dejar de quejarte?

—No me estoy quejando. Deja de molestarme.

—Debemos hablar con Roger —expuso Cara— antes de avisar a las autoridades. Después de todo, es nuestro primo. Quizás esté metido en algún tipo de problema.

—Está bien —accedí—. Charlaremos con él. Luego llamaremos a la policía.

Nos giramos hacia el colegio y vimos a los chicos salir apresurados del edificio.

—Debe ser la hora del almuerzo —dije—. Podemos entrar ahora e intentar localizar a Roger desde el teléfono público.

Llegamos a la puerta del instituto justo cuando Cory Brooks y su colega David Metcalfe salían.

—Eh, ¿os habéis quedado dormidos hoy? —preguntó Cory, sonriendo de oreja a oreja.

—Vaya fiesta la de anoche —comentó Metcalfe—. ¿Vamos a repetirla esta noche?

—Parece que se han excedido con la celebración —dijo Cory—. ¡Miradlos!

Él y Metcalfe soltaron una carcajada.

—Luego nos vemos —dijo Metcalfe, y se dirigieron hacia el aparcamiento de los estudiantes.

—Qué tipos más graciosos —murmuré.

Caminamos por los pasillos concurridos y bulliciosos hasta llegar al teléfono público junto a la oficina del director. Una chica lo estaba usando y tuvimos que aguardar.

—Tal vez mamá y papá estén en casa —especuló Cara—. Quizá mamá conteste al aparato.

—Tal vez los peces puedan hablar —respondí. Ella me dio un empujón. Tropecé dentro de la cabina telefónica y la chica que estaba dentro me lanzó una mirada de desaprobación.

Unos minutos después, ella salió y yo entré. Introduje mi moneda de veinticinco centavos y marqué nuestro número de casa. El teléfono sonó una vez. Dos.

—Está sonando —le avisé a Cara.

—¿Qué? —Había tanto ruido en el pasillo que no pudo oírme.

No sabía si los teléfonos de casa estaban arreglados o no. A veces, los dispositivos suenan con normalidad aunque estén averiados. Dejé que sonara ocho veces. Estaba a punto de colgar cuando oí un chasquido. Alguien había descolgado.

—¿Hola?

Reconocí la voz de inmediato.

—¿Roger?

—Sí. ¿Mark? ¿Dónde estás?

—En el instituto. ¿Las líneas funcionan?

—Sí. Supongo que sí. Estamos conversando, así que deben estar operativas.

—Eso es genial. Escucha, ¿están mamá y papá en casa?

Su tono descendió.

—No. Todavía no.

—¿Ninguna noticia de ellos ni nada parecido?

—Negativo.

—Oye, Roger, tenemos que hablar. Quiero preguntarte...

—Tengo que salir pitando, Mark. Estaba justo cruzando la puerta. Charlaremos más tarde, ¿de acuerdo?

—Vale, pero...

—¿Cara y tú estáis bien?

—Sí, claro, estamos perfectos. Pero...

—Bien. Hablamos después. No os preocupéis.

Y colgó.

—Bueno, al menos los teléfonos funcionan —le comenté a Cara.

—Vamos a almorzar —propuso ella—. Me muero de hambre.

Cuando llegamos al comedor, Cara se marchó a comer con Lisa y Shannon. Busqué a Gena, pero no estaba allí. Tampoco se encontraba en nuestro lugar de encuentro habitual frente al gimnasio. Y como no apareció en nuestra clase de Historia de

la quinta hora, deduje que se habría quedado en su hogar.

Esperaba que no estuviera enferma. Deseaba mucho conversar con ella.

Pasé el resto de la tarde fantaseando con Gena. Imagino que intentaba evitar pensar en mamá y papá, aunque no lograba dejar de darle vueltas a lo nuestro. Intentaba revivir la velada anterior en el sofá, recordando sus cómo me hacia sentir y su esencia. Me preguntaba si acaso estaba enamorado o algo así. ¡Era una chica espectacular! Había otras jóvenes con las que había soñado en mis anteriores institutos, pero ninguna como ella.

La llamé apenas llegué a la casa; bueno, inmediatamente después de comprobar si mamá y papá habían regresado. No estaban. Y Roger tampoco se hallaba allí.

Me sentía realmente abatido. Tenía planeado salir al patio trasero y disparar todo un carcaj de flechas después de hablar con Gena.

El teléfono sonó y sonó. Por fin, Gena contestó. Pude notar por el tono de su voz al saludar que algo marchaba mal. Su voz temblaba, como si hubiera estado llorando.

—¿Hola, Gena? Soy yo. ¿Dónde estuviste hoy? ¿Te encuentras bien?

Entonces ella comenzó a hablar y a sollozar al mismo tiempo. Sonaba muy extraña; disgustada, pero también aterrorizada. Al principio tuve dificultades para entenderla. Supongo que no quería comprenderla por lo que estaba diciendo.

—No me lo creo —dije, con el corazón martilleando. De repente, sentí un dolor punzante en ambas sienes—. Pero, vamos, Gena, no... ¡no estarás hablando en serio! Pero ¿por qué? Es decir... ¡no puedo creerte! ¿Por qué haces esto?

capítulo 11

Llegué a casa alrededor de las cinco. La vivienda estaba a oscuras. No parecía haber nadie.

Qué día tan pésimo. Tenía que ser el peor día de mi vida, y encontrar la casa sombría y vacía no ayudaba a levantarme el ánimo en absoluto.

Ojalá mamá y papá volvieran. Me sentía muy extraña al no haber hablado con ellos durante dos días enteros. Solté un pequeño gemido cuando el pensamiento cruzó mi mente de que quizás nunca volvería a hablar con ellos.

«¿Dónde estaba Mark, a todos esto?»

Dejé mi mochila sobre la encimera de la cocina y revisé la nevera en busca de algún recado. Nada. Sintiéndome totalmente agotada y desgraciada, me desplomé en la sala de estar.

—¡Eh!

Alguien estaba sentado en la oscuridad del sofá.

—Solo soy yo. —Era Mark. No se movió ni levantó la vista.

—Me has dado un susto de muerte —dije, sintiendo el corazón martillear—. ¿Por qué estás sentado a oscuras?

Él no contestó.

—¿Qué ocurre? ¿Qué estás haciendo, Mark?

Seguía sin haber respuesta.

Mi primer pensamiento fue que había recibido malas noticias acerca de mamá y papá.

Accioné el interruptor de la luz. La lámpara junto a la ventana principal se iluminó. Mark se dio la vuelta para que no pudiera ver su rostro.

—¿Qué es? —grité—. ¿Es mamá y papá? ¿Están...

—No —dijo, sin girarse.

—¿Has tenido noticias de ellos?

—No.

Sentí un gran alivio. Caminé hacia el sofá y me detuve frente a él.

—Quítate de mi vista —dijo, mirando al suelo—. Vete a dar un paseo.

—Mark, ¿cuál es tu problema?

Inspiró profundamente y exhaló el aire lentamente. Alzó la vista hacia mí. Creo que había estado llorando. No estaba segura. No recuerdo haberlo visto sollozar desde que tenía ocho o nueve años. Sin embargo, su cara lucía hinchada y sus ojos estaban rojos.

—¿Estás bien? —me senté en el otro extremo del sofá.

—Vete a dar una vuelta —masculló.

—Vamos.

Sacudió la cabeza.

—Vale. Si te lo cuento, ¿me dejarás en paz? Gena ha roto conmigo.

No estaba convencida de haber oído bien.

—¿Ella qué?

—Ha terminado nuestra relación. ¿Entiendes el español? No quiere verme de nuevo.

La escena en esta misma sala la noche anterior cruzó mi mente como un relámpago. Vi a Gena sentada en el regazo de Mark. Los vi besándose apasionadamente a pesar de la estancia llena de gente.

Miré a Mark con incredulidad y él se dio la vuelta de nuevo.

—No me mires así.

—Lo siento —dije. Y lo sentía de veras—. No sé qué decir.

—Pues no digas nada. —Siempre que estaba molesto por algún motivo, Mark se enfadaba con la persona que tuviera más cerca. Decidí que, si le hacía sentirse mejor gritarme, adelante.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—Llamé justo después de clase. Ella no asistió al instituto hoy.

—¿Y ella dijo...?

—Sonaba extraña. Asustada, en cierto modo. No sé. No parecía ella misma.

—¿Dijo que quería romper? —Dijo que no podía verme más.

—¿No podía, o no quería?

Él me lanzó una mirada furibunda.

—Dame un respiro.

—Bueno, es una diferencia importante —señalé—. ¿Te dio alguna razón?

—No. Ningún motivo. Solo dijo que no volviera a llamarla ni intentara conversar con ella en el instituto ni nada parecido.

—Qué raro. Entonces, ¿qué le respondiste?

—Fui a su casa.

—¿Fuiste? ¿Ahora mismo?

—Sí. Justo después de que me lo dijera.

—¿Y qué te contestó?

Mark se levantó rápidamente y caminó hasta la ventana. Se quedó mirando hacia la noche que se volvía gris, dándome la espalda.

—No la vi. Su padre abrió la puerta.

—¿Y?

—Fue muy amable al respecto. Simplemente dijo que Gena estaba muy alterada, tan trastornada que se quedó en casa en lugar de ir al instituto. Le comenté que únicamente quería conversar con ella. Pero él afirmó que ella no deseaba hablar conmigo.

—¿Y qué hiciste entonces?

Mark se dio la vuelta con brusquedad y me miró con el ceño fruncido.

—Pues, ¿qué podía hacer? Me di media vuelta y regresé a casa, por supuesto. Entonces llegaste tú y empezaste a interrogarme como si fueras un policía.

—No hice tal cosa. Solo pregunté por qué estabas sentado como una estatua en una habitación oscura.

—Bueno, ahora ya lo sabes —dijo con amargura.

Debería haber dejado el tema, pero saber cuándo cerrar la boca no es uno de mis mejores talentos.

—Pero no tiene sentido. A Gena realmente parecías gustarle. Quiero decir, anoche...

—¡Cállate sobre lo de anoche! —estalló él.

—Lo siento. Solo pretendía decir que vosotros dos no tuvisteis ningún tipo de pelea, desacuerdo ni nada parecido.

—No. Nada —concedió él, caminando de un extremo a otro de la estancia. —Solo llevo tres semanas con ella. No tuvimos tiempo de discutir por nada.

—Entonces, ¿por qué...?

—No lo sé. Es un misterio.

—Pero tú y ella...

—No quiero hablar más sobre esto. —Comenzó a caminar más rápido.

—Mark, creo que deberíamos llamar a las policía ahora mismo —dije.

Él interrumpió su marcha y se giró para encararme. Ya estaba totalmente oscuro tras la ventana. La penumbra llegaba muy pronto en noviembre. La lámpara junto al cristal no era lo suficientemente potente. La luz tenue que proyectaba sobre el viejo mobiliario solo conseguía que el cuarto se viera más sombrío. De repente, sentí un escalofrío.

—Sí, supongo que tienes razón. Perdona por haberte hablado así, Cara. Es que me siento como si... como si toda mi vida se estuviera desmoronando, ¿sabes?

—Sí, lo sé —respondí bajito.

Fuimos a la cocina para llamar a la policía. Encendí todas las luces por las que pasábamos; la casa daba demasiado mal rollo a oscuras.

—Déjame a mí —dijo Mark, descolgando el auricular—. ¿Llamamos al 911 directamente?

—Supongo... no, espera. —De repente me acordé del policía que vino a casa la noche anterior y de la tarjeta que me dio. ¿Dónde la habría metido? Metí la mano en el bolsillo de los vaqueros y la encontré toda arrugada.

—¿Qué es eso? —preguntó Mark con cara de sospecha.

—El policía que estuvo aquí, el Oficial Farraday. Esta tarjeta tiene su línea directa.

—Bien. Quizá deberías llamar tú. —Mark se alejó del teléfono. Me pregunté si yo tendría la misma cara de preocupación y agobio que él.

—¿Estás bien? —le pregunté. Tenía la frente ancha llena de gotitas de sudor.

—No —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Por qué debería estarlo? —Sujeté la tarjetita con una mano y marqué los números con la otra. Contestó al primer tono.

—Policía. Habla Farraday.

—Ah. Oficial Farraday. Hola.

—Sí. ¿Quién es? —preguntó de forma brusca.

—Soy Cara Burroughs. ¿Se acuerda de mí?

—Claro, Cara. Por supuesto que te recuerdo. Esa fiesta ya no sigue en marcha, ¿verdad?

—No. Es que... llamaba por mis padres.

Su tono se volvió serio.

—Entendido. ¿Qué ocurre con ellos?

—Bueno... —De repente me sentí fatal, como si esto no estuviera pasando de verdad. No estaba llamando a la policía para denunciar la desaparición de mis padres, ¿o sí? Esas cosas no pasan en la vida real.

—Mis padres no llegaron a casa anoche y todavía no han vuelto.

Hubo un silencio prolongado.

—Eso es raro —dijo finalmente, con voz más baja y comprensiva—. ¿Han llamado o algo así?

—No. El teléfono estuvo estropeado un tiempo. Pero mi hermano y yo no hemos tenido noticias suyas.

—Lo estoy anotando, Cara —dijo—. No creo que haya motivo para preocuparse, pero lo dejaré registrado. ¿Alguna vez han hecho esto antes? Ya sabes, ¿no regresar a casa?

—Un par de veces. Especialmente cuando empezaban trabajos nuevos. Pero siempre avisaban.

—Entiendo. —Hubo un silencio mientras escribía—. ¿Habéis llamado a su oficina?

—Bueno, eso es un poco complicado —respondí. Le conté rápidamente nuestra visita de esta mañana a Industrias

Cranford y lo que el señor Marcus nos había contado.

—Esto es muy extraño, ¿verdad? —dijo Farraday. Noté que estaba tomando notas—. Pero estoy seguro de que podemos aclararlo muy rápido. —Su voz era calmada y tranquilizadora. Ojalá lo hubiera llamado antes. —Déjame revisar un par de cosas aquí —Se oía cómo revolvía papeles—. No tengo ningún informe de accidentes. —Más ruido de papeles—. Tampoco hay informes de delitos graves. Así que no tenéis que pensar en lo peor. No les ha ocurrido nada terrible.

—Eso es un alivio —dije.

Mark me agarró del hombro.

—¿Sabe dónde están?

Lo aparté con un gesto y negué con la cabeza.

—No han tenido ningún accidente ni nada parecido —le susurré a Mark.

—Sé cómo funciona esto —dijo Farraday, mientras seguía removiendo papeles—. Empiezas a imaginarte las cosas más horribles, ¿verdad?

—Sí, supongo —dije—. ¿Cree que deberíamos...?

—Escucha —me interrumpió. Se podía oír una radio policial empezando a sonar de fondo—. Voy a poner a algunos agentes con esto ahora mismo. Quizás incluso envíe a alguien a Cranford solo para asegurarme de que no haya habido ningún tipo de error.

—Oh, gracias —dije.

—Shadyside es un pueblo bastante pequeño —comentó Farraday—. Creo que localizaremos a tus padres muy pronto.

—¿Me llamará? —pregunté.

—Así es. Llamaré o enviaré a un patrullero.

—Gracias, oficial. De verdad, ya me siento mejor.

—Bueno, no os volváis locos preocupándoos, ¿oído?

Cuando dé con tus padres, voy a tener una buena charla con ellos, les diré que no deberían descuidar a unos chicos tan buenos.

—Vale, yo...

—Pero lo principal es no preocuparse. Si hubiera pasado algo malo, ya habría recibido un informe.

—Gracias de nuevo —dije—. Adiós.

Estaba a punto de colgar el auricular cuando oí un chasquido fuerte. Me di cuenta de inmediato de lo que era.

Roger estaba arriba. Y había estado escuchando a través de la extensión del desván.

Sentí un escalofrío repentino. ¿Por qué no bajó simplemente si quería saber qué estaba pasando? ¿Por qué estaba Roger espiándonos?

capítulo 12

—*R*oger nos estaba espiando —soltó Cara, colgando el teléfono.

—¿Cómo?

—Me has oído. Estaba escuchando desde la extensión de arriba.

—¿Estás segura?

No me respondió. Corrió hacia la escalera principal.

—¡Eh, Roger! ¡Roger!

La seguí y oí a Roger bajando los peldaños del desván.

—¿Sí?

—¿Por qué nos estabas espiando, Roger? —Cara no estaba siendo precisamente sutil.

Roger apareció en el descansillo de la segunda planta. Parecía cansado. La parte delantera de su sudadera tenía manchas oscuras. Su cabello, normalmente peinado hacia atrás de forma impecable, lucía alborotado en todas direcciones.

—Hola, Cara. ¿Qué has dicho? Acabo de llegar a casa. Estaba arriba.

—Sé que estabas arriba. Estabas escuchando mi

conversación telefónica —exclamó ella con rabia, fulminándolo con la mirada desde abajo.

Los ojos de Roger se desorbitaron por la sorpresa. Se pasó una mano por el pelo.

—¿Qué? No. Subí para cambiarme. Se me derramó algo en la sudadera y...

—Escuché el chasquido, Roger. —Cara no estaba dispuesta a dejarle escapar. Yo estaba de acuerdo con ella. Roger se había comportado de forma demasiado sospechosa desde que mamá y papá desaparecieron. Ya era hora de enfrentarse a él.

—Los teléfonos hacen chasquidos por muchos motivos —repuso Roger, sin hacer ademán de bajar hacia donde estábamos nosotros—. No estaba escuchando, Cara. Jamás haría algo así.

—Roger, hay algunas preguntas que Mark y yo necesitamos hacerte —comenzó Cara.

Pero él la interrumpió:

—¿Cara, con quién estabas hablando? ¿Con tu madre y tu padre?

—No. Sabes de sobra que no —insistió ella.

—De verdad que no estaba escuchando —aseveró Roger, apoyándose en la barandilla—. No tenéis motivos para sospechar de mí.

—Sí que los tenemos —tercié yo—. Te vi salir corriendo anoche.

—¿Te refieres a muy tarde? Cierto. Os dije lo que ocurrió cuando entré. No podía dormir. Fui a dar un paseo.

—Pero vi la furgoneta, Roger. Te vi subir a ella.

Él pareció sorprendido.

—¿Subir a una furgoneta? ¿Yo? ¿Estás seguro, Mark? ¿Estás seguro de que era yo?

—Pues claro. ¿Quién si no? —Estaba empezando a sacarme de quicio.

—¿Estás seguro de que estabas completamente despierto? Cuando salí a pasear, vi una furgoneta aparcada fuera. Pero ¿por qué iba a subirme a ella?

—Eso es precisamente lo que queremos saber —replicó Cara con rabia.

—¿Y por qué tienes una pistola en tu habitación? —añadí.

—¿Cómo? —se le quedó la boca abierta—. ¿Una pistola?

—En el cajón inferior de tu escritorio.

Se desplomó en el peldaño superior.

—¿Habéis registrado mi cuarto?

—Bueno, sí —admití—. Pero nosotros...

—¿Registráis mi habitación y luego me acusáis de espiar? —Sonaba verdaderamente dolido y molesto.

—Roger, nosotros... —comenzó Cara.

—¿Quién os ha dado derecho a curiosear entre mis cosas?

—Nadie —atajé—. Es solo que has estado actuando de forma extraña últimamente, así que pensamos en echar un vistazo.

—Yo no he actuado de forma extraña. Vosotros dos sí —negó con la cabeza Roger—. Por supuesto que entiendo el motivo. Estáis alterados por vuestros padres. Pero entrar a hurtadillas en mi cuarto, lanzar acusaciones locas y alucinar con gente subiéndose a furgonetas no va a ayudar a que vuestros padres vuelvan.

—No alucinamos con la pistola —señalé—. La vimos.

—Sí, tengo una pistola —declaró Roger—. Da la casualidad de que esa pistola significa mucho para mí.

—¿A qué te refieres? —indagué.

—Perteneció a mi padre. Era policía. Me la regaló por mi decimoctavo cumpleaños. Me dijo que siempre debía tenerla

cerca. Comentó que esperaba que nunca tuviera que usarla, pero quería que la tuviera de todos modos. Pocas semanas después, murió tiroteado en una redada antidroga. —Roger se dio la vuelta—. Esa pistola es casi lo único que me queda de él.

—Mira, Roger, lamento que hayamos entrado en tu habitación —expresé con lástima.

—Yo también —añadió Cara en voz baja.

—No hace falta que os disculpéis —dijo Roger, poniéndose en pie—. Solo que tenemos que permanecer unidos ahora. Tenemos que confiar los unos en los otros. ¿Sabéis a qué me refiero?

—Sí —asentí.

—No podemos caer en el pánico y empezar a ponernos en contra. Tenemos que...

—He llamado a la policía —interrumpió Cara.

—Muy buena idea —respondió Roger—. Deberíamos haberlo hecho antes. —Consultó su reloj—. Oh, voy tarde. Tengo que salir pitando. Volveré más tarde y podremos hablar. ¿Vale?

Cara no dijo nada. Simplemente se dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia la cocina.

—Sí, hasta luego —comenté, dedicándole un pequeño saludo con la mano a Roger. Después, seguí a Cara.

—Es un mentiroso pésimo —susurró ella una vez que le oímos subir los peldaños hacia el desván.

—¿Cómo sabes que está mintiendo? —le inquirí—. Me parece un tipo bastante majo.

—Piensas que todo el mundo es majo —soltó Cara con sarcasmo—. Pero no me creo su historia de la pistola. Era demasiado cursi para ser verdad. Además, si solo la conserva como recuerdo, ¿por qué estaba cargada?

—¡Cara! —Siempre era tan cínica. Yo estaba seguro de que Roger decía la verdad. Se le veía tan triste al recordar a su padre.

—Oye, tenemos que cenar algo. ¿Hay comida en esta casa? —preguntó ella.

Empezamos a buscar algo para comer por la cocina. Encontré una barra de pan blanco en el cajón de las paneras que estaba solo un poco seca. Cara halló un tarro de crema de cacahuete en el estante superior de la despensa.

Abrió la tapa y miró dentro.

—Solo queda suficiente para dos sándwiches si lo extendemos bien fino.

—Menudo festín —comenté con sarcasmo—. ¿Al menos hay algo de mermelada?

Cara abrió el frigorífico y encontró un tarro de mermelada de uva. Me dijo algo, pero no la escuché. Estaba pensando en Gena. No dejaba de oír su voz una y otra vez, repitiendo sus palabras mientras me decía que no podíamos volver a vernos.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué lo hizo?

—No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho. —La voz de Cara interrumpió mis pensamientos.

—Tienes razón —respondí con tristeza.

—Pobre Mark —dijo ella. Levanté la vista para ver si estaba siendo sarcástica, pero no era así.

—Es como si hubiera perdido a todo el mundo de golpe —apunté.

—No digas eso —espetó Cara—. Nadie se pierde para siempre. Deja de pensar así. Solo cómete tu sándwich de crema de cacahuete. Te sentirás mejor si comes algo.

—Suenas igual que mamá —le dije.

Ambos nos quedamos mirando un momento y después cogimos nuestros sándwiches. La crema de cacahuete es una

idea pésima cuando estás agobiado y no tienes mucha hambre. Se te pega a la boca y a los dientes, y requiere mucho esfuerzo masticarla. Ninguno de los dos estaba de humor para trabajar tanto... a cambio de tan poca recompensa. Nos sentamos allí cabizbajos, sin hablar, sin mirarnos.

Solo le había dado un par de bocados cuando oí a Roger bajar corriendo las escaleras de la entrada y después escuché la puerta cerrarse tras él. Cara dio un salto.

—Vamos a seguirle.

—¿Cómo?

—Vamos a seguirle. Quiero saber a dónde va.

—No —insistí, intentando tirar de ella para que volviera a sentarse—. Es una mala idea.

—Si no quieres venir, iré sola —sentenció. Se soltó de mi agarre y corrió hacia el recibidor—. Pero alguien tiene que quedarse aquí por si llama la policía —argumenté.

—Lo que eso significa es que quieres llamar a Gena —replicó ella, poniéndose su chaqueta de plumas.

—Bueno, eso también —admití—. Pero la verdad es que no le veo el sentido a...

—Adiós. —Y salió por la puerta.

—Qué pérdida de tiempo —exclamé en voz alta para la habitación vacía. Probablemente Roger se iba a casa de algún amigo a estudiar. Supuse que habría hecho amigos en la universidad; nunca había mencionado a ninguno ni traído a nadie a casa. Tampoco hablaba mucho por teléfono, pero debía de tener amigos, al menos gente con la que le gustara estudiar.

¿Por qué se había empeñado Cara en jugar a los detectives? Supongo que era mejor que quedarse sentada en esta casa vieja y espeluznante esperando a que sonara el teléfono.

Justo cuando tuve ese pensamiento, el teléfono sonó.

—Hola —dije, esperando oír al oficial de policía con el que Cara había hablado.

—¿Mark? Soy yo. Yo...

Me llevó un momento reconocer la voz de Gena. Sonaba terriblemente asustada.

—¿Gena? ¿Qué está pasando?

—No puedo hablar ahora. Tengo que decirte... Es muy importante que...

—¿Gena? ¿Gena?

Parecía que se estaba produciendo algún tipo de forcejeo. Me pareció oírla gritar.

Entonces, escuché un chasquido.

—¿Gena? ¿Gena? ¿Sigues ahí? —exclamé.

El tono de llamada zumbó en mi oído.

capítulo 13

La forma más directa de llegar a casa de Gena era atravesando el Bosque de la Calle del Terror. Es cierto que los chavales del instituto me habían contado todo tipo de historias de miedo sobre ese bosque, pero me daba igual. Tenía que llegar allí lo antes posible.

Me puse mi chaqueta de plumas y saqué una linterna de la estantería del armario de la entrada. Sabía que si me adentraba directamente por el bosque detrás de nuestra casa, terminaría saliendo en el jardín trasero de Gena.

Habíamos bromeado un par de veces sobre cómo, alguna noche, me escaparía a escondidas, atravesaría el bosque y treparía por el entramado de rosas de la parte de atrás de su casa hasta la ventana de su dormitorio. Ahora estaba a punto de hacer exactamente eso. Pero esto no era ninguna broma.

Gena sonaba verdaderamente aterrada. Había algo que quería contarme, y me dio la impresión de que alguien más no quería que lo dijera.

¿Estaría ella en peligro real? ¿O era mi imaginación desbocada? No tenía otra opción. Tenía que averiguarlo.

Empujé la puerta mosquitera y salí al exterior. Me sorprendió el frío que hacía. Podía ver mi propio aliento, un vapor grisáceo contra el cielo negro.

Me dirigí rápidamente por el lateral de la casa hacia la parte trasera. El suelo crujía bajo mis deportivas. Había caído un rocío intenso y supongo que se había helado sobre el terreno. Era una noche sin viento. Todo parecía muy quieto, tan quieto que resultaba casi irreal. Había silencio absoluto, salvo por mis deportivas crujiendo sobre el suelo duro y congelado.

Nuestro jardín trasero desciende con bastante pendiente durante un tramo antes de nivelarse. Una vez que bajé la colina, empecé a trotar hasta alcanzar el bosque. Sabía que si seguía avanzando en línea recta durante un rato, vería las luces de las casas al otro lado del bosque, y entonces podría dirigirme al jardín de Gena.

El truco, por supuesto, era mantener una trayectoria perfectamente recta. No era fácil en estos bosques. No había sendero, desde luego, y a veces espesos grupos de árboles o maleza alta te bloqueaban el paso, obligándote a desviarte hacia un lado u otro.

Parecía refrescar aún más a medida que me adentraba en el bosque. Tuve que reducir el paso. Las hojas muertas que alfombraban el suelo me llegaban por encima de los tobillos; estaban húmedas y resbaladizas. Tropezaba constantemente con pequeñas piedras y raíces sobresalientes escondidas bajo el follaje.

La linterna parpadeó y perdió intensidad. La agité, pero no sirvió de nada. La luz había pasado de blanca a amarillenta, y era tan tenue que apenas podía ver un par de palmos delante de mí.

Algo pasó correteando junto a mis pies. El corazón me dio

un vuelco. Vi cómo las hojas se movían, como si saltaran para apartarse de su camino.

—Ahhh —exclamé en voz alta.

Vaya, qué novedad. Así que había animales correteando por el bosque. Qué sorpresa. Forcé a mi corazón para que dejara de latir de aquella manera, aparté unos juncos altos que me cerraban el paso y seguí caminando.

De repente, me acordé de una historia sobre el bosque de la Calle del Terror que un chico llamado Arnie Tobin me había contado en el instituto. Iba sobre cinco adolescentes que fueron a acampar al bosque, más o menos por una apuesta. Todo el mundo les desafiaba diciendo que nunca serían capaces de pasar toda la noche en el Bosque de la Calle del Terror, y ellos apostaron que sí.

Así que, esa noche, montaron dos tiendas, encendieron una hoguera y estaban a punto de preparar la cena. Lo siguiente que se supo fue que aquellos cinco adolescentes salieron corriendo del bosque, aporreando las puertas de las casas, muertos de miedo.

Dijeron que una especie de monstruo había atacado el campamento. Ninguno supo describirlo muy bien. Aseguraron que parecía una especie de cobaya o rata blanca, ¡pero cien veces más grande! ¡Dijeron que era mayor que un caballo adulto!

«Eran cinco chavales aterrorizados», me contó Tobin, pero la mayoría de la gente no les creyó. La policía vino para llevarlos a casa. Y ellos tampoco les creyeron.

Al día siguiente, los cinco adolescentes regresaron al lugar de la acampada con sus padres para recoger todas sus cosas. ¡Y finalmente alguien les creyó! Porque cuando llegaron al campamento, todos pudieron ver que una de las tiendas de lona había sido roída hasta quedar hecha jirones. Toda la

comida había desaparecido, incluso las latas de alubias sin abrir. ¡Parecía que la criatura, fuera lo que fuera, había masticado directamente a través de las latas!

¡Vaya!

Ojalá no me hubiera acordado de repente de esa historia. Ahora, cada crujido, cada rama partida me obligaba a darme la vuelta, esperando encontrarme a una rata gigante avanzando pesadamente hacia mí, con sus enormes dientes al descubierto, lista para hacerme trizas como si fuera una lata de conservas.

Me detuve y escuché. Silencio.

Alcé la linterna, la sacudí intentando sacar algo más de luz y la dirigí hacia un grupo de arbustos bajos que tenía delante. Nada se movía.

El silencio resultaba demasiado inquietante. Ojalá ladrara un perro o ululara un búho, cualquier cosa. De repente me sentí como si caminara por la Luna o por algún planeta lejano e inhabitado.

Y entonces me di cuenta de que había perdido el sentido de la orientación por completo.

¿Hacia dónde estaba la casa de Gena? ¿Seguía yendo en la dirección correcta? ¿Hacia dónde quedaba mi casa?

Apagué la linterna. Ya no me servía de nada y decidí que sería mejor ahorrar las pilas. Esperé a que mis ojos se adaptaran a la oscuridad. Luego me giré lentamente, escudriñando la distancia, buscando una luz, cualquier luz.

Solo había oscuridad.

«Estoy perdido», me dije.

Pero justo cuando tuve ese pensamiento y un escalofrío me recorrió la espalda, los árboles parecieron iluminarse. Miré hacia arriba y vi que la Luna había emergido de entre un banco de nubes errantes. La observé con gratitud. Había

estado caminando con la Luna a mi derecha cuando entré en el bosque. Ahora, si la mantenía a mi derecha, iría en la misma dirección.

Empecé a sentirme bien de nuevo. Bueno, no bien. Digamos que recuperé algo de confianza. Probé la linterna una vez más. Se había agotado por completo. Avancé, guiado únicamente por la luz de la luna.

Avanzaba bastante rápido, trotando sobre el manto de hojas mojadas. Es asombroso lo bien que se ve de noche en el bosque. Nunca me había dado cuenta de que los ojos humanos funcionaran tan bien en la oscuridad.

En eso estaba pensando cuando escuché unos pasos detrás de mí.

Supe al instante que eran pasos. Y supe al instante que no eran los míos. Estaba todo tan quieto, tan falto de aire, tan silencioso en el bosque, que podía percibir cada sonido.

Me detuve y escuché, sintiéndome de repente muy asustado. Los pasos se movían con rapidez, acercándose. De pronto, sentí las piernas débiles y temblorosas. Intenté adivinar si era una criatura de cuatro patas o una de dos la que corría hacia mí. Pero era imposible saberlo.

Volví a ver a la rata blanca gigante en mi mente. ¿Qué clase de pasos daría aquella criatura mientras correteaba tras su presa?

¿Presa?

De algún modo, me sacudí el miedo y empecé a correr. Me aseguré de mantener la Luna a mi derecha para no terminar desorientado por completo.

Aunque ahora corría tan rápido como podía, manteniendo los brazos frente a la cara para protegerme de las ramas bajas de los árboles, los pasos estaban cada vez más cerca. Quienquiera —o lo que fuera— que me perseguía estaba

acortando la distancia.

Pensé en darme la vuelta y detenerme, enfrentándome a quien fuera. Pero enseguida decidí que eso era una estupidez.

Volví a echar a correr, y solté un grito cuando los pies me fallaron. De repente, empecé a resbalar hacia abajo, perdiendo el equilibrio, sin control alguno.

—¡Socorro! —grité mientras caía.

Me di cuenta al instante de que había caído en algún tipo de trampa.

capítulo
14

Roger parecía caminar en dirección al centro. Daba zancadas amplias y jamás miraba hacia atrás. Tuve que apresurarme para no perderlo de vista. La noche estaba muy oscura. Las farolas de la Calle del Terror no funcionaban, como de costumbre, y la luna se había ocultado tras una densa capa de nubes.

Briznas de niebla se sentían húmedas y gélidas contra mi rostro mientras me desplazaba sin hacer ruido, pegado a los setos y arbustos que bordeaban la calzada. Ojalá bajase un poco el ritmo. Sin embargo, el hecho de que tuviese tanta prisa me generaba todavía más sospechas.

Giró a la izquierda en Mill Road y aceleró el paso. Un vehículo pasó de largo, sus focos deslumbrando mis ojos y cegándome casi por completo durante unos segundos. Me agaché tras un matorral bajo y aguardé a que las luces amarillas se esfumaran.

Al regresar a la carretera, él se había distanciado aún más. Comencé a correr suavemente. No quería perderle entre tanta negrura. El terreno estaba duro y mojado. Mis zapatillas avanzaban sigilosamente. Los únicos ruidos eran el soplido

del viento desde el norte y el ocasional ruido grave de algún coche circulando.

Roger giró hacia Hawthorne Drive y miró a un lado y a otro. Me tiré al suelo y gateé hasta esconderme tras un buzón, esperando que no me hubiera visto. Cuando levanté la cabeza, solo vi árboles oscuros. Había desaparecido.

Me puse en pie con rapidez y avancé de puntillas. Había una cafetería pequeña llamada De Alma en esa avenida, donde muchos estudiantes de la universidad se quedaban estudiando y tomando algo hasta tarde. Me pregunté si se dirigía allí.

Al acercarme, volví a ver su figura alta y desgarbada. Efectivamente, entraba en el local. ¿Pero por qué? Sin duda no tenía pensado estudiar; no llevaba ningún libro consigo.

Probablemente solo había quedado con alguien. Y yo estaba ahí fuera, en una noche fría y mojada, dando vueltas en la oscuridad, perdiendo el tiempo.

Bueno, Mark se reiría mucho a mi costa. Imaginé a mi hermano sentado en casa, esperando la llamada del Oficial Farraday. Pobre. Ya estaba muy afectado por lo de mamá y papá. Que Gena le hubiera dejado le había terminado de hundir.

Quizás tendría que haberme quedado con él, pero ya era tarde.

Después de que Roger cruzara la puerta de la cafetería, esperé unos minutos. Luego me acerqué a la ventana y miré dentro. No había mucha gente. Solo unos pocos reservados estaban ocupados por los estudiantes habituales y algunos ancianos solitarios que sujetaban tazas humeantes de café.

No lograba divisar a Roger. Pensé que debía estar sentado al fondo del todo o en uno de los compartimentos laterales junto al mostrador. «¿Debería entrar?»

Había llegado hasta aquí. Pensé que qué demonios, total,

podía echar un vistazo para ver qué tramaba Roger.

Subí la capucha de mi chaqueta para taparme la cara y entré en la cafetería. Dentro hacía calor y olía a beicon y a grasa de freidora. Mantuve la cabeza baja bajo la capucha y caminé despacio hacia la fila de mesas. Me agaché tras la pared del primer reservado, asomé el rostro por el lateral y busqué a Roger.

Estaba sentado en el último banco al fondo del establecimiento. Hablaba con energía y movía las manos sin parar. Tuve que dar unos pasos más para ver con quién conversaba.

Era el hombre del pelo rubio casi blanco, el tipo de la furgoneta. Ambos discutían con mucho entusiasmo. Parecían disgustados. El sujeto del vehículo no dejaba de dar golpes en la mesa mientras charlaba.

«Así que Roger mentía», razoné. Este viajecito mío no había sido una pérdida de tiempo al fin y al cabo. Había engañado sobre la furgoneta y seguro que también sobre la pistola. Roger y aquel individuo de pelo claro trabajaban juntos para... ¿para hacer qué?

Fuera lo que fuese, estaba convencido de que tenía relación con mis padres.

Me apoyé contra el respaldo de la mesa y observé cómo Roger sacaba un papel del bolsillo y empezaba a hacer un dibujo. Pintaba y señalaba partes del boceto. ¿Qué sería? ¿Un mapa?

Habría hecho cualquier cosa por ver aquello. Pero sabía que no podía acercarme más sin que me descubrieran. Me giré y vi a una camarera gorda mirándome con malos ojos desde detrás de la barra. Supongo que mi aspecto debía resultar bastante sospechoso.

Decidí salir de allí. Había visto suficiente para demostrar

que Roger era un mentiroso y que teníamos que contárselo al Oficial Farraday cuanto antes.

Sujetándome la capucha, me di la vuelta y empecé a irme cuando una mano me agarró por el hombro. Una voz gritó:

—¡Eh, Cara!

—¡Ay! —exclamé más por sorpresa que por dolor. Pero la mano se clavó en mi hombro como si intentara dejarme clavada en el sitio.

Me giré para ver quién era. Era Roger.

—¿Espiándome otra vez? —preguntó, sin soltar mi hombro. Sus ojos se clavaron en los míos. «Es peligroso», pensé.

Nunca me había dado cuenta. Ni siquiera lo había considerado seriamente. Pero es peligroso.

—Ay. Me haces daño, Roger —dije. Mi capucha cayó hacia atrás sobre mis hombros. ¡Vaya disfraz!

Él me soltó el hombro, pero su expresión no cambió.

—Lo siento. No quería.

Sí, quería. Por supuesto que quería.

Miré más allá de él hacia su compañero en la mesa, que me observaba con una mueca de labios apretados en su pálido rostro blanco.

Para mi sorpresa, Roger sonrió de repente, como si hubiera recuperado el control de su ira. Vio que yo miraba a su amigo. Me agarró por el codo y me condujo de vuelta a la mesa.

—Oh... eh... Cara, este es el doctor Murdoch —dijo Roger, deslizándose de nuevo en el banco—. Es mi... tutor de la facultad.

Claro, claro. Por supuesto, Roger. Y yo soy la reina de Inglaterra.

—Encantada de conocerle —dije, sin ni siquiera fingir que era cierto.

El «doctor» Murdoch me dedicó una sonrisa amplia y falsa.

—Estábamos reunidos hablando de mi especialidad —añadió Roger. ¡Qué mentiroso más ruin! Vio que me quedaba mirando el trozo de papel sobre el que había estado escribiendo y lo dobló por la mitad. Sus ojos se volvieron fríos otra vez. —¿Entonces qué haces aquí?

—Estoy... quedando con una amiga. —Mi historia no era peor que la suya—. Pero parece que no va a venir —añadí rápidamente—. Nos vemos luego.

—Un placer conocerte —gritó el supuesto doctor Murdoch cuando salí corriendo por el pasillo hacia la salida del restaurante.

No respiré hasta que estuve fuera, cruzando la puerta. Choqué con dos tipos que entraban y ambos se rieron mientras seguía corriendo calle abajo.

Fuera se sentía aún más frío. Una lluvia fina y neblinosa caía sobre mí. Me subí la capucha, esta vez para resguardarme del frío. Tenía el corazón a mil. Me sentía una idiota.

Bueno, en fin. Lo primero que iba a hacer, decidí, cuando llegara a casa, sería subir al cuarto de Roger, sacar esa pistola de su escritorio y esconderla en algún lugar.

Roger me daba miedo. La idea de que tuviera una pistola cargada en mi propia casa resultaba todavía más aterradora. De todas formas, había demostrado que Roger mentía. Y también su amigo Murdoch... ¡Nos dijo a Mark y a mí que ni siquiera conocía a Roger!

De pronto sentí mucho miedo. Empecé a caminar en dirección a casa. Pero me di cuenta de que allí tampoco estaría a salvo. Mis padres no estaban. Mark y yo compartíamos la casa con un mentiroso que tenía una pistola.

Sintiéndome helada hasta los huesos, comencé a correr

más deprisa. Ojalá Mark y yo conociéramos a alguien en la ciudad, tuviéramos familiares, tuviéramos algún sitio adonde ir...

Estaba a un par de manzanas de casa cuando me di cuenta de que un coche me seguía.

capítulo 15

«Vale, vale, Mark. Tranquilo, tío. Respira hondo y cálmate».

Era una trampa muy rudimentaria. Solo un pozo profundo cubierto de hojas. El agujero no tenía más de metro y medio de profundidad ni más de tres o cuatro metros de ancho.

«Puedes manejar esto. No tienes por qué entrar en pánico. No estás atrapado aquí para siempre. Puedes salir por tu propio pie. Solo estira los brazos y elévate. Puedes conseguirlo».

«Vamos. Respira hondo otra vez. Luego ponte en pie y sigue avanzando».

Así fue como logré calmarme. Así conseguí que mi corazón dejara de aporrear como la batería en un disco de Def Leppard y pude ponerme en pie.

Pero nada más salir del pozo y erguirme, todavía tambaleándome y un poco alterado, deseé no haberlo hecho. Porque la criatura que me había estado siguiendo se lanzó hacia mí.

Estaba tan oscuro que no lograba ver qué era.

Solo escuché cómo corría hacia mí, sentí sus potentes patas delanteras golpeándome el pecho, oí un gruñido grave e inhalé su aliento caliente y agrio mientras caía de nuevo al pozo.

—¡Socorro!

No sé por qué grité. No había nadie cerca.

Estaba tendido boca arriba. Con otro gruñido bajo, la criatura saltó encima de mí. Rodeó mi muñeca izquierda con sus fauces y empezó a apretar.

A pesar de mi terror, comencé a pensar con más claridad. Me di cuenta de que estaba forcejeando con un perro grande, una especie de pastor.

—¡Abajo, chico! ¡Abajo! ¡Vete a casa!

No reconocí mi propia voz. Era el tono de un niño aterrado.

Desde luego, el volumen era suficiente para que los perros lo oyeran. Pero este animal decidió no escuchar. Tiré de mi muñeca para soltarme de su agarre, giré sobre mí mismo y me arrastré lejos del bicho hasta el rincón del pozo.

La criatura giró hacia mí, manteniendo la cabeza gacha, con un gruñido que era un murmullo grave y amenazante.

«Es el perro más grande que he visto nunca», pensé, retrocediendo mientras él daba vueltas. «¿Qué hace aquí fuera? ¿Es un perro salvaje?»

«¿Y soy yo su cena?»

No. No era salvaje. Pude ver que llevaba un collar. Algo colgaba del collar bajo la barbilla del animal.

—Abajo, chaval. Buen perro. Buen perro.

Bajó la cabeza y retrajo los labios para mostrar una boca llena de dientes. La dentadura, larga y puntiaguda, parecía brillar bajo la luz de la luna. Y supe que jamás olvidaría aquellos colmillos.

—Buen perro. Buen perro. Vete a casa, chico.

Estaba repitiendo esas palabras una y otra vez como un idiota. Ese animal no podía irse a casa. Ese perro estaba en su casa. El Bosque de la Calle del Terror eran su hogar. Y estaba a punto de demostrarme lo bien que se le daba proteger su terreno.

«Nunca dejes que un perro vea que le tienes miedo». Por alguna razón, esas palabras de mi padre pasaron por mi cabeza como un rayo. ¡Puede que fuera lo más estúpido que me ha dicho jamás!

¿Cómo haces que el perro sepa que no le tienes miedo cuando estás paralizado de rodillas en un hoyo, temblando de arriba abajo, suplicando con voz chillona que se vaya a casa como un perrito bueno?

No tuve tiempo para pensar mucho en eso. El animal soltó un gruñido fuerte y se lanzó a mi cara. Me agaché. Pude notar su peso mientras se deslizaba sobre mi espalda, soltando un gemido de sorpresa.

Cayó con fuerza, pero volvió a ponerse en pie al instante.

Otra vez se abalanzó sobre mí. Caí hacia atrás, apartándome de su camino.

Intenté trepar por el lado del agujero, pero resbalé, cayendo sobre el lomo del perro. Él rugió mostrando su descontento e intentó forcejear para salir de debajo de mí, pero le agarré la cabeza bajo la barbilla y empecé a tirar hacia arriba.

Su pelaje estaba caliente y húmedo. Inhalé el olor a perro más intenso que había sentido en mi vida. Me taponó la nariz.

Contuve la respiración. Pensé que iba a vomitar. El perro empezó a retorcerse y a girar, intentando librarse de mi agarre. Pero me sujeté con las dos manos, abrazándolo cada vez más fuerte, apretando su cuerpo mientras tiraba de su cabeza hacia

atrás.

Su gruñido se convirtió en un aullido de dolor, pero no le solté. Estaba perdiendo el agarre. Mis manos resbalaban por su pelaje mojado. Exhalé y respiré hondo, inhalando aquel olor tan intenso y repulsivo.

El perro dio un tirón fuerte. Tropecé hacia delante, hincando la rodilla en su lomo, levantando su cabeza, tirando, tirando con toda la fuerza que me quedaba.

De repente, escuché un crujido seco.

Sobresaltado, le solté y caí hacia atrás contra la pared de tierra del hoyo.

Le había roto el cuello.

El perro dejó de aullar.

Se quedó mirándome en silencio, con gesto de sorpresa, con un rictus de dolor. Después, sus ojos se cerraron y se desplomó contra el suelo con un golpe sordo.

Miré hacia abajo, jadeando. Me limpié la frente con la mano. Estaba cubierto de sudor, un sudor helado. Podía notar el asqueroso olor a perro en mi mano.

Después, durante un buen rato, me quedé allí de pie, apoyado contra el borde del agujero, mirando al animal muerto. Seguía escuchando aquel crujido horrible una y otra vez. Y veía la expresión de sorpresa en su cara, ese rictus de dolor, de derrota absoluta.

Me incliné para asegurarme de que el bicho estaba muerto. Conteniendo la respiración, giré a la gran criatura sobre su lomo y vi el objeto que estaba sujeto a la parte delantera de su collar.

Era una cabeza de mono blanca.

Jadeé por la sorpresa.

Aquello no tenía ningún sentido. ¡Agarré la cabeza de mono y la sostuve en mi mano para asegurarme de que no

estaba viendo visiones! ¿Qué hacía el mismo objeto que había encontrado en el dormitorio de mis padres alrededor del cuello de un perro en mitad del Bosque de la Calle del Terror?

Entonces algo más llamó mi atención. Parte de una correa de cadena seguía enganchada al collar. Seguí la cadena hasta el final y descubrí un eslabón roto. El perro se había soltado, obviamente.

Mientras trepaba para salir del hoyo, vi una estaca de madera a pocos metros. Me acerqué y, efectivamente, la otra parte de la correa de cadena estaba atada a ella.

Así que el perro había sido colocado en un principio cerca de la trampa. Debió de soltarse poco antes de que yo llegara. Me vio acercarme a su zona y me persiguió.

Me persiguió sin ladrar.

Sin duda, estaba adiestrado para acercarse a la gente a escondidas, para atacar en silencio.

Alguien quería mantener a la gente alejada de esta parte del bosque.

¿Pero por qué?

Me dolían todos los músculos. Temblaba. «Nunca volveré a sentirme normal», pensé.

Mirando a mi alrededor, intentando aclarar mi cabeza, me di cuenta de repente de que estaba al borde de un claro grande y redondo. La luna estaba justo encima ahora, brillando con fuerza, tan intensamente que podía ver docenas de huellas de zapatos en la tierra blanda.

Parecía que mucha gente había estado aquí hace poco. Evidentemente, la trampa y el perro de ataque estaban allí para impedir que la gente entrara en este claro. ¿Pero por qué?

—Tengo que salir de aquí —dije en voz alta, sintiendo frío y miedo.

Sabía que había casas al borde del bosque. Pero, estando

allí, me sentía lejos de la civilización. «Da unos pasos dentro de este bosque y puede pasar cualquier cosa», pensé. Es un mundo diferente, un mundo sin ninguna norma.

Tenía que hacer algo para detener esos pensamientos lúgubres. Gena. «Recuerda a Gena». Me recordé a mí mismo pensar en Gena, en lo disgustada que había sonado por teléfono.

De repente recordé qué estaba haciendo allí fuera. Tenía que llegar a casa de Gena. Tenía que hablar con ella, descubrir por qué nuestra conversación telefónica se había cortado. Tenía que arreglar las cosas con ella de nuevo.

Pensé en Cara, fuera en algún lugar siguiendo a Roger. ¡Qué idea tan loca! Me preguntaba si ya habría llegado a casa. Me preguntaba si mamá y papá habrían vuelto, o si el policía tenía alguna noticia para nosotros.

—La llamaré desde casa de Gena —dije en voz alta.

Caminé un poco, con las piernas inestables al principio. Con el tiempo empecé a sentirme más fuerte. Vi una luz a través de los árboles, una luz gris verdosa y pálida, que brillaba como una luciérnaga entre dos árboles.

Una casa. Comencé a correr hacia la luz, ignorando las espinas y las malas hierbas altas y con pinchos, y las raíces de los árboles que sobresalían e intentaban frenarme.

Unos instantes después, estaba de pie en el borde del jardín trasero de Gena. No estaba lejos del misterioso claro, me di cuenta. Intentando recuperar el aliento, miré hacia la tenue luz detrás de la persiana de la ventana de su dormitorio.

¿Estaría ella allí arriba? No podía saberlo. Las luces estaban encendidas en la sala de estar abajo, y podía ver el resplandor parpadeante de la pantalla de la televisión. Alguien pasó por delante de la ventana. Era el padre de Gena. Me acerqué más, teniendo cuidado de permanecer en las sombras

oscuras al lado del gran garaje.

Su padre estaba de pie frente al televisor, bebiendo de una lata. Le vi volver al sofá y sentarse. Luego miré de nuevo la habitación de Gena.

¿Podía hacer esto realmente? Mis ojos siguieron el alto enrejado de madera de los rosales desde justo debajo de la ventana del segundo piso de Gena hasta el suelo. Por supuesto, las rosas ya no estaban, pero quedaban las largas enredaderas llenas de espinas.

Caminé rápidamente hacia el enrejado y me agarré a él. Parecía lo bastante sólido. Probablemente aguantaría mi peso.

Agarré los lados con las manos, con cuidado de evitar las gruesas enredaderas espinosas, y puse un pie en el listón inferior. Me incliné y miré por la ventana de la sala solo para asegurarme de que el padre de Gena seguía en el sofá. Así era.

Así que empecé a subir. Un paso a la vez. El enrejado se tambaleó un poco, pero era más resistente de lo que parecía.

Había subido aproximadamente un tercio del camino cuando mi mano resbaló y empecé a caer.

capítulo 16

*M*ientras seguía trotando hacia casa, oí acercarse el coche. Los faros iluminaron la calle frente a mí. Reduje la velocidad y esperé a que el coche me pasara.

Pero no pasó.

Mark tenía razón. Nunca debería haber salido de casa esta noche. Empecé a correr más rápido y el coche empezó a moverse más rápido también.

¿Qué estaba pasando? Me di la vuelta, pero no pude ver más allá de los brillantes faros amarillos.

No sabía qué hacer. ¿Por qué el coche no me pasaba? Si era alguien conocido, ¿por qué no me alcanzaba? ¿O tocaba el claxon o algo?

Decidí dar media vuelta y correr en dirección contraria, pasando junto al coche. Calculé que, en el tiempo que le llevaría al coche girar, yo podría escapar.

Así que me giré y, protegiéndome los ojos de los faros, empecé a correr a toda velocidad. El coche frenó en seco con un chirrido.

—¡Cara! ¡Eh, detente! ¡Cara! —Era una voz conocida.

Me detuve. Un hombre salió por el lado del conductor. Reconocí el gran Caprice azul. Entonces identifiqué al Oficial Farraday.

—¡Oficial Farraday! ¡Hola! —exclamé, muy aliviada.

—No estaba seguro de si eras tú o no —dijo, acercándose a mí rápidamente, con sus botas resonando sobre el pavimento—. Espero no haberte asustado. Iba de camino a tu casa.

—¿Tiene alguna noticia sobre mis padres?

La luz de la farola se reflejaba en sus ojos azules y profundos. Parecía muy cansado. Sacudió la cabeza.

—No. Todavía no. Me preguntaba si habíais oído algo vosotros.

—No —dije, suspirando.

—Oye, no pongas esa cara —dijo, poniendo una mano enguantada sobre el hombro de mi chaqueta—. No tenemos ninguna mala noticia, ¿verdad?

—Cierto —murmuré—. Pero tampoco tenemos ninguna buena.

Me llevó hacia el coche.

—Tienes que seguir pensando en positivo —dijo—. Mis hombres están trabajando en el caso. Tus padres aparecerán pronto.

No dije nada. No podía ocultar mi decepción.

—Necesito que me des una foto de ellos —añadió—. Lanzaré una orden de búsqueda, enviaré una copia a todos los departamentos de policía del estado. ¿Se te ocurre algo más, algún tipo de pista o información que pudiera serme de utilidad? —Era tan alto que bajaba la cabeza cuando hablaba conmigo.

—Bueno... déjeme pensar... —dudé.

—¿Por qué no te llevo a casa y lo piensas por el camino? Y así me das esa foto. Mis hombres están todos en el caso. También avisé al periódico. A veces la gente les llama para dar pistas.

Mantuvo abierta la puerta delantera y me deslicé hacia dentro. Nunca había estado en un coche de policía antes. Me decepcionó un poco ver que el Caprice no era un coche de policía en absoluto. Era solo un coche normal. La radio cobró vida de repente y escupió una ráfaga de estática y luego un breve mensaje. Era una radio de la policía, la única prueba de que aquello era un coche policial.

Mientras me llevaba a casa, le conté a Farraday lo de Roger, lo de la pistola de Roger, y Murdoch y la furgoneta gris. Esperaba que dijera algo, pero mantuvo la vista fija en la carretera y no reaccionó en absoluto.

—¿Cree que Roger podría saber algo sobre mis padres? —pregunté finalmente.

—Tal vez. Tendré que investigar a ese Roger y... ¿cómo dijiste que se llamaba el otro tipo?

—Roger le llamó doctor Murdoch.

—También lo investigaré a él. ¿Algo más, Cara? ¿Cualquier otra cosa en absoluto que pueda sernos útil?

Entramos en el camino de entrada. La casa estaba a oscuras. Me molestó que Mark no hubiera encendido la luz del porche para mí.

—No se me ocurre nada. Absolutamente nada —le dije a Farraday. Abrí la puerta y empecé a salir. —Oh, sí. Espere. Hay una cosa más.

Se giró para mirarme.

—¿Sí?

—Mark y yo encontramos esta cosa extraña en el dormitorio de mis padres. Era una pequeña cabeza de mono;

una pequeña cabeza de mono blanca con ojos de estrás. ¿Cree que podría ser una pista?

De nuevo no reaccionó.

—Tal vez —dijo en voz baja.

—No me suena de nada, pero tal vez signifique algo. Preguntaré en la comisaría. ¿Lo tienes? Sería buena idea llevarlo al laboratorio para que le echen un vistazo.

Corrí a entrar en la casa. No vi a Mark. Subí a toda prisa y saqué una foto bastante reciente de mis padres del álbum que guardan en la mesilla. Después busqué la cabeza de mono blanca, pero no apareció. Tendría que preguntarle a Mark qué había hecho con ella.

De vuelta en el exterior, le entregué la fotografía a Farraday.

—Gracias por traerme —con tono sombrío—. Y por toda su ayuda.

—Intenta dormir. Sé que es difícil, pero ayudará.

—Lo intentaré.

—Sabrás de mí en cuanto sepa algo. Y, Cara... tienes mi número. Llámame cuando quieras, de día o de noche. Llámame por cualquier motivo, ¿oído?

—Gracias. Eso me hace sentir mucho mejor.

—Me alegro —una sonrisa casi se esbozó bajo su espeso bigote.

Entré rápido, cerré la puerta tras de mí, eché la llave y grité:

—¡Mark! ¡Mark, ¿dónde estás?! —Sin respuesta.

—¡Mark, ¿estás arriba?! —vociferé.

Tampoco.

Registré el salón y la sala de estar, luego subí a ver si se había ido a la cama. No estaba. Al volver a la sala, me invadió una sensación de pavor. Primero desaparecieron mamá y

papá. Ahora Mark. ¿Él también se había ido?

Quizás dejó una nota. Fui a la cocina y revisé el frigorífico. Nada. Miré en el bloc junto al teléfono. Ninguna nota.

Ahora Mark está desaparecido.

No. Probablemente se haya ido a casa de Gena. Eso es. Por supuesto que sí.

Descolgué el teléfono. Iba a llamar a casa de Gena para hablar con él. Pero luego pensé que sería mejor no hacerlo. Mark no querría que su hermana pequeña llamara a casa de Gena para controlarle. Además, no tenía ninguna noticia para él sobre mamá y papá, absolutamente ninguna.

Decidí entrar en la sala de estar y ver la televisión hasta que Mark volviera a casa. Quizá eso me ayudara a distraerme de todo.

Estaba cruzando el salón cuando vi las luces trepando por la pared: dos focos moviéndose lentamente. Tardé un poco en darme cuenta de que eran los faros de un coche. Alguien había entrado en el camino de acceso.

¿Sería Mark? ¿Serían mamá y papá?

capítulo 17

Sabía que me caía. Me agarré al enrejado con desesperación, pero mi mano atrapó una enredadera llena de espinas. Mientras caía, los grandes aguijones me cortaron la palma de la mano izquierda.

No tuve tiempo de gritar. Aterricé de espaldas, con fuerza. El golpe me dejó sin aliento. Pensé que estaba muerto. No hay peor sensación en el mundo. No puedes respirar. Sabes que jamás volverás a hacerlo. Debí desmayarme o algo parecido. No estoy seguro. Todo se volvió rojo brillante y después amarillo, un amarillo cegador.

No sé cuánto tiempo estuve tirado allí en el suelo, probablemente menos de lo que me pareció. Los colores chillones se desvanecieron. Entonces me di cuenta de que respiraba de nuevo.

Mi mano izquierda palpitaba de dolor. La acerqué a mi cara para examinarla. Las espinas habían dejado dos profundas marcas bajando por el centro de mi palma. La sangre manaba bastante, filtrándose en dos líneas rectas.

Miré hacia la parte superior del enrejado. La luz seguía encendida en la habitación de Gena. Decidí que debía intentar trepar de nuevo. Una vez dentro, ella podría encontrar algo con lo que vendarme la mano para detener la hemorragia.

Gena estaba muy cerca. Quería verla. Tenía que verla. Pensé en su largo cabello negro, en su sonrisa, en la sensación de tenerla sentada en mi regazo en el sofá con sus brazos cálidos rodeándome, y subí por el enrejado, lentamente al principio, y después con mayor rapidez a medida que ganaba confianza.

La ventana del dormitorio de Gena estaba a unos treinta centímetros por encima del enrejado. Estaba cerrada. No podía saber si tenía el pestillo echado o no. Golpeé el cristal y esperé a que se acercara.

El enrejado crujió bajo mi peso. De repente, no estaba tan seguro de que pudiera aguantarme.

¿Dónde estaba Gena?

Volví a golpear la ventana, esta vez un poco más fuerte. Ninguna respuesta.

Me incliné hacia adelante, alcancé el marco y empujé con todas mis fuerzas. No se movió.

Estaba atrapado. No podía entrar en la casa. Y en cualquier momento, el enrejado iba a ceder, arrastrándome con él.

Respirando hondo, extendí los brazos y presioné con ambas manos contra el marco de la ventana. Esta vez, se deslizó hacia arriba unos centímetros. ¡Qué alivio! No estaba bloqueada.

Pocos segundos después, me colé de cabeza en el dormitorio de Gena. No fue precisamente una entrada romántica, pero al menos lo había logrado, y el enrejado seguía en pie.

—¿Gena? —susurré.

Miré alrededor de la habitación, iluminada por una única lámpara sobre la cómoda de Gena. Ella no estaba allí. De hecho, parecía como si ni siquiera hubiera estado.

La cama estaba hecha. Su colección de animales de peluche estaba alineada a lo largo de la pared sobre el colchón. Su mochila colgaba del respaldo de la silla del escritorio. Este último estaba totalmente ordenado, con algunos papeles y lápices apilados en una esquina. La alfombra parecía recién aspirada ese mismo día. Ya sabes cómo queda el pelo de las alfombras después de pasarles la aspiradora. Las únicas huellas que podía ver en la moqueta eran las mías.

Me acerqué de puntillas a la puerta del armario, que tenía cientos de fotos pegadas de arriba a abajo. Había instantáneas de Gena con su padre; de su madre, que vivía a las afueras de Detroit; fotos de gente que no reconocía; y un montón de recortes de sus estrellas de cine favoritas sacados de revistas. Me alegró ver que la foto que le di, mi foto de clase del año pasado estaba pegada justo encima del pomo, entre Dennis Quaid y Tom Cruise.

Sintiéndome cansado de repente, me senté en el borde de la cama, con cuidado de no apoyar mi mano sangrante sobre la colcha blanca. ¿Dónde estaba ella? Si no estaba allí, ¿por qué estaba la luz encendida?

Es bastante tarde. «Probablemente aparecerá pronto», me dije. Decidí que simplemente la esperaría.

Pero rápidamente concluí que eso era una tontería. No podía quedarme sentado allí sin hacer nada. Para empezar, tenía que hacer algo para detener la hemorragia de mi mano.

Me levanté y caminé hacia su cómoda. Abrí el cajón superior. Estaba lleno de ropa interior, calcetines y cosas así. Saqué un calcetín de lana blanco hasta la rodilla y lo enrollé

una y otra vez alrededor de mi mano. «A Gena no le importará», pensé.

¿Pero dónde estaba ella?

Cuando me llamó, sonaba tan alterada, tan totalmente asustada. No podía estar sentada abajo viendo la televisión con su padre ahora.

Apretando el calcetín alrededor de mi mano, caminé de vuelta hacia la puerta del armario y tiré de ella para abrirla. Era el armario más ordenado que había visto nunca. Toda su ropa estaba colgada. Sus jerséis, perfectamente doblados en la balda superior. No tenía ni idea de que fuera tan maniática del orden.

Cerré el armario y regresaba hacia la cama cuando algo llamó mi atención. Había un objeto brillante en la alfombra, al pie de la cama.

Lo saqué de debajo con la punta de mi zapatilla y me agaché para recogerlo. Lo llevé hasta la lámpara de la cómoda para examinarlo.

No podía creerlo. Era una cabeza de mono blanca tallada.

Resultaba idéntica a las otras. Los ojos de estrás centelleaban y parecían observarme. La boca del mono estaba contraída en una mueca inquietante.

¿Qué era aquello? ¿Y por qué aparecía por todas partes donde iba?

De repente, tuve un pensamiento escalofriante. ¿Era la misma cabeza de mono?

¿Me había seguido de alguna manera?

Recordé despertarme y encontrar la cabeza de mono junto a mi cama cuando no tenía ningún recuerdo de haberla llevado a mi habitación. ¿Estaba sosteniendo la misma ahora, mirando fijamente los mismos ojos brillantes y vacíos?

No seas tonto, Mark. Has estado viendo demasiados capítulos viejos de *La Dimensión Desconocida*.

No tuve más tiempo para pensar en ello. Oí pasos en el pasillo. Se acercaban rápidamente.

Metí la cabeza de mono en el bolsillo de mis vaqueros y busqué a mi alrededor un lugar donde esconderme. Pero no había ninguno.

Los pasos estaban justo delante de la puerta del dormitorio.

—¿Gena? —susurré, contento.

Y su padre entró en la habitación.

Mis ojos bajaron desde su rostro lleno de sorpresa hasta la pequeña pistola plateada que sostenía en su mano.

capítulo 18

—¡*M*ark! —exclamó. Arrojó la pistola sobre la cama—. ¡Podría haberte disparado! ¡Creí que eras un ladrón!

—Lo siento. —La palabra se me atragantó en la garganta.

El doctor Rawlings era un hombre grande, tan corpulento que bloqueaba la puerta por completo. Vestía un conjunto de deporte gris y blanco. ¡Debía de ser la talla más grande que fabricaran! Tenía el pelo negro como el de Gena, solo que más escaso, lo que le daba una frente despejada sobre sus pobladas cejas negras.

También era muy musculoso. Bíceps enormes. Parecía alguien que hacía ejercicio. Nunca me había fijado en eso hasta ahora, mientras le devolvía la mirada, observando cómo la expresión de su cara cambiaba de la ira a la confusión.

«Ahora estoy metido en un lío», pensé. «Pero ¿de qué tamaño?»

Dio un par de pasos hacia mí. Por un instante, creí que iba a atacarme. Es una locura las cosas que se te pasan por la cabeza cuando estás en pánico total.

Entonces me di cuenta de que estaba mirando el calcetín blanco enrollado en mi mano. La sangre había calado en varios sitios. Se veía realmente asqueroso. Bajé la mano hacia mi costado.

—Mark... Me siento fatal —dijo—. La pistola. ¡Dios santo! Deberías haberme avisado de que estabas aquí.

—Doctor Rawlings, yo... —Me quedé callado. No sabía qué decir. Quiero decir, ¿qué puedes decir? —Lo siento. No quería asustarle. Quería hablar con Gena y...

—¿Qué te ha pasado en la mano? —preguntó. Tenía una voz muy grave. Por lo general era atronadora. Solía hablar muy alto y gritar mucho, no por enfado, sino por entusiasmo. Pero ahora hablaba tan suavemente que apenas podía oírle. Estaba realmente asustado por haber estado a punto de dispararme.

Con reticencia, levanté mi mano herida.

—Me he cortado —dije—. Escuche, quiero explicarle. Yo...

—¿Viniste a ver a Gena? —El doctor Rawlings se sentó pesadamente en la cama de ella. El colchón era blando y se hundió casi hasta el suelo bajo su peso. Recogió la pistola y luego la volvió a dejar.

—Bueno, sí. Ella llamó y...

Cambió su peso en la cama.

—Gena está muy alterada, Mark —añadió, mirando al techo—. Te lo dije cuando estuviste aquí antes.

—Lo sé. Yo también estoy alterado —contesté. Eso era la verdad, desde luego.

—Ah, el joven amor —suspiró el doctor Rawlings y negó con la cabeza. Se puso en pie rápidamente. Se movía como un hombre mucho más ligero—. Lo siento, Mark. No pretendo ser impertinente. Sé que esto es serio para ti y para Gena. Pero

aun así, no deberías haberte colado.

—Lo sé. De verdad que lo siento. Eh... ¿dónde está Gena, por cierto? —pregunté, apretando más el calcetín alrededor de mi mano dolorida.

—Se ha ido a casa de su prima. Estaba tan alterada que pensó que sería buena idea marcharse una temporada.

—¿A casa de su prima? ¿La que vive al norte?

Él asintió.

—¿Se ha ido sin su mochila? —Simplemente se me fue la vista hacia ella. Estaba tan confundido en ese momento que creo que ni siquiera sabía lo que estaba diciendo.

El doctor Rawlings soltó una risita.

—Te he dicho que estaba muy alterada. No creo que la mochila fuera lo primero que le pasara por la cabeza. —Se acercó y puso su mano grande y robusta sobre mi hombro—. ¿Quieres que le eche un vistazo a esa mano? Al fin y al cabo, soy médico.

Aparté la mano.

—No. No, gracias. No es nada grave. Me vendaré bien cuando llegue a casa. —De repente, solo quería salir de allí, volver a casa y pensar en todo esto con calma.

Miré hacia la ventana. Seguía abierta de par en par. El doctor Rawlings también la estaba mirando. Ahora sabía cómo había entrado. Si es que no lo sabía ya desde antes.

Me sentí muy avergonzado. Había entrado en su casa sin permiso y él estaba siendo tan amable al respecto.

—Baja conmigo y sal por la puerta, esta vez —respondió, guiándome hacia la salida del dormitorio con su mano sobre mi hombro.

—Lo siento mucho —contesté—. No debería haber...

Apretó mi hombro, probablemente un poco más fuerte de lo que creía.

—No te disculpes. Está bien. Entiendo estas cosas. Yo también lo siento. Siento lo vuestro, lo de Gena y tú. A veces es muy impredecible. Espero que no te haya asustado con la pistola.

—¿No va a decirle nada a mis padres ni nada por el estilo? —Mis padres. Me había olvidado de ellos. Y de Cara. ¿Qué hora sería? Probablemente habría vuelto hace tiempo, ¡y no le había dejado ninguna nota!

—No. Esta vez no —dijo, guiándome escaleras abajo. Luego añadió—: Tengo ganas de conocer a tus padres algún día.

Me disculpé de nuevo con el doctor Rawlings y salí al frío.

—Cuídate, Mark —susurró. Extendió la mano, me agarró la mía y la estrechó.

—Gracias —musité. No sabía qué más decir. Me sentía realmente incómodo.

Me di la vuelta y bajé rápidamente por el camino de acceso. La mano me palpitaba. El calcetín blanco estaba empapado de sangre. Esta vez, decidí, ¡sin duda iría a casa por el camino principal!

capítulo 19

¿Quién había entrado por el camino de entrada? Corrí por la sala de estar, respiré hondo y abrí la puerta principal.

—Oh.

—Muchas gracias, Cara. Qué recibimiento —dijo Lisa Blume.

—Lo siento —respondí rápido, incapaz de ocultar mi decepción.

—¿A quién esperabas? ¿A Tom Cruise? —contestó Lisa, dedicándome su habitual media sonrisa burlona mientras entraba al recibidor.

—No. Es solo que... bueno... pasa —dije—. Me alegra mucho verte.

—Sí, se nota —añadió con sarcasmo—. Escucha, pensé que podríamos repasar juntas los apuntes de historia. Pero si te viene mal...

—Es un mal momento —admití, decidiendo contarle a Lisa lo que pasaba—. Pero me alegra que estés aquí, de todos modos.

La llevé hasta la sala de estar. Se dejó caer en el sofá y lanzó la mochila al suelo.

«Somos una pareja de amigas extraña», pensé mientras la observaba inclinarse para abrir su mochila y sacar un cuaderno. Parecemos dos especies distintas. Yo, tan rubia y con aspecto inmaduro, y ella, con esa melena negra y rizada increíble y esa sonrisa pícara y astuta. Se parece mucho a Cher, «qué suerte tiene», me dije. En realidad me alegraba de que hubiera venido. Necesitaba compañía, y ella siempre era divertida y sarcástica: justo lo que me hacía falta para dejar de darle vueltas a todo.

—¿Qué pasa con tu hermano y Gena Rawlings? —preguntó Lisa, poniendo los ojos en blanco. No pude creérmelo anoche en tu sala. ¡No paraban de hablar!

—Bueno, esto tampoco vas a poder creerlo —le conté—. Ha cortado con él esta noche.

La boca de Lisa se quedó congelada en una «O» de sorpresa.

—¿Cómo? —logró articular finalmente—. Repítelo, Cara.

—Me has oído. Ha cortado con él.

—Pero... ¿por qué?

Me encogí de hombros.

—Mark está fatal. No le digas que te lo he contado. Ha salido corriendo hacia allí. O eso creo.

Lisa tiró de uno de sus largos rizos negros.

—Raro. Sencillamente raro.

—Ya, lo sé. Mark no tenía ni idea.

—Raro —repitió. Se quedó sentada un rato, mirándome pensativa. Entonces añadió—: ¿Mark mascaba chicle esa noche?

—¿Te refieres a la fiesta?

—Sí.

—¿Y yo qué sé? ¿De qué hablas, Lisa?

—Bueno, es que estaba pensando en una chica que

conocía. Se llamaba Shana y salió con un chico llamado Rick durante poco tiempo. No sé qué me hizo recordarlo, pero me vino a la cabeza que Shana me contó una vez que, mientras se besaban, Rick mascaba chicle sin que ella lo supiera y, de alguna manera, el chicle acabó en su boca.

—Qué asco.

—Eso mismo pensó Shana. Así que cortó con él y no volvió a dirigirle la palabra.

—Gran historia, Lisa —comenté, captando su sarcasmo igual que cualquiera tras pasar unos minutos a su lado.

—Bueno, por eso me preguntaba si Mark mascaba chicle —explicó ella.

—Tengo problemas más graves que la vida amorosa de mi hermano —suspiré.

—Ya. ¡Tienes tu propia vida amorosa! —soltó Lisa con sorna.

—No, hablo en serio.

—Yo también.

—Mis padres han desaparecido —solté de repente.

Lisa ni se inmutó.

—Claro. Lo siguiente será decirme que te está creciendo una segunda cabeza —bufó mientras me observaba—. También me lo creeré.

—No, es verdad, Lisa.

Creo que al ver mi expresión comprendió que no estaba bromeando. Apoyó la cabeza en una mano y se quedó mirándome.

—¿Han desaparecido? ¿Quieres decir que no han vuelto a casa esta noche?

—Ni anoche.

—¿No han llamado?

Negué con la cabeza.

De golpe, toda la gracia desapareció del rostro de Lisa. Como si alguien le hubiera arrancado una máscara, dejando ver por fin su cara seria y real.

—¿Has llamado a la policía?

—Sí, al Oficial Farraday.

—¿Pero no los ha encontrado?

Negué con la cabeza. De repente, me sentí mareada. Había pensado que contarle a Lisa lo que pasaba me haría sentir mejor, pero, al decirlo en voz alta, el miedo solo aumentaba.

—¿Quieres venirte a dormir a mi casa? —preguntó Lisa. Parecía muy afectada también.

—No, gracias —le respondí—. Mark está...

—Él también puede venir. Hay sitio de sobra. De verdad.

Fue un detalle muy amable por su parte. Al fin y al cabo, solo hacía poco tiempo que la conocía; no es que fuéramos amigas de toda la vida ni nada por el estilo.

Le di las gracias de nuevo y le dije que creía que Mark y yo estaríamos más cómodos esperando aquí. ¿Dónde se habría metido Mark? Miré el reloj. Se estaba haciendo tarde. Me pregunté si se habría reconciliado con Gena. Si era así, quizá no volviera en un buen rato.

Oí un coche fuera y me dispuse a levantarme, pero pasó de largo sin frenar. «Tranquilízate, Cara», me regañé a mí misma. «No puedes saltar de la silla cada vez que pase un coche».

Lisa se veía más alterada que yo.

—Ya han hecho esto antes —le dije, intentando que se le quitara esa expresión sombría.

—¿De verdad? ¿Se han ido dos días sin llamar?

—No, sin llamar no —me levanté—. Voy a por mis apuntes de historia. Intentemos estudiar.

Ella se veía muy incómoda.

—¿Estás segura?

—Sí. Me vendrá bien para despejarme. Así dejaré de mirar el reloj toda la noche.

Me siguió hasta la sala de estar, donde había dejado mi mochila.

—Sabes, creo que le gustas a Gary Brandt —soltó.

—¿Eh?

—Sí. Eso me han dicho.

—¿Quién? —pregunté. Encontré mi cuaderno y lo saqué de la bolsa. Los papeles cayeron por toda la alfombra, pero no me molesté en recogerlos.

—Se lo dijo a un amigo mío. Quiere salir contigo. Es un bombón, ¿no crees?

—¿Gary?

—Sí, Gary.

—Está bien. —Por algún motivo, no quise que viera lo mucho que me alegraba la noticia. Gary era un chico genial—. Quizá, si mis padres no vuelven, organicemos otra fiesta —bromeé.

Lisa soltó una carcajada, pero se notaba que no tenía muchas ganas.

—No tiene gracia, ¿verdad? —Pasé a su lado y me dirigí de nuevo al estudio—. Solo intentaba quitarle hierro al asunto.

—Si... si mis padres desaparecieran de repente, ¡me volvería loca! —dijo Lisa.

—Probablemente me vuelva loca cuando vuelvan —le dije, dejándome caer en el sofá de cuero—. «Si es que vuelven», me dije a mí misma, y me estremecí.

«¿Y si soy huérfana?», pensé. «¿Y si ya lo soy y aún no lo sé?».

¿Con quién viviríamos Mark y yo? ¿Con la tía Dorothy? No. Era demasiado mayor. ¿Con la abuela Edna? No. También

era muy mayor. Además, no nos soportaba.

«¿Tienen los adolescentes que irse a vivir a un orfanato?», me pregunté.

—¿En qué piensas? —preguntó Lisa.

—En tonterías —respondí, forzando una sonrisa. Intentamos repasar los apuntes de historia un rato, pero estaba demasiado distraída como para pensar con claridad. No dejaba de mirar el reloj, preguntándome por qué Mark no regresaba, y pegaba un salto cada vez que un coche pasaba por delante.

Al final, decidimos que estudiar no era nuestro fuerte. Hablamos un poco más de los chicos del instituto. Luego, Lisa se marchó, repitiéndome que Mark y yo podíamos ir a quedarnos a su casa y pidiéndome que la llamara en cuanto tuviera alguna noticia.

Me sentí bastante bien un rato después de que se fuera. Había encontrado una verdadera amiga.

Miré el reloj. Pasaban de las once. ¿Dónde estaría Mark?

Me senté en la sala de estar. Qué habitación tan sosa y repugnante. Me levanté y empecé a caminar de un lado a otro. Fui al estudio y recogí mis apuntes de historia. Los metí a la fuerza en el cuaderno. Me dirigí a la cocina a por otro refresco y me detuve a mitad de la sala.

La pistola de Roger.

¿Cómo había podido olvidar mi plan? Iba a subir, sacarla de su escritorio y esconderla en algún sitio. Quería a Roger fuera de nuestra casa. Pero sabía que eso podía costar trabajo. Mientras tanto, no quería que tuviera una pistola cargada.

Subí las escaleras corriendo y me detuve en el rellano debajo del desván.

—¿Roger? ¿Estás ahí arriba?

Siempre es tan silencioso que podría haber entrado

mientras Lisa y yo hablábamos. No hubo respuesta. Llamé de nuevo, y otra vez el silencio.

Así que subí por la escalera estrecha y entré en su cuarto.

Tanteé hasta encontrar el interruptor de la lámpara del escritorio y lo encendí. La habitación estaba vacía. Roger había dejado tirada una camisa y unos pantalones chinos sobre la cama. Por lo demás, todo seguía igual.

Me agaché rápidamente y abrí el cajón inferior del escritorio.

Un crujido.

¿Habían sido unos pasos? ¿Sería Roger que volvía?

Me quedé inmóvil, escuchando. Otro crujido. Era solo esta estúpida casa vieja haciendo ruido.

Sin dejar de prestar atención a cualquier sonido fuera del pequeño cuarto, aparté la ropa interior que había en el fondo del cajón. Luego busqué la pequeña pistola.

Mi mano no logró encontrarla, así que me incliné y miré dentro del cajón.

Entonces solté un pequeño jadeo al darme cuenta de que la pistola ya no estaba.

capítulo 20

El jueves pasó como una exhalación. Mark y yo estábamos tan cansados y sumidos en nuestros propios pensamientos que apenas dijimos nada durante el desayuno. De alguna manera, conseguimos llegar al instituto. Mi cuerpo estaba allí, pero mi mente vagaba por mil sitios distintos.

Al terminar las clases, volvimos a casa juntos. Mark me contó con gesto sombrío lo que le había pasado en el bosque: la trampa cerca del claro y el perro que había sido adiestrado para atacar en silencio.

—Yo... lo maté, le rompí el espinazo, creo —confesó Mark. Se le veía visiblemente afectado. Después, me habló del padre de Gena y de cómo casi le dispara.

Mientras conducíamos, le puse al tanto sobre Roger y Murdoch en la cafetería, y sobre la desaparición de la pistola del cajón de Roger.

—Tenemos que contarle lo de Roger al Oficial Farraday —dijo Mark al entrar por el camino del porche—. Después de lo de anoche, Roger sabe que sospechamos de él. Eso podría hacerlo aún más peligroso.

—Ya se lo he dicho al Oficial Farraday —respondí.

Entramos por el camino del porche.

—Llama al Oficial Farraday otra vez —insistió Mark, con

un tono algo desesperado—. Mira a ver si ha hecho algo.

Corrí a entrar en casa para llamar al Oficial Farraday. Vi que Mark se dirigía al patio trasero. Sabía lo que iba a hacer: disparar flechas a la diana hasta que se le cansara el brazo.

Solté los libros y me acerqué de puntillas a la escalera principal. Subí hasta la mitad, escuchando cualquier ruido que pudiera revelar que Roger estaba en casa. Finalmente, decidí adoptar un método más directo.

—¿Roger? ¿Estás ahí arriba? —grité.

Sin respuesta. Sintiéndome aliviada, fui al teléfono de la cocina para llamar al Oficial Farraday.

Colgué el teléfono de golpe, frustrada, al darme cuenta de que otra vez no tenía línea.

—¡Mark, el estúpido teléfono vuelve a estar estropeado! —le grité a través de la ventana de la cocina.

No me oyó. O al menos fingió no hacerlo. Lanzó otra flecha, y luego otra, mirando con fijeza, sin apartar los ojos de la diana en ningún momento.

Unos minutos después, salí al patio. Mark estaba disparando justo la última flecha del carcaj.

—¿Te sientes mejor? —pregunté.

—No —respondió, frunciendo el ceño.

Fuimos al centro comercial y compartimos una pizza para cenar. Ninguno de los dos tenía muchas ganas de hablar. Después, salimos con desgana a la fría y ventosa noche. El aire era pesado y húmedo. Parecía que iba a nevar.

Estábamos a mitad de camino a casa cuando recordé algo que lo cambió todo.

—Wally —dije.

Mark, conduciendo con una mano, mantenía la vista en la carretera.

—¿Eh? ¿Qué has dicho?

—¡Wally!

Se le veía molesto.

—Eso es lo que me ha parecido oír. ¿Hay algo más en esa frase?

—No sé su apellido —dije, mientras mi mente trataba de encontrarlo desesperadamente. Estaba emocionada. Sabía que acababa de recordar algo muy importante. Ahora, si lograba calmarme lo suficiente como para pensar con claridad y recordar...

—¿Wally quién? ¿Te refieres al de la serie La familia de Beaver? —Mark giró hacia la Calle del Terror, y de repente todo se volvió mucho más oscuro. Las farolas seguían sin funcionar.

—No. Me refiero al amigo de mamá y papá. ¡Wally Wilburn!

Incluso en la oscuridad total pude ver cómo la boca de Mark se abría de par en par.

—¡El del trabajo! Ese tipo que llamaba mucho y les invitaba a jugar a los bolos. ¡Tienes razón, Cara! Wally Wilburn. Ese es su nombre.

Entró en el camino de entrada a toda velocidad y frenó con un chirrido estridente.

—Vamos a buscar su agenda. Apuesto a que anotaron su número en la agenda telefónica.

Ambos dimos un portazo al salir del coche y entramos corriendo a la casa.

—Este tal Wally puede demostrar que trabajaban en Cranford Industries —dije—. Y una vez que lo hayamos probado, podremos... —me detuve. No sabía cuál sería el siguiente paso.

—Limitémonos a hablar con Wally —dijo Mark.

Corrimos a la cocina y Mark agarró la pequeña agenda.

—A ver... —Mark arrugó la cara. Su dedo recorría las páginas pautadas de la pequeña libreta—. Aquí está. Wally Wilburn.

—¿Dónde vive?

A Mark se le cayó el ánimo al suelo.

—Solo hay un número de teléfono. Ninguna dirección.

Descolgué el teléfono. Seguía sin línea.

—No pasa nada —dije—. Busquemos la guía telefónica de la zona. Su dirección tiene que estar ahí.

—A menos que tenga un número oculto —dijo Mark con desaliento.

—Señor Pesimista. Seguro que te rindes a la primera —comenté mientras sacaba el directorio telefónico grande del estante y pasaba las páginas hasta el final. Solo tardé unos segundos en encontrar la entrada para W. Wilburn—. Vive en el número doscientos treinta y uno de Plum Ridge.

—¿Dónde queda eso? Nunca había oído hablar de ese lugar.

Tuve que reírme.

—Mark, serías un detective pésimo.

—Nunca dije que quisiera ser detective —gruñó él.

Encontré el mapa de la zona al principio del libro. Plum Ridge Road estaba en el pueblo de al lado, a mitad de camino entre nuestra casa y Cranford Industries.

—Vamos. Vámonos ya —le tiré hacia la puerta trasera—. Sé cómo encontrarlo.

—Wally Wilburn —murmuró él, negando con la cabeza—. Quizá Wally ayude a aclarar todo este misterio.

Había unos veinte minutos de camino hasta Waynesbridge, el pueblo siguiente. Cuando llegamos a las afueras, a una interminable y deprimente urbanización de casas idénticas y cuadradas que se extendían sobre colinas

bajas, apagué la radio del coche y empecé a leer las señales de las calles.

—¿Qué le vamos a decir a este tipo? —preguntó Mark, que de repente sonaba preocupado.

—Bueno, no creo que debamos llegar y soltarle de golpe que nuestros padres llevan tres días desaparecidos —respondí—. Deberíamos dejar que él nos diga lo que sabe primero. Si somos demasiado directos, podríamos asustarle o algo así.

—Sí, eso es inteligente —estuvo de acuerdo Mark.

—Deja que hable yo —le pedí.

Él asintió.

—Plum Ridge —dije al leer la señal—. Ha sido fácil. Gira a la derecha.

—¿Puedes leer los números? —preguntó Mark, frenando casi hasta detener el coche.

—Sí, están encima de las puertas principales. Sigue adelante. Debería estar en la siguiente manzana.

Efectivamente, la casa de los Wilburn estaba en la esquina siguiente. Había un Ford Mustang en el camino de entrada, así que aparcamos en la calle y subimos por el estrecho camino de cemento. El aire olía a tierra fresca y fertilizante.

Pude oír voces y música de televisión cuando pusimos un pie en el porche. Llamé con fuerza y luego encontré el timbre y lo toqué. Las voces de la televisión se detuvieron en seco, oí unos pasos y entonces un hombre corpulento de mediana edad abrió la puerta.

—¿Qué vendéis? —preguntó. Tenía una voz agradable y una sonrisa muy amable bajo un espeso bigote negro. Estaba casi calvo, me fijé, salvo por una espesa franja de pelo negro alrededor de las orejas.

—¿Señor Wilburn? —pregunté, preguntándome de

repente qué era exactamente lo que iba a decir.

—Habéis venido al lugar correcto. Ese soy yo. Pero la mayoría me llama Wally. ¿Y vosotros quiénes sois? No os he visto por el barrio.

—No. Vivimos en Shadyside —respondió Mark, sonando nervioso.

Pensé que habíamos quedado en que yo llevaría la voz cantante. Esperaba que Mark no metiera la pata ahora.

—Bueno, habéis venido bastante lejos para vender boletos de rifa —Wally se rio entre dientes. Parecía encontrarse a sí mismo muy divertido.

—No. No vendemos nada. Soy Cara Burroughs y este es mi hermano, Mark.

—¿Burroughs? —Reconoció el nombre de inmediato. Abrió la puerta mosquitera—. ¿Sois los hijos de Greg y Lucy?

Mark y yo asentimos al unísono.

—Bueno, ¿cómo están vuestros padres? ¿Dónde están? No los he visto por el trabajo esta semana.

—¿No? —soltó Mark de repente.

—No. Me necesitaban en la división C, así que he estado en el subsótano toda la semana. No he levantado la cabeza ni una vez. ¿Me echan de menos vuestros padres?

Mark y yo no sabíamos qué responder. Así que me lancé y cambié de tema.

—Estábamos visitando a una amiga cerca de aquí —dije, intentando que sonara creíble—, y hemos parado para usar tu teléfono, si podías dejárnoslo. Olvidamos llamar a mamá y a papá. Creo que siguen en el trabajo.

—¿A estas horas? —Wally miró su reloj—. Unos fanáticos —rio—. Buena gente, pero fanáticos.

Una mujer muy delgada con el pelo rubio ondulado entró en la habitación, sorprendida de ver visitas. Llevaba unos

vaqueros desgastados y una camiseta negra y roja de Grateful Dead.

—Hola, cielo. Estos son los hijos de Greg y Lucy —dijo Wally—. Esta es mi media naranja, Margie.

—Encantados de conocerte —dijimos Mark y yo al mismo tiempo. Ambos nos miramos con inquietud.

—Vaya, hola —dijo Margie, dedicándonos una sonrisa cálida—. ¿Habéis traído a vuestros padres?

—No. Solo han pasado a llamarles —le explicó Wally.

—¿Tienes su línea directa? —le pregunté—. Mark y yo aún no nos la hemos memorizado.

—Ningún problema. —Wally dio unos saltitos hasta una mesa auxiliar y rebuscó rápidamente entre una pila de revistas y papeles—. A veces trabajo desde casa, así que me traje un directorio de la empresa. Aquí tenéis.

Sacó un directorio grapado con una cubierta de color amarillo brillante. Miré rápidamente la portada. Decía: DIRECTORIO TELEFÓNICO DE CRANFORD INDUSTRIES.

Esperaba que los Wilburn no se fijaran en cómo me temblaban las manos mientras encontraba la letra B y buscaba los nombres de mis padres. Allí estaban, seguidos de su extensión telefónica.

Así que era eso. El tipo de Cranford, el Señor Marcus, nos había mentido. Nuestros padres sí trabajaban en Cranford, tal y como nos habían dicho. Teníamos la prueba en nuestras manos. Ahora podíamos ir al Oficial Farraday y decirle que sacara la verdad de ese tal Marcus.

Sostuve el libro y le enseñé la entrada a Mark, que estaba de pie a mi lado con la boca abierta. Dudé si pedirle a Wally que nos dejara el directorio. Pero decidí que eso podría despertar sus sospechas. Además, ya lo habíamos visto. Y el libro siempre estaría allí por si el Oficial Farraday necesitaba

verlo también.

—Bueno, muchas gracias —dije, devolviéndole el directorio y dirigiéndome hacia la puerta.

—Sí, gracias —repitió Mark. Ambos estábamos deseando salir de allí.

—Eh... ¿no os olvidáis de algo? —preguntó Wally, con aspecto muy divertido. Ambos lo miramos sin entender nada—. La llamada. Ibais a hacer una llamada.

—Oh. ¡Claro! —Qué vergüenza.

Cumplimos con el trámite. Marqué la línea directa de mis padres y dejé que sonara varias veces.

—No contestan. Deben de estar de camino a casa —le dije a Wally.

Nos costó unos minutos más de agradecimientos y de «encantados de conoceros» lograr salir por la puerta.

—Deben pensar que somos bastante raros —dijo Mark mientras se ponía al volante.

—No me importa —respondí—. Acabamos de demostrar que nuestros padres no nos mintieron. Sí que trabajaban en Cranford.

—¿Entonces la recepcionista de Cranford nos mintió?

—No —dije—. Los nombres de mamá y papá definitivamente no estaban en la pantalla de su ordenador. Solo hace falta un segundo para borrar un nombre de un archivo informático. Pero ese pez gordo, Marcus, sí nos mintió.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó Mark, alejándose de la acera.

—No lo sé. Pero la policía nos ayudará a averiguarlo —dije, sintiéndome muy emocionada por nuestro trabajo detectivesco—. Vamos a buscar al Oficial Farraday. ¡Tenemos mucho que contarle!

Los veinte minutos de camino de vuelta a Shadyside se hicieron eternos. De regreso en Mill Road, Mark giró de repente hacia la Calle del Terror.

—Vamos a casa un segundo —dijo—. Quizá el Oficial Farraday haya dejado un mensaje en el contestador o algo así.

—Claro. Buena idea —estuve de acuerdo.

—Oh, no. Cara, mira...

Seguí la mirada de Mark. La furgoneta gris estaba aparcada a una manzana de nuestra casa.

—Ha vuelto —dijo Mark, pasando a toda velocidad por delante. No pude ver si Murdoch estaba dentro o no.

Entramos por el camino principal.

—Qué raro —comenté—. Algunas luces de arriba están encendidas. Yo no las he encendido.

—Yo tampoco —dijo Mark con cautela—. Vamos a ver qué pasa. Quizá sea Roger.

Entramos de puntillas por la puerta trasera. La cerré con cuidado detrás de nosotros. Después, caminamos hacia la escalera principal.

—¿Eh, Roger? ¿Estás en casa? —llamé.

Subimos las escaleras. Las luces hasta el desván se habían encendido.

—¡Eh, Roger! ¿Estás ahí arriba?

Silencio.

—¿Ha encendido todas las luces y luego se ha ido? —preguntó Mark.

—Nunca ha hecho eso antes —dije—. Vamos arriba a echar un vistazo a su cuarto.

Yo iba delante. Las escaleras crujían y chirriaban ruidosamente bajo nosotros.

—¿Roger? ¿Roger?

La luz estaba encendida en su cuarto. La puerta estaba

entreabierta. Hacía unos diez grados más de calor aquí arriba. Empujé la puerta para abrirla más y entré. Como fui la primera en entrar en la habitación, fui la primera en ver a Roger.

Quise gritar, pero no salió ningún sonido de mi boca.

Pensé que me iba a desmayar. Todo se volvió blanco durante un segundo o dos. Luego los colores volvieron.

Y allí estaba Roger, sentado en su escritorio, desplomado hacia delante, con la cabeza mirando hacia abajo, los brazos colgando a los lados y las manos tocando el suelo. Una flecha estaba clavada en su espalda, justo debajo del cuello. Su camisa estaba empapada en sangre de un rojo oscuro.

Di un paso hacia un lado para que Mark pudiera entrar en la pequeña habitación. Mis zapatillas hicieron un sonido húmedo al pisar la alfombra. Miré hacia abajo para ver por qué. La sangre de Roger había empapado la moqueta. Estaba pisándola.

—¡Oh, no! ¡No puede ser! —exclamó Mark. Me rodeó el hombro con un brazo, más para sostenerse él mismo que para consolarme. Mis piernas temblaban. Tenía el corazón latiéndome a mil por hora.

Había flechas esparcidas por la alfombra empapada en sangre.

—Él... está muerto —gritó Mark—. ¿Pero por qué?

De repente, la puerta de la habitación se abrió de golpe, empujándonos con fuerza a Mark y a mí. El Oficial Farraday se puso frente a nosotros. Había estado escondido detrás de la puerta todo el tiempo.

—¡Ah! —grité.

El Oficial Farraday sostenía el arco de Mark. Bloqueó la entrada y miró a Mark con acusación.

—¿Es tu arma, chico? —gruñó—. ¿Por qué lo has matado?

capítulo 21

Me quedé mirando a Cara y mi mente se quedó en blanco. Al principio pensé que quizá el Oficial Farraday estaba bromeando. Pero cuando vi que no apartaba la vista de mi cara, que solo se me quedaba mirando mientras sostenía mi arco de esa forma, me di cuenta de que hablaba en serio. ¡Me estaba acusando de matar a Roger!

—A ver, un momento... —comencé. Sentía las rodillas débiles. La pequeña habitación se inclinaba, primero hacia un lado y luego hacia el otro. Miré hacia abajo. Mis zapatillas estaban empapadas con la sangre de Roger.

El Oficial Farraday puso una mano sobre mi hombro.

—No digas nada, chico. Primero tengo que leerte tus derechos.

Vi cómo sus labios se movían, pero no pude oír ni una palabra de lo que decía. Supongo que estaba en estado de shock.

—¡Mark no ha matado a Roger! —la voz llena de rabia de Cara irrumpió en mis pensamientos—. ¡Eso es una locura!

—¡Tiene razón! —grité, encontrando por fin mi voz—. Yo no lo he matado. ¡De ninguna manera! ¿Por qué iba a matarlo?

El Oficial Farraday mantuvo su mano sobre mi hombro. Arrojó el arco al suelo.

—Tranquilo ahora. Tómatelo con calma —dijo suavemente. Empezó a guiarme fuera de la habitación—. Mantengamos todos la calma. Se ha cometido un asesinato aquí.

Se quedó mirando a Cara como si intentara leer alguna respuesta en sus ojos.

—Se ha cometido un asesinato con el arma de Mark, y...

—¡No es un arma! —grité. No reconocía mi propia voz. Sonaba tan asustada, tan tensa.

—Bajemos abajo. Nos sentaremos y discutiremos esto con calma —dijo el Oficial Farraday. Mantuvo su mano sobre mi hombro como si me guiara y nos siguió escaleras abajo.

No puedo describir lo que pensaba al entrar en el salón. Mis ideas eran un torbellino salvaje. Nada tenía sentido. «¿Estaba Roger realmente muerto? ¿Lo mataron con mi arco y mi flecha? ¿Quién habría podido hacerlo? ¿Estaban intentando que pareciera que fui yo?».

Cara y yo estábamos a punto de sentarnos en el sofá cuando vimos que la puerta del salón se abría de golpe. Murdoch irrumpió con una pistola en la mano.

Se quedó mirando al Oficial Farraday con sorpresa.

—¿Quién demonios eres tú? —bramó—. ¡Todos contra la pared! ¡Moveos! —agitaba su arma.

—¡Es él! —chilló Cara—. ¡Es el que se estaba reuniendo con Roger!

El Oficial Farraday desenfundó su pistola y disparó tres veces. Los tres proyectiles impactaron en el pecho de Murdoch. Sus ojos se pusieron en blanco, soltó un grito mudo y sus rodillas cedieron. Cayó de cara sobre las baldosas del pasillo.

—¡Oh, no, oh, no, oh, no! —Cara se cubrió la cara con las manos.

El Oficial Farraday avanzó rápidamente y rodeó sus hombros con un brazo reconfortante.

—Ya está todo bien —dijo con suavidad—. Ya está todo bien.

Me sentía muy extraño. El suelo parecía inclinarse y balancearse. Dos muertos. Dos. Justo en nuestra casa. Dos personas asesinadas. La sangre... tanta sangre...

Antes de darme cuenta, el Oficial Farraday también me rodeaba con un brazo. Nos llevaba a Cara y a mí de vuelta al sofá del salón. «Ya está todo bien», repetía constantemente en voz baja.

Cara y yo nos sentamos en los extremos opuestos del sofá. Ella seguía ocultando su rostro. Miré al Oficial Farraday. La estancia seguía inclinándose de forma alocada. No paraba de oír los disparos una y otra vez, seguía viendo a Murdoch lanzar aquel grito mudo y desplomarse contra el suelo.

—Quedaos quietos e intentad recomponeros —dijo el Oficial Farraday con suavidad. Se rascó el lateral de la cara y volvió a enfundar la pistola.

Caminó de nuevo hacia Murdoch, lo puso boca arriba, se acuclilló junto al cuerpo y le miró la cara.

—¿Así que viste a este tipo con Roger? —preguntó.

—Sí —respondió Cara, mirando al suelo—. Los vi juntos.

—Ahora quizá podamos empezar a unir todas las piezas y descubrir qué han hecho a vuestros padres —dijo el Oficial Farraday. Soltó un gemido fuerte al ponerse en pie.

Descolgó el teléfono del escritorio.

—Voy a pedir refuerzos —anunció—. Mis hombres estarán aquí antes de que os deis cuenta. Lo limpiarán todo. No os mováis. Solo respirad hondo e intentad calmaros. No te tomaba por un asesino, chico.

Se acercó al teléfono del escritorio y marcó el número de

la comisaría.

—Sí, Schmidt. Soy yo. Estoy en la Calle del Terror. Correcto. Burroughs. Necesito ayuda aquí. Tengo a dos caídos. Es demasiado tarde para la ambulancia. Sí. Sí. Tráelos. Y diles que pisen el acelerador, ¿vale? Entendido.

Colgó el auricular y volvió hacia nosotros. Parecía medir más de dos metros de altura mientras estaba de pie sobre nosotros. Cara estaba sentada con las manos fuertemente entrelazadas sobre su regazo. Yo solo intentaba mantener la habitación estable.

—Habéis pasado por un mal trago —dijo el Oficial Farraday, mirándonos desde arriba—. Pero lo peor ya ha pasado. Creo que vamos a llegar al fondo del asunto ahora. ¿Cómo os encontráis?

—Bastante mal —dijo Cara—. Nunca había visto a nadie... muerto antes.

Me levanté sin equilibrio, apoyándome en el lateral del sofá.

—¿A dónde vas, Mark? —preguntó el Oficial Farraday, ayudándome a incorporarme.

—Solo a la cocina. Tengo la boca muy seca. Solo quiero beber un vaso de agua.

—Sí. Tráeme uno a mí también —dijo Cara.

—Vale, adelante —dijo el Oficial Farraday—. Pero volved aquí. Todavía tengo muchas preguntas que haceros a los dos.

Mientras me dirigía a la cocina, vi que el Oficial Farraday se acercaba a la ventana principal y miraba hacia fuera. «¿Qué es lo que retrasa a mis hombres?», le oí preguntar.

Entré en la cocina y cruzaba hacia el fregadero cuando noté algo que me recorrió la espalda con un escalofrío helado. Me detuve. Me quedé mirando aquello. Parpadeé, intentando

que fuera una alucinación. Pero aquello no cambiaba.

Mis ojos no me estaban engañando. El auricular del teléfono de pared... estaba descolgado.

Lo levanté y me lo llevé al oído. Silencio. Lo colgué y volví a levantarlo.

Silencio.

El teléfono no tenía línea. Seguía sin línea.

El Oficial Farraday solo había fingido llamar a la comisaría.

capítulo
22

*A*sí que Farraday era un fraude, probablemente ni siquiera era policía.

No había pedido refuerzos. Ahora nos tenía a solas con él.

Había matado a Murdoch ante nuestros ojos. ¿Había matado también a Roger? ¿Planeaba hacernos lo mismo a nosotros?

¿Qué quería? ¿Quién era?

¿Qué estaba pasando?

Mi cabeza daba vueltas con todas esas preguntas. Colgué el auricular y me quedé allí de pie mirando el teléfono. Muerto, muerto, muerto.

Tenía que encontrar la forma de avisar a Cara. Debía hacerle saber que Farraday no era quien decía ser. Era un farsante. Un farsante muy peligroso.

—Oye, Mark, ¿dónde estás? —gritó Farraday.

Pensé en salir corriendo por la puerta trasera, en buscar ayuda.

Pero antes de que pudiera moverme, Farraday apareció en la cocina.

—¿Has conseguido tu bebida?

—No. Yo... eh...

Serví un vaso de agua, di un par de sorbos y llevé el resto para Cara. Farraday me guio con suavidad de vuelta al sofá.

Cara aceptó el vaso agradecida. La miré fijamente y giré los ojos hacia Farraday. Tenía que encontrar una forma de contárselo, una manera de hacerle ver el peligro en el que estábamos.

—Eh... ¿podríamos Cara y yo hablar un momento en la cocina? —pregunté, intentando sonar inocente.

Las aletas de la nariz de Farraday se dilataron ligeramente, como si detectara algún peligro.

—No, no creo que sea necesario —dijo con calma, dedicándonos una sonrisa. Se sentó en un taburete bajo frente a nosotros—. Tenemos mucho de qué hablar.

Cara me lanzó una mirada extraña. Yo le devolví la mirada. Pero ella no lo entendía.

—Dejad que os haga unas cuantas preguntas —dijo Farraday con suavidad. Le brindó a Cara una sonrisa tranquilizadora—. Estoy seguro de que podremos demostrar que Mark no tuvo nada que ver con la muerte del joven de arriba. En cuanto consigamos identificar a este hombre —miró hacia Murdoch— y al de arriba, creo que podremos seguir la pista del verdadero asesino.

Intenté captar la atención de Cara, pero ella no apartaba la vista de Farraday.

—¿Quiénes son? —preguntó ella—. ¿Crees que saben dónde están mamá y papá?

Farraday se encogió de hombros.

—Lo averiguaremos.

—¿Qué hacías aquí? —pregunté. Quería demostrarle a Cara que desconfiaba de Farraday. Tenía que hacerle saber que era un farsante. Pero ¿cómo?

—Vine a hablar con vosotros dos —respondió Farraday, rascándose la mejilla—. Vi luces encendidas arriba. Parecía sospechoso, así que subí a investigar. Encontré al joven, Roger, con la flecha clavada en la espalda. Luego oí voces que se acercaban, así que me escondí detrás de la puerta.

Parecía tan tranquilo, tan profesional, tan amable. Puse los ojos en blanco hacia Cara. Le hice una mueca. Ella no me vio.

—Bien, ambos habéis pasado por un shock terrible. ¿Creéis que podéis responder a unas cuantas preguntas rápidas?

—Sí, creo que sí —dijo Cara en voz baja, entrelazando sus manos con fuerza sobre el regazo.

¿Cómo podía captar su atención? ¿Cómo podía hacerle saber lo que había descubierto?

—¿Dónde estabais justo antes de volver a casa? —preguntó Farraday, mirando a la ventana como si se preguntara dónde estaban sus hombres, los hombres a los que nunca había llamado realmente.

—Fuimos a ver a un hombre que conocía a nuestros padres —le respondió Cara.

—¡Cara, no! —grité—. ¡No le digas nada! —De repente me di cuenta de que no tenía elección. Había ido demasiado lejos. Tenía que pasar a la acción. Respiré hondo y me lancé sobre Farraday. Le empujé con fuerza y cayó hacia atrás desde el taburete.

—¡Oye! —bramó él enfadado.

—¡Mark! ¿Qué haces? —oí gritar a Cara. Salté sobre Farraday e intenté agarrar su pistola, pero se retorció y salió de debajo de mí. Me apartó de un empujón y se puso en pie de un salto.

El arma estaba en su mano.

—Movimiento astuto, lince —dijo, apuntándome con la

pistola—. Pero no lo suficiente. Vuelve a ese sofá.

—¡Mark! ¡Pero qué haces! —exclamó Cara, mirándome como si estuviera loco.

Toda la amabilidad se había esfumado del rostro de Farraday. Nos miró con frialdad mientras nos apuntaba con el arma.

—Así que sí sabéis cosas que no me habéis contado. Creo que ha llegado el momento de que empecéis a hablar.

Cara abrió la boca de par en par, totalmente conmocionada.

—¿Cómo?

—Creo que me has oído —soltó Farraday con brusquedad—. Empecemos con la gran pregunta. ¿Dónde están vuestros padres? Decídmelo ahora y nos ahorraremos muchos problemas.

—¡Pero si no sabemos dónde están! —chilló Cara. Le puse una mano en el hombro para calmarla.

—Se acabó el jueguecito con vosotros dos —dijo Farraday, soltando un suspiro—. ¿No veis que hablo en serio? He matado a dos personas en vuestra casa esta noche. ¿De verdad pensáis que no sería capaz de acabar con dos más?

—¿Tú... tú no eres policía? —balbuceó Cara.

—Claro que soy poli —dijo Farraday con amargura—. O al menos, lo era. Fui policía durante dieciséis años. Pero vuestros padres...

—¿Qué pasa con nuestros padres? —exigí saber.

—Esa es la pregunta que yo hago —dijo con impaciencia—. He viajado un largo camino para encontrar a vuestros padres. He esperado mucho tiempo para devolverles la visita. —Ahora estaba de pie justo encima de nosotros—. ¿Dónde están?

—No lo sabemos —dije.

—¿Por qué mataste a Roger? —le preguntó Cara.

—Estaba husmeando demasiado. Creía que os tenía engañados, pero no estaba seguro con él. Así que me colé y le di lo suyo. —Se quedó mirando a Mark—. Fue muy amable por tu parte dejarme un arma tan a mano. Un arma que nunca podrían relacionar conmigo. Ni siquiera se dio la vuelta, nunca supo qué le golpeó. —Farraday se encogió de hombros—. No tiene importancia.

Sacó su pistola.

—Ya he perdido suficiente el tiempo con vosotros dos. ¿Quién va a decirme dónde están vuestros padres?

—Mark dice la verdad. No lo sabemos —gritó Cara.

—No os creo. Lo siento. —Farraday apuntó con la pistola a la cabeza de Cara—. ¿Sabéis una cosa? Apuesto a que si disparo a uno de vosotros, el otro recordará de repente dónde están. ¿Lo probamos?

—¡No! —chilló Cara.

Farraday movió el arma hacia mí.

—Uno de los dos va a contármelo.

—¡Pero es que nuestros padres están desaparecidos! —grité—. ¡No sabemos dónde están!

—¿A cuál de los dos debería disparar? —preguntó Farraday—. Es una lástima, pero no me dejáis otra opción. Tengo que disparar a uno de vosotros.

Movía la pistola de un lado a otro, apuntando primero a Cara y luego a mí.

—Creo que dispararé a Mark —dijo.

—¡No! —gritó Cara—. ¡No lo sabemos! ¡De verdad!

—Adiós, Mark. —Bajó la pistola hacia mi cabeza.

Cerré los ojos y esperé.

Un segundo. Dos segundos. Tres segundos.

¿Cuánto dolería? ¿Realmente lo sentiría? ¿Sabría cuándo

me alcanzara la bala?

Cuatro segundos. Cinco segundos. Seis segundos.

No disparó. Abrí los ojos.

Bajó la pistola lentamente.

Me sentía muy mareado. Jadeaba buscando aire. Levanté la vista, intentando concentrarme.

Farraday ya no me miraba a mí. Estaba mirando detrás de mí. Tenía un aspecto muy descontento.

—Suelta la pistola —ordenó una voz detrás de nosotros.

Me giré para ver quién era.

—¡Gena!

Tenía el pelo negro totalmente revuelto. Había manchas en su sudadera azul. Tenía las mejillas rojas e hinchadas, y los ojos parecían inflamados, como si hubiera estado llorando. Apoyaba un enorme rifle de caza contra su hombro. Apuntaba directamente a Farraday.

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí? —gritó Farraday, bajando su arma pero sin soltarla.

Gena le ignoró.

—Vamos, Mark, Cara. Tenemos que darnos prisa. La reunión está empezando. No hay tiempo que perder.

—¿Reunión?

—¡Quedaos donde estáis! —aulló Farraday. Empezó a levantar la pistola.

Gena disparó el rifle. El estallido abrió un agujero en la pared detrás de Farraday. Él soltó un grito y dejó caer su arma. De repente, parecía muy pálido.

—Te dispararé. No me importa —le advirtió Gena. El rifle parecía tan grande como ella. Lo mantuvo firme sobre su hombro—. No pongas esa cara de sorpresa —me dijo a mí—. Mi padre me llevó a cazar por primera vez cuando tenía cuatro años.

—¡Gena! ¿Dónde estabas? —pregunté.

—No hay tiempo para hablar —dijo ella—. Hizo un gesto con el rifle—. ¿Qué vamos a hacer con él? ¡Tenemos que darnos prisa!

—¿Por qué no lo encerramos en el garaje? —sugirió Cara, poniéndose en pie de un salto—. La puerta del garaje tiene una cerradura muy buena.

Parecía una buena idea. Gena mantuvo el rifle de caza en la espalda de Farraday mientras lo empujábamos hacia fuera y luego al garaje.

Me sorprendió ver que había empezado a nevar. El suelo ya estaba cubierto de blanco y seguía cayendo nieve, copos suaves y húmedos.

—Os arrepentiréis de esto —dijo Farraday. Cerré la puerta de un tirón y lo dejé encerrado dentro.

—¡Vamos, coged vuestros abrigos! ¡Quizá sea demasiado tarde! —gritó Gena, bajando el rifle.

Unos segundos después, cruzábamos a toda prisa nuestro patio trasero, resbalando sobre la nieve en polvo.

—Iremos a través del bosque —dijo Gena. Empezó a correr, ignorando lo resbaladizo del suelo.

Cara y yo tuvimos que correr para alcanzarla.

—¿Dónde has estado? ¿Qué ha pasado? —pregunté.

—En casa de mi primo —respondió ella, mientras su aliento salía en pequeñas bocanadas de vapor blanco. Ya estábamos en el bosque y el viento aullaba, haciendo que los árboles se doblaran y crujieran—. Mi padre quería que me mantuviera alejada. Pero volví haciendo autostop.

—¿Haciendo autostop? —exclamó Cara.

—Realmente no puedo explicarlo. Corramos. Espero... espero que podamos hablar más tarde.

—Pero... ¿adónde vamos? ¡Tengo que saberlo!

—¡Es por vuestros padres! —gritó ella—. Tenemos que llegar allí porque...

No pude oír el resto. Había aumentado la velocidad y sus palabras se perdieron con el viento. Miré hacia atrás, hacia Cara, a la que le costaba seguir el ritmo.

El viento era tan frío. Sentía la cara irritada y ya entumecida por la helada. Recordé haber corrido por este bosque anoche de camino a casa de Gena. ¿Fue anoche? Rememoré la trampa en la que caí, el enorme perro que me atacó cerca del claro, la pelea desesperada. Recordé el sonido de su cuello al romperse, la mirada confundida que me dedicó mientras se desplomaba en silencio contra el suelo.

Ahora, la nieve blanda no hacía que este bosque fuera menos aterrador. Sabía que podía haber más perros de presa por aquí, listos para lanzarse sobre nosotros. Y males peores, males mucho peores.

¿Hacia qué clase de mal nos dirigíamos? ¿A qué clase de reunión se apresuraba tanto Gena?

Corrí hasta que pensé que mis pulmones iban a estallar. Luego caminamos deprisa, apartando las ramas bajas de los árboles y las malas hierbas altas cubiertas de nieve que nos cortaban el paso.

—E-estoy demasiado cansada —soltó Cara—. No creo que pueda...

—Chist —susurró Gena—. Ya casi estamos.

Más adelante vi de repente pequeñas luces amarillas moviéndose entre los árboles. Al principio pensé que eran luciérnagas, pero, por supuesto, no hay luciérnagas en invierno.

—¡Velas! —exclamé en voz alta.

De nuevo, Gena hizo una señal para que guardáramos silencio.

—No dejéis que os oigan —susurró.

—¿Pero dónde estamos? —preguntó Cara.

Lo reconocí. Estábamos cerca del claro circular, aquel donde había visto todas esas huellas. Y ahora estaba lleno de gente que llevaba velas.

—La reunión aún no ha empezado. Estamos a tiempo —susurró Gena.

—¿Qué reunión? —insistí.

Otra vez me ignoró.

—Sígueme. Mi casa está justo detrás de esos árboles. Sé dónde guarda mi padre unas túnicas.

¿Túnicas?

¿Velas y túnicas?

—Un momento —dije, sujetándola del brazo para detenerla—. No voy a dar ni un paso más hasta que me expliques qué está pasando.

Ella puso su mano sobre la mía. A pesar del frío, su mano ardía.

—Mark, por favor... ¿acaso no quieres recuperar a tus padres?

capítulo 23

Podía sentir el peligro como ondas de choque en el aire. Supongo que tenerlo tan cerca renovó mis energías. Mientras corríamos por el bosque, tan mojados y con tanto frío, les dije a Mark y a Gena que no creía que pudiera aguantar más. Estaba demasiado agotada y, lo reconozco, demasiado asustada.

Pero ver los puntos de luz amarilla entre los árboles y, después, a las figuras encapuchadas portando las velas me hizo olvidar lo mal que me sentía.

Tuvimos cuidado de no acercarnos demasiado. Pero podía verlos claramente a través de los árboles. Daban vueltas por el claro, serían unas dos docenas. Todos vestían túnicas oscuras de monje, con sus rostros ocultos en la sombra de las capuchas. Cada uno llevaba una vela larga y negra.

¿Estaban allí mamá y papá?

Gena nos hizo señas para que permaneciéramos en silencio.

Nos mantuvimos agachados, rodeando el claro circular, siguiéndola mientras nuestras zapatillas mojadas no hacían ruido sobre la nieve blanda y fina. Podía oír música suave. Sonaba como una flauta, quizá una flauta dulce.

—Cuando la música pare, empezará la reunión —susurró Gena.

Nos guio al patio trasero de un vecino. Nos agachamos tras una valla y caminamos deprisa pasando por delante de la casa hacia el jardín delantero.

—Las túnicas están en mi sótano —susurró Gena, a pesar de que no había nadie cerca—. Fuimos estúpidos. Deberíamos habernos llevado la pistola de ese hombre. La dejamos en vuestro salón.

Gena nos condujo hacia un lateral de su casa. Nos pegamos a la pared oscura, nos colamos por una puerta lateral y bajamos al sótano. Arriba podía oír voces y risas. También escuchaba la música de la flauta, mucho más tenue ahora, pero seguía sonando.

El sótano estaba totalmente terminado. Había una gran sala de juegos y varias habitaciones más pequeñas. Una de ellas parecía estar llena hasta el techo con pilas de rifles. Gena nos guio hasta un armario en una esquina y nos metió dentro antes de encender la luz. Estaba vacío, a excepción de un montón de túnicas marrones contra la pared.

De repente, agarró a Mark por el brazo y le miró, con el rostro lleno de dolor y miedo.

—Sabía que mi padre estaba en la Hermandad —dijo—. Pero nunca supe que mataban gente.

¿Hermandad?

¿Mataban gente?

—Cuando descubrí lo que la Hermandad planeaba hacer, papá me obligó a llamarte y cortar contigo —le contó Gena a Mark—. Después me forzó a irme a casa de mi primo, al norte. No quería que interfiriera. Él no cree en el asesinato, pero tiene demasiado miedo para detenerlo.

—Pero no entiendo nada —susurré—. ¿Y nuestros

padres? ¿Acaso ellos...?

—Chist. —Oímos pasos en la escalera del sótano—. Tenemos que salir de aquí.

Gena agarró tres túnicas del montón.

—Deprisa, poneos esto.

Nos metimos en las túnicas. Eran más pesadas de lo que parecían y olían a naftalina y a sudor.

—Mantened la cara oculta bajo la capucha —dijo Gena, tirando de la suya sobre la cabeza y apretándose el cinturón de la túnica—. Intentad hacer lo mismo que ellos.

—El rifle... —dije, señalándolo.

—No veo cómo podría sacarlo sin que me vean —respondió Gena. Lo enterró bajo el montón de túnicas—. Se darán cuenta y entonces todo habrá acabado. Tendremos que pensar en otra cosa. ¡Vamos!

«¿Y ahora qué?» —pensé—. «¿Por qué nos colamos en esta reunión? ¿Qué vamos a hacer?»

Salimos rápido del armario justo cuando dos hombres bajaban al sótano. Tuve cuidado de apartar la cara mientras pasábamos junto a ellos.

—Buenas noches —dijo uno de ellos amablemente.

No respondimos.

Cruzamos rápido el patio trasero de Gena y después atravesamos el bosque hacia el claro. La nieve había dejado de caer. El cielo estaba despejado y hacía frío. No había otra luz que los pequeños puntos de las velas.

Me mantuve cerca de Mark. No quería perderle de vista. Sería muy fácil confundirse, ya que todos parecían iguales. Todo el mundo deambulaba por allí, relacionándose. No me acerqué lo suficiente a nadie como para escuchar de qué hablaban.

Estaba aterrorizada. Mis piernas no querían obedecerme,

pero me obligué a seguir caminando, a seguir moviéndome por el borde del grupo.

De repente, Gena me puso una vela encendida en la mano. La vela era estrecha y negra. Intenté sostenerla con firmeza, pero me temblaba el pulso. Esperaba que nadie se diera cuenta.

De pronto, la música cesó. Seguía sin saber de dónde venía.

Las figuras encapuchadas se quedaron en silencio. Empezaron a adentrarse en el bosque. El Bosque de la Calle del Terror.

¿Cuánto tiempo llevarían celebrándose estas reuniones de la Hermandad en este bosque? ¿Cuántas historias de terror habrán creado estos miembros de la Hermandad? ¿Qué planeaban hacer esta noche?

Intenté obligarme a dejar de formular tantas preguntas, pero era imposible.

El viento me echó la capucha hacia atrás. Me alcé rápidamente y la tiré de nuevo sobre la frente.

—Formad una fila —susurró Gena.

Agarré la mano de Mark. Estaba helada. No quería que nos separáramos. Las figuras encapuchadas parecían estar formando dos filas mientras se movían hacia el borde del claro. Cuando todos estuvieron colocados, dejaron de avanzar. Entonces, todos giraron hacia el interior y empezaron a formar un círculo.

Las velas oscilaban y parpadeaban. Ahora formaban un círculo de luz perfecto.

Dos figuras encapuchadas dieron un paso al centro del círculo. Sostenían sus velas cerca de la cara y solté un jadeo al darme cuenta de que llevaban máscaras.

Máscaras de mono blancas: máscaras de mono blancas

con una mueca burlona.

Eran iguales a la pequeña cabeza de mono blanca que Mark y yo habíamos encontrado en la cama de mamá y papá.

Una tercera figura, con el rostro oculto en la oscuridad de su capucha, dio un paso al frente.

Todo quedó en silencio. El viento había cesado. Nadie murmuró ni dijo una sola palabra.

El hombre se acercó a las dos figuras enmascaradas. Puso una mano sobre cada máscara y, de repente, de un tirón, les arrancó las máscaras de mono blancas.

A la luz parpadeante de las velas, reconocí a mamá y a papá al instante.

Miré a Mark. Él también los vio. Y supe que se dio cuenta, al mismo tiempo que yo, de que mamá y papá debían ser los líderes de la Hermandad.

capítulo 24

Tenía que ser un sueño, solo una pesadilla. La nieve. El bosque oscuro. La gente con sus túnicas marrones y capuchas. Las velas negras. El círculo de lucecitas. Y luego mamá y papá en el centro, con esas máscaras de mono blancas.

Miré a Cara. Su rostro no mostraba expresión alguna. Era demasiado para asimilarlo. Era demasiado imposible, demasiado raro, demasiado irreal.

¿Es por esto que mamá y papá nos habían abandonado? ¿Para venir al bosque y dirigir esta secta tan rara?

Cuando decían que tenían reuniones de club los jueves por la noche, ¿en realidad estaban aquí, con sus túnicas y máscaras haciendo... haciendo qué?

¿Qué hacían? ¿Eran brujos o algo así?

Pensé en todas las mudanzas que habíamos hecho; un sitio nuevo, una casa nueva cada año más o menos. Mis padres debían de haberse estado mudando para abrir nuevas sucursales de la secta. No eran instaladores de informática. Eso era solo una tapadera para sus verdaderos trabajos: ¡líderes de una secta!

Pensé que iba a vomitar. Nuestras vidas habían sido una mentira. Nuestros padres nos habían engañado con todo. ¡Y luego nos habían dejado sin decir una palabra, abandonándonos por la Hermandad!

Miré hacia Cara. Miraba al frente; con mucho miedo en sus ojos, mucho horror.

¿Qué iba a ser de nosotros? ¿Por qué nos había traído Gena aquí?

¿Qué se suponía que debíamos hacer?

De repente, el círculo de figuras encapuchadas se cerró un poco más. Así que Gena, Cara y yo también nos acercamos.

Me di cuenta de que había un tocón de árbol grande y plano cerca del centro del círculo. La figura encapuchada que había arrancado las máscaras a mis padres los guio hasta el tocón.

Una ráfaga de viento frío sopló y le quitó la capucha. Vi su pelo corto y oscuro y sus gruesas gafas negras. Lo reconocí de inmediato. Era el señor Marcus, el pez gordo en Cranford.

«Así que por esto nos mintió» —pensé—. Papá y mamá probablemente le dijeron que nos mintiera, que nos dijera que no estaban allí. Ya no querían vernos. ¡Estaban demasiado ocupados dirigiendo a estos raros con túnica!

—¡Ahora estamos listos! —gritó Marcus, sin molestarse en volver a ponerse la capucha—. ¡Nosotros, los del Mono Blanco, estamos listos para recuperar la América que es nuestra! Durante demasiado tiempo hemos permanecido al margen mientras otros determinaban el destino de nuestra nación. ¡Ya no más! ¡Ya no más! Pronto nos levantaremos... ¡y recuperaremos por la fuerza lo que es nuestro!

Mantenía los brazos en alto mientras hablaba.

—El gobierno de esta nación ha cedido ante los criminales, ¡pero vamos a cambiar eso! Nuestra venganza será

rápida y nuestra justicia reinará. Ningún criminal estará a salvo una vez que nuestro ejército haya demostrado sus capacidades. ¡Recuperaremos nuestra comunidad, y nuestra nación, del elemento criminal, por la fuerza!

Las figuras con túnica, excepto mis padres, vitorearon bajo sus capuchas.

—¡No a los tribunales! ¡No a la policía de rodillas débiles! ¡Sí a la Hermandad! —gritó Marcus, y otro estallido de vítores resonó en el bosque.

Cuando el clamor se apagó, Marcus bajó los brazos y miró a mis padres.

—¡Y aquellos que nos han traicionado serán los primeros en sentir la venganza! —rugió.

¿Traicionado? ¿A qué se refería?

Elevó de nuevo las manos. Ahora vi un cuchillo de hoja larga en su mano.

—¡La Hermandad del Mono Blanco siempre es despiadada con los traidores! —gritó Marcus. La multitud aclamó.

—¡La venganza siempre es rápida! —exclamó Marcus, y todos volvieron a vitorear.

El viento se levantó y casi me echa la capucha hacia atrás. La agarré y la sujeté con ambas manos. Esperaba que nadie me hubiera visto la cara.

Al mirar de nuevo al centro del círculo, un hombre encapuchado dio un paso al frente y obligó a papá a ponerse de rodillas. Le estaba empujando la cabeza contra el tocón de árbol.

—Tenemos que hacer algo, ahora —me susurró Gena.

Marcus alzó el cuchillo sobre la cabeza de papá.

—¡El sacrificio se llevará a cabo! —gritó—. ¡Esta es la forma en que nuestro ejército administrará justicia!

«¡Oh! »solté un jadeo silencioso. Me palpitaba la cabeza. Sentí una descarga de miedo recorriéndome la espalda.

¿Por qué me había costado tanto darme cuenta? Mis padres no eran los líderes de la Hermandad. ¡Estaban a punto de ser asesinados por ellos! Y no podían huir ni luchar porque el hombre encapuchado les apuntaba con una pistola.

Marcus clavó la rodilla en la espalda de papá y volvió a levantar el cuchillo sobre su cabeza.

—¿Vas a confesar que eres un traidor al Mono Blanco? —bramó.

—¡Confiesa! —gritó alguien entre la multitud.

El viento arremolinó. De nuevo, me agarré la capucha. Cara me apretó la mano.

—Mark —susurró—, ¿qué vamos a hacer?

—¡No confesará! —gritó Marcus—. ¡La venganza será nuestra!

Bajó el cuchillo sobre la cabeza de papá.

—¡No! ¡NO! ¡No lo mates! —gritó mamá. Se abalanzó sobre Marcus e intentó apartarle el brazo que sostenía el cuchillo.

Él la apartó de un empujón y el hombre encapuchado la sujetó por detrás. Entonces, Marcus se volvió hacia papá, que seguía con la cabeza apoyada en el tocón.

—¡La venganza no se detendrá! —exclamó.

Supe que tenía que actuar ahora si quería hacer algo. Pero ¿qué podía hacer sin ningún tipo de arma? Si intentaba correr y abalanzarme sobre Marcus, alguien de la secta me detendría o me dispararían.

—Mark... —dijo Cara. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Se rozó conmigo y sentí algo en el bolsillo de mis vaqueros. Rápidamente metí la mano bajo la túnica y lo saqué.

Era la pequeña cabeza de mono blanca, dura y fría. La que

había recogido del suelo en la habitación de Gena.

No lo pensé. No apunté. Simplemente se la lancé a Marcus con todas mis fuerzas.

Quería darle justo entre los ojos. Si lograba aturdirlo, quizá les daría a mis padres una oportunidad para escapar.

Él se giró en mi dirección justo cuando lanzaba la pequeña cabeza de mono. La capucha se le había caído sobre los hombros. Su rostro quedaba al descubierto, vulnerable.

«Perfecto» —pensé—. «Perfecto».

La cabeza de mono surcó la oscuridad.

Pasó justo por encima de su hombro.

Fallé.

Fallé por varios centímetros.

—¿Quién ha lanzado eso? —rugió Marcus.

Me estaba mirando directamente a mí.

capítulo 25

Vi a Mark lanzar algo. Y en seguida vi a Sr. Marcus girarse y dirigirse hacia él.

Supuse que Mark había fallado. No se veía muy bien en la oscuridad.

—¿Quién ha lanzado eso? —gritó Marcus.

Dio dos o tres pasos hacia Mark.

Mark empezó a retroceder.

Esto era toda la distracción que mis padres necesitaban.

De repente, mamá se zafó del hombre encapuchado y tiró su pistola al suelo. Papá saltó y empujó a Marcus con fuerza por la espalda.

Marcus exclamó sorprendido al caer de bruces en la nieve y el cuchillo salió despedido de su mano.

El resto de los miembros encapuchados de la secta parecían totalmente desconcertados y sorprendidos. Algunos echaron a correr. Pero la mayoría se quedó paralizada en el círculo.

Papá se abalanzó sobre el arma y la empuñó rápidamente. Apartó el cuchillo de una patada mientras mamá corría a su lado.

Papá presionó el arma contra el cuello de Marcus.

—¡Que nadie se mueva o le vuelo la cabeza! —gritó—. ¡Están todos bajo arresto! ¡FBI!

Ignorando la amenaza de papá, los miembros

encapuchados de la Hermandad empezaron a dispersarse, huyendo hacia el bosque.

Mark y yo nos quitamos las capucha y corrimos hacia nuestros padres. Mamá nos vio primero.

—¡V-vosotros estáis aquí! —exclamó con la voz entrecortada, corriendo hacia nosotros para abrazarnos con fuerza—. ¡Ay, no me lo puedo creer! ¡No me lo puedo creer! ¡Estáis aquí! ¡Estáis bien!

—Id a la casa. Pedid refuerzo. Nos superan un poco en número —gritó papá, manteniendo el arma firmemente apoyada contra la garganta de Marcus.

—Papá, los demás se están escapando —grité.

—Sé quiénes son. No pueden ir muy lejos —contestó papá.

Mamá cogió el cuchillo del suelo y se apresuró hacia la casa.

Papá miró a Mark.

—¿Dónde aprendiste a lanzar así?

—Lo siento —empezó a decir Mark, justo antes de ver la sonrisa en el rostro de papá.

—Nos salvaste la vida, Mark.

—En realidad, fue Gena —respondió Mark, rodeándola con el brazo por los hombros.

Un hombre corpulento envuelto en una túnica se acercó lentamente con las manos en alto en señal de rendición.

—Intenté detenerlos, Greg —dijo. Era el doctor Rawlings, el padre de Gena—. Hice lo que pude. Pero tenía miedo... miedo de ellos, miedo por Gena, miedo por mí. Al menos los convencí de que no fueran tras vuestros hijos.

—Me acordaré de eso —le respondió papá, sin que su expresión severa cambiara en absoluto—. Pero ahora me temo que tengo que arrestarlo. ¿Cómo diablos se metió en la

Hermandad para empezar, Rawlings?

El padre de Gena soltó un suspiro cansado.

—Al principio creía en lo que decían Marcus y los demás. Creía que teníamos que hacer algo contra la delincuencia, que teníamos que hacer que este país volviera a ser seguro. Pero no sabía que iban a acumular armas, a tomarse la justicia por su mano... a matar gente. Quería salir de esto, Greg. Pero tenía miedo, miedo de que vinieran a por mí.

Marcus frunció el ceño y escupió en la nieve.

—Eres un cobarde, Rawlings. Morirás por tu cobardía. La venganza del Mono Blanco será implacable —murmuró, apartando la vista.

Papá lo ignoró y se dirigió a Gena.

—Creo que os debo una disculpa por intentar manteneros separados a ti y a Mark —dijo.

Empujó a Marcus hacia la casa.

—Venga, andando. Quiero quitarme esta túnica. Nunca me ha gustado salir fuera en albornoz.

Empezamos a caminar hacia la casa.

—Lo siento muchísimo. Seguro que habéis estado mortificados de preocupación —dijo papá.

—Eso es quedarse cortos —le contesté.

Se oían sirenas de policía a lo lejos. Mamá ya debía de haber hecho la llamada.

—¿Dónde está Roger? —preguntó papá—. ¿No está él también aquí?

—Ese... Roger ha muerto —dijo.

Papá dejó de caminar. Sus ojos se estrecharon. Negó con la cabeza.

—No. Oh, no. Roger era uno de nuestros mejores agentes. Después de que la Hermandad descubriera que vuestra madre y yo éramos agentes, me preocupaba que fueran tras Roger...

y tras vosotros.

—Un hombre llamado Murdoch también fue asesinado —le dije.

Otra expresión de sorpresa y tristeza se dibujó en el rostro de papá.

—Murdoch era nuestro director de operaciones aquí. ¿La Hermandad también lo mató?

—No la Hermandad —respondí—. Un hombre llamado Farraday.

—¿Quién? ¿Farraday? —El rostro de papá se llenó de asombro y incredulidad. Miró hacia la distancia, concentrado—. ¿Farraday? ¿Está aquí? ¿Ha salido de prisión? ¿Qué hace aquí?

—¿Quién es, papá? —pregunté.

—Era un policía, Mark. Un policía corrupto. Tu madre y yo fuimos responsables de que lo condenaran por cargos de crimen organizado. ¿Mató a Roger y a Murdoch?

—Pensábamos que era un policía de verdad —intervino Cara—. Tenía una radio policial y de todo.

—Cualquiera puede comprar un aparato sintonizado con la banda policial —explicó papá.

—Farraday os estaba buscando —añadí—. Lo encerramos en el garaje.

Aparecieron lágrimas en los ojos de papá, las primeras que le veía derramar.

—Lo siento muchísimo —dijo—. Jamás quise que os vierais involucrados en nada de esto.

—Ya se ha acabado —dije, esperando con todas mis fuerzas tener razón.

Seguimos a papá hacia la casa de los Rawlings, sintiéndonos muy aliviados pero aún profundamente confundidos.

capítulo 26

—*E*stábamos en un aprieto terrible —nos dijo mamá a Cara y a mí—. No queríamos mentiros, pero tampoco queríamos que os metierais en esto. Pensábamos que solo os pasaríais el día preocupados por nosotros si sabíais que éramos agentes del FBI.

Estábamos en casa, los cuatro juntos. La policía había venido a buscar a Farraday y a retirar el cuerpo del pobre Roger. Y así estábamos solo nosotros cuatro. Éramos muy felices. Papá preparó chocolate caliente y nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina a charlar.

—¿Así que nunca habéis sido expertos en informática? —preguntó Cara con cara de estar muy confusa.

—Sí, claro que lo somos. Sabemos mucho de ordenadores —contestó papá—. Pero sabemos mucho más de grupos subversivos.

Mamá suspiró.

—No es un trabajo agradable. Supongo que ya lo habéis visto esta noche.

—¿Y por eso nos mudamos tanto? —pregunté.

Mamá asintió.

—Intentamos daros una infancia normal, tan normal como fuera posible. Por eso no os dijimos la verdad.

—Hasta ahora hemos tenido suerte —dijo papá.

—Seguimos teniendo suerte —le interrumpió mamá—. Suerte de estar vivos.

—Pero esta vez ha sido la primera en que nuestra tapadera ha quedado descubierta —añadió papá, haciendo girar la taza entre las manos—. Estos seguidores del Mono Blanco de verdad iban a matarnos.

—Pero ¿por qué, papá? —pregunté—. ¿Por qué toda esa gente hizo lo que Marcus les mandaba?

—Era un líder carismático y persuasivo —explicó papá—. Y les decía lo que querían oír. Les hizo creer que podía guiarlos hacia una forma de vida mejor.

—¿Dónde habéis estado todo este tiempo? —pregunté.

—Marcus nos tuvo prisioneros en el sótano de Cranford durante tres días —contestó mamá—. Tenía que esperar a la noche de la reunión para ejecutarnos.

—¿De verdad trabajabais en Cranford? —pregunté.

—Sí, así es —respondió mamá—. Así fue como nos infiltramos en la Hermandad. Marcus y su banda planeaban tomar el control absoluto de Cranford. Eso les habría dado acceso a un montón de armas gubernamentales de alto secreto.

—Creo que de verdad habrían usado esas armas —señaló papá, negando con la cabeza—. Si hubieran tenido la más mínima oportunidad.

—Pero ¡ahí acudió la familia Burroughs al rescate! —exclamó mamá, y todos celebramos con vítores.

—Mark, espero que entiendas por qué intentamos advertirte sobre Gena —explicó papá, poniendo una mano en mi brazo—. Estábamos intentando conseguir pruebas suficientes para detener a los miembros de la Hermandad, y sabíamos que su padre era uno de ellos. Intenté alejarte, por supuesto sin poder decirte el motivo.

—Supongo que Gena sorprendió a todo el mundo —comenté—. Me pregunto qué estará haciendo ahora.

—Es una chica muy valiente —dijo papá.

—¿Y qué hay de Roger? ¿No era realmente nuestro primo? ¿Trabajaba para vosotros? —preguntó Cara.

—Sí. Era uno de nuestros agentes.

—Se portó muy raro después de que desaparecierais —dijo Cara—. No sabíamos qué pensar.

—Debía de estar intentando encontrarnos desesperadamente —señaló papá—. Él y Murdoch. Probablemente buscaron por todas partes.

Miró a mamá, quien apartó la vista con tristeza.

Nos bebimos el chocolate caliente. No había mucho más que decir. Todas las preguntas habían sido respondidas. Bueno, casi todas.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté.

—Pasamos al siguiente caso —respondió mamá—. Solo que esta vez será diferente. Nuestra tapadera ha quedado al descubierto ante nuestra propia familia.

Para el sábado, mamá y papá ya estaban empaquetando cajas de cartón, preparándose para nuestra próxima mudanza. El timbre sonó justo después de desayunar. Era Gena. Detrás de ella, vi un taxi en la entrada.

—Hola. Pasa —dije.

—No puedo. Voy de camino al aeropuerto.

—¿A dónde vas?

—A Detroit. Mi madre está allí. Voy a vivir con ella... mientras mi padre... ya sabes.

Le tomé la mano.

—¿Estás bien?

—Sí. Supongo. Va a llevar mucho tiempo asimilar todo lo

que pasó. V-voy a echarte de menos.

—Yo... quiero decir, nosotros también nos vamos, no sé a dónde —dije—, pero te escribiré.

—Bien. Yo también te escribiré.

El taxista tocó la bocina. Tenía prisa por marchar. Gena se puso de puntillas y me besó. Su rostro estaba frío, pero sus labios eran cálidos. Fue un beso largo y maravilloso. Supe que nunca lo olvidaría.

Luego deslizó un pequeño paquete en mi mano, se dio la vuelta y corrió hacia el taxi sin mirar atrás.

Salí al porche delantero y la vi marchar. Ella saludó con la mano y el taxi desapareció.

Miré el paquete. Era una cajita, de esas en las que viene la joyería. La abrí. Dentro había una pequeña cabeza de mono blanca con ojos de pedrería.

«¿Por qué demonios me ha dado esto?», pensé.

La saqué de la caja. Algo se había quedado atascado dentro de la boca sonriente. Me costó un poco sacarlo. Era una tira estrecha de papel. Desenrosqué la tira de papel. Gena había escrito su dirección de Detroit y un mensaje: ¿Puedes guardar un secreto? Te quiero. Gena.

Enrollé la tira de papel y la metí de nuevo en la boca del mono. Sostuve el mono blanco en la mano. Por primera vez, no se sentía frío. Se sentía muy cálido. Lo lancé al aire, lo atrapé y me lo guardé en el bolsillo de los vaqueros.

No lo necesitaría para recordar a Gena ni mi estancia en la Calle del Terror, pero aun así planeaba conservarlo durante mucho tiempo.

SOBRE EL AUTOR

R. L. STINE es autor de más de 70 libros de humor, aventuras y misterio para jóvenes lectores. En los últimos años, se ha concentrado en novelas de suspense como ésta.

Durante diez años fue editor de *Bananas*, una revista nacional de humor para jóvenes. Además de escribir para revistas y libros, actualmente es Guionista Jefe del programa infantil de televisión "El Castillo de Eureka".

Vive en Nueva York con su esposa Jane y su hijo Matthew.

LAS PESADILLAS
NUNCA TERMINAN...
CUANDO VISITAS

PRÓXIMANENTE: *LLAMADA MORTAL*

Todo empezó como una broma. Deena, Jade y Chuck en realidad no querían asustar a la gente con las llamadas telefónicas que hacían a altas horas de la noche. Era solo una broma... ¡hasta que la muerte se puso al otro lado de la línea! Ahora una mujer yace muerta en una casa de la Calle del Terror, y todo el mundo en el pueblo cree que los tres adolescentes son los responsables. Mientras intentan descubrir desesperadamente la verdad, Deena, Jade y Chuck solo saben una cosa: cuando llamaron a la Calle del Terror, marcaron *EL NÚMERO EQUIVOCADO*.

BIENVENIDO A LA CALLE DEL TERROR

No escuches las historias que cuentan sobre la Calle del Terror. ¿No preferirías explorarla tú mismo... y comprobar si sus oscuros terrores e inexplicables misterios son ciertos? No tienes miedo, ¿verdad?

«¡Por favor, ayuda... Nuestros padres han desaparecido!»

¿Qué harías tú si tus padres no volvieran a casa, no llamaran y no dejaran ninguna nota? Al principio, Mark y Cara Burroughs no se alarman demasiado. Sus padres ya se han quedado fuera hasta tarde otras veces. Pero entonces, otras cosas empiezan a salir mal. Gena, la novia de Mark, corta con él y desaparece de repente. La policía no parece tener el más mínimo interés en buscar a los padres de Mark y Cara. ¡Y su misterioso primo, que vive con ellos, parece estar espiando cada uno de sus movimientos!

Cuando se comete un asesinato, Mark y Cara descubren que su terror solo acaba de empezar. ¡Alguien quiere que ellos también desaparezcan! Pero ¿por qué? La respuesta se esconde en lo profundo del Bosques de La Calle del Terror. ¿Pero vivirán lo suficiente para encontrarla?